

¿Qué pensarías si tu abuelo, tu confidente, tu compañero de juegos, te dejara en herencia su viejo tablero de la oca? ¿Y si junto a él encontrases un sobre con un enigmático mensaje?

Santiago se verá empujado a desvelar un secreto que no está muy seguro de querer saber.

Lectulandia

Marta Zafrilla

Mensaje Cifrado

Gran angular - 267

ePub r1.0

Titivillus 25.04.2019

Marta Zafrilla, 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

A Rubén Castillo,
por descifrar mis días

—¿Qué anudas tú ahí, amigo mío?

—El nudo —respondió brevemente el marinero, sin alzar siquiera la vista.

—Ya lo veo, pero ¿con qué destino?

—Para que otro lo deshaga —murmuró el viejo.

Herman Melville, Benito Cereno

Capítulo 1

Me parece innecesario describir a mi abuelo, porque todo lo que sobre él pudiera decir es, más o menos, lo que cualquier nieto podría decir del padre de su padre. O, como en este caso, del padre de mi madre. Era mi abuelo, y con eso tendría que bastar. Las descripciones están muy bien —no lo negaré— cuando no se ha conocido a la persona que las protagoniza; pero, en caso contrario, sobran.

No obstante, estas páginas serán leídas por muchas personas que no tuvieron la suerte de conocer a Santiago Torres Díaz —que así se llamaba mi abuelo hasta la semana pasada—, así que me esforzaré para que todos lo veáis como una persona real. Con sus rarezas de anciano, con sus arrugas incontables, con sus recuerdos confusos o barajados por la edad y, sobre todo, con su viejísimo tablero de la oca, erosionado en los bordes, con la pintura cuarteada y pidiendo a gritos ir al contenedor de basura. Solo así comprenderéis qué es lo que contienen los dos viejos petates llenos de mugre que escondo debajo de mi cama, y qué infinito desasosiego me corroe el estómago cuando pienso en que debo contar esta historia. No sé si mis padres la entenderán, ni cómo cambiará, cuando la conozcan, la imagen que de mí y del abuelo tienen formada. Tampoco sé si la entenderéis vosotros. Os aseguro que voy a ponerlo todo de mi parte para que así sea, por enigmática que pueda llegar a ser.

Bien, veamos.

Ya os he dicho que mi abuelo se llamaba Santiago Torres Díaz, así que puedo pasar a otra cosa, para no atascarme en menudencias ni repetirme demasiado. Hablaré de su aspecto físico, por ejemplo. Nunca se me ocurrió preguntarle cuánto medía —nadie le pregunta una idiotez así a su abuelo, ni a sus padres, ni a su mejor amigo, ni a su chica—, pero creo que andaba por el metro setenta y cinco, centímetro arriba, centímetro abajo. Él, con una coquetería inusual en un hombre de ochenta y siete años, solía presumir de

metro ochenta y tres. Pero la medición me parece optimista y muy dudosa. Papá, en cuya cartilla militar lo situaban en el metro setenta y cinco, era clavadito a él cuando ambos estaban de pie. Así que me parece que podríamos adjudicarle esa estatura. Todo lo demás sería exagerar.

¿Peso? Bah, ahí sí que me rindo, jamás he sabido hacer cálculos de ese tipo. Y todavía recuerdo con vergüenza la última vez que cometí la osadía de aventurar un número en relación con ese tema. Fue con mi novia —desde entonces exnovia— Beatriz y me costó un bofetón de los que hacen época. Mejor dejamos el tema. A mi abuelo, como no se le veía gordo ni flaco, yo diría que podríamos echarle unos sesenta y ocho kilos, más o menos. Pero no me pidáis más exactitud. Recordemos que fui su nieto, no su báscula. Bastante hago con dar una cifra aproximada.

¿Arrugas? Todas las del mundo. Pero, curiosamente, no las tenía en torno a los ojos, ni en la frente, sino apilonadas en el cuello, en una triple o cuádruple papada de pellejos grises, como si durante su juventud hubiera tenido el rostro de un luchador de sumo, y la vejez le hubiera arrebatado toda la carne, dejándole tan solo el envoltorio de piel. Creo que me explico. Mi padre murmuró una vez entre dientes —después de una discusión de lo más absurda— que el abuelo parecía un rinoceronte fofo, y aunque me duele que lo dijese con gesto agrio, la verdad es que lo clavó. Las manos, curiosamente, no estaban surcadas por demasiadas arrugas; pero las tenía llenas de unas manchitas cuyo color oscilaba entre el café con leche y el azabache. Papá me dijo una vez que aquello era vitiligo, y yo puse cara de admiración y gestos de creérmelo, porque papá, aunque no ha estudiado medicina, es un fervoroso lector de revistas científicas. Pero cuando traté de comprobarlo unos meses después en internet, me convencí de que aquello tenía toda la pinta de ser un error: las manchas que salían fotografiadas en la página web no eran ni siquiera parecidas a las de las manos de mi abuelo.

¿Pelo? Pues ni mucho ni poco. Por la parte de arriba estaba completamente calvo, pero luego tenía una especie de aureola que le rodeaba el cráneo, uniendo la fijarte superior de las orejas, y que se desmoronaba sin gracia hacia el cuello. Donde sí tenía mucho era en las orejas y en los orificios de la nariz, una cosa increíble. Los de la nariz se le notaban menos, porque se juntaban con el bigote y, si no te fijabas con demasiada intensidad, incluso podían pasar inadvertidos. Pero los de las orejas eran una cosa mala. Unos pelos como juncos, tiesos, destartalados, indómitos, que lo mismo se erguían airoosamente que se dejaban caer como restos de algas hacia los lóbulos. Y en cuanto a los de las manos, para qué os voy a contar. No he visto a nadie que

tuviera tantos pelos en los nudillos como mi abuelo. Pero estos sí que tenían gracia: eran grises y suaves, y los cortaba con la misma regularidad y el mismo cuidado que las uñas.

A ver, no sé. ¿Más detalles?

Los zapatos. Le encantaba pasar un trapo sobre ellos, con crema abrillantadora o sin nada. Daba igual. El caso era frotarlos, mantenerlos impolutos. Decía que bastante grasa había tenido que soportar en el taller durante su vida laboral, y bastante polvo en la cárcel durante su juventud, para no permitirse ahora el lujo de creerse un señor. Y que un auténtico señor empezaba por los zapatos.

—¿A que no sabes por qué los ricos han llevado siempre los zapatos tan relucientes? —me indicaba, con un dedo frente a mi nariz—. Pues porque iban a caballo, Santi (mi abuelo no comenzó a llamarme Santiago basta que cumplí los doce, un día que le puse mala cara porque me llamó Santi y me revolvió el pelo delante de mis amigos). En eso se distinguían de los simples zarrapastrosos. Ellos no se ensuciaban con la tierra de los caminos, ni con el barro de los marjales. Si quieres ser un señor, has de cuidar tus zapatos. Los zapatos son el reflejo del alma.

—¿Y tú eres un señor, abuelo? —le preguntaba yo, con toda la ingenuidad de mis nueve años.

Mi abuelo afirmaba tajante con la cabeza.

—Eso lo puedes jurar. Todos los que hemos sobrevivido a la guerra sin matar a nadie somos señores, Santi. Nos hemos ganado el derecho a que se nos considere así.

Cuando mi abuelo hablaba de «la guerra» siempre se refería a la Guerra Civil de 1936, pero de eso hablaré más tarde.

Bueno, no, pensándolo mejor voy a hablar ahora, porque me da la impresión de que este preámbulo está saliendo un poquito largo, y lo que yo quiero es centrarme en lo que me ha sucedido en los últimos días. Si me entretengo demasiado contándoos la forma en que mi abuelo vestía, el equipo de fútbol al que dirigía sus preferencias, o la comida que menos acidez le procuraba, lo mismo os ponéis todos a bostezar, me mandáis al cuerno, y entonces os quedaríais sin conocer el misterio que quiero compartir. Y tampoco es plan. Así que voy a hacer un esfuerzo y voy a tratar de condensar la vida de mi abuelo en unas pocas páginas. Os aseguro que es totalmente necesario para entender la historia hasta sus últimas consecuencias.

Veamos.

Mi abuelo nació en 1916, en un pequeño pueblecito de Toledo que se llama Canda. Por lo que él me contaba, allí no había demasiadas cosas que merecieran la pena: unas pocas cabras, cuatro árboles mal puestos, un río escuchimizado llamado Riansares y quinientas personas sin más horizonte que pasar penurias, tener hijos, cavar su palmo de tierra y cerrar los ojos con resignación cuando Dios tuviera a bien llamarlos. Los inviernos siempre venían después de los otoños, y el sol se ocultaba al anochecer. O sea, lo normal.

Mi bisabuelo, que se llamaba Carlos, podría haber sido un hombre con inquietudes, de esos que quieren para sus descendientes un futuro más apetecible y menos cuesta arriba que el suyo, pero la verdad es que no lo era; así que desde el principio se opuso a que su hijo estudiara porque, según su peculiar dictamen, «para esparcir semillas no hace falta saberse el Catón».

—¿Y qué es el Catón? —le preguntaba mi abuelo a su padre (y yo a mi abuelo).

—Un libro para señoritos con las manos suaves —le respondía mi bisabuelo.

—Un libro para aprender —me respondía mi abuelo.

Obviamente, ni con la primera ni con la segunda explicación me podía yo enterar del asunto, así que un día me metí en un buscador, pinché la palabra «Catón», me salieron 749.000 entradas —y aún hay quien dice que los ordenadores facilitan el trabajo de los estudiantes— y, tras seis o siete intentos donde solo se me hablaba de un legislador romano del siglo 11 a. C., de una empresa de informática que llevaba ese nombre en Inglaterra y de un servicio de limusinas en Maryland (Estados Unidos), descubrí que el Catón fue una especie de libro de lecturas y sentencias que se manejaba en las primeras décadas del siglo XX, con el que mi abuelo hubiera deseado aprender a leer, aunque no le fue posible hacerlo. Añadiré que en una ocasión le pregunté a mi padre si él conocía esa obra, y si la había manejado. Y, aunque tuvo que reconocerme que no, porque en su juventud ya se utilizaban procedimientos más modernos, me mostró un grueso volumen que llevaba por título Enciclopedia autodidáctica, de la editorial catalana Dalmáu Caries, donde lo mismo te enseñaban el orden de los artrópodos que las conjugaciones verbales, las obras de Quevedo, la lista de los reyes de España o la forma de calcular la capacidad de un barril. O sea, algo así como internet, pero en plan rudimentario.

—Y entonces, ¿cuándo aprendiste a leer? Porque tú sabes leer, que yo te he visto —solía interrogarle yo, mucho más niño.

—En los descansos del entrenamiento —me contestaba.

La primera vez que me lo dijo, me quedé con las ganas de seguir preguntándole. ¿El entrenamiento? ¿Cómo que el entrenamiento? ¿Qué entrenamiento? ¿Acaso es que había practicado algún deporte durante su juventud? Menudas sorpresitas que guardaba el abuelo. Pero viendo el rostro que ponía y la sombra amarga que invadía sus facciones, comprendí que era mejor dejar el tema, y esperar que las aclaraciones me vinieran por otro lado.

—Se refiere al entrenamiento que le dieron en el año 36, cuando lo llamaron a filas —a mi madre hay que pillarla en sus buenos momentos para preguntarle; pero cuando los tiene, se vacía como una bañera y te lo cuenta todo.

—No sabía que el abuelo hubiera luchado de verdad en la Guerra Civil. Creí que era otra de sus batallitas.

Su rostro se endureció.

—No, no es otra de sus batallitas. Además, él no luchó en esa guerra imbécil. Lo obligaron a luchar, Santiago. Que no es lo mismo.

—Bueno, eso quería decir. Pero cuando empezó la guerra, el abuelo tendría...

—Veinte años.

—Veinte años, sí —corroboré yo, con absoluta ingenuidad, como si la lógica tuviera algo que ver en la aritmética de la guerra.

—Edad suficiente. A otros se los llevaron más jóvenes. Y no lo contaron.

Supe entonces que me tocaba callarme, y lo hice.

Luego, durante las siguientes dos o tres semanas, me empeñé en olvidarme de aquellas revelaciones, pues su puse que al abuelo le serían dolorosas. Pero tengo un defecto, que a veces me ocasiona disgustos y que varios amigos y algunos profesores del instituto me han censurado más de una vez: jamás he podido guardar una pregunta en la garganta cuando el corazón se empeñaba en que la lanzase. Así que un día, aprovechando que mis padres estaban en el cine viendo una película titulada Las horas —que mamá insistió en ver porque Nicole Kidman, amada platónica de mi padre, salía fea—, yo interrogué nuevamente al abuelo, con todo el tacto que me fue posible.

—¿Y dónde te tocó?

El abuelo se estaba acariciando el bigote. Sus ojos parecían dos canicas de agua.

—¿Dónde me tocó el qué?

Yo tragué saliva.

—El entrenamiento. Durante la guerra, quiero decir.

—En Sacedilla. ¿Y ese interés?

—Nunca me has contado nada de ese pueblo. Es la primera vez que te lo oigo nombrar.

El abuelo suspiró muy fuerte. El aire hizo un ruido enorme al ser expulsado por su nariz.

—Y la última. No tengo buenos recuerdos de aquel sitio.

Después de pronunciar aquellas palabras, se quedó callado, y yo, para resumirlo con unos pocos adjetivos, me sentí confuso, imbécil, cabreado, descontento y torpe. Tanto presumir de tacto, de habilidad para sonsacar a mi abuelo, y mira tú por dónde había venido a meter el dedito en la llaga más inoportuna. Menudo investigador estaba yo hecho. Para darme de tortas. Menos mal que el abuelo, con esa incapacidad que tenía para el enfado o el rencor, se deshizo pronto de mi sentimiento de culpa.

—Anda, tráete el juego de la oca, que nos echemos una partida.

Yo dije que sí con la cabeza y me encaminé hacia su habitación, en cuyo armario estaba la caja donde solía guardar el tablero, los dados y las fichas. Sabía que durante las próximas dos horas —porque nunca era una partida, sino cinco, siete o veinte, las que disputábamos— estaríamos agitando los cubiletes.

Pero aquella vez fue distinto. Cuando nuestras fichas apenas se encontraban por la mitad del tablero, el abuelo se quedó mirando su dado de una forma extraña.

—Sacedilla era un sitio feo. Realmente feo.

Yo tenía que quedarme callado. Y lo hice.

—No es que la gente fuera mala, ¿entiendes? Es que me habían llevado allí para pelear en una guerra; en una guerra estúpida que yo no busqué, pero que se encargó de buscarme a mí.

Yo dejé mi cubilete en la mesa y permanecí en silencio.

—En el año 36 había personas que odiaban en uno y otro bando, ¿entiendes? Y para ellos, aquel combate tenía cierto sentido. El enemigo estaba enfrente, y había que pelear. Había que matar. Pensaban que era el camino adecuado para solucionar los problemas. Yo ahora, a la edad que tengo, no me voy a poner a discutir si tenían razón todos, o no la tenía ninguno. Se pasó el tiempo de reflexionar, como se pasó el tiempo del combate. Unos murieron, otros sobrevivieron y casi todos mataron.

Dos segundos de silencio me autorizaron a intervenir.

—Pero tú no mataste a nadie, abuelo, ¿verdad?

Mi abuelo sonrió, con toda la tristeza del mundo arañándole los ojos.

—No, Santiago, yo no maté. Pero todos murieron.

—Menos tú. Tú estás aquí.

Mi abuelo habló totalmente en serio.

—No lo sé. Quizá también a mí me mataron.

Yo hubiera querido acariciar su hombro. Pero me dio vergüenza parecer un niño, y me limité a tocarme la barbilla, mirarle a los ojos y seguir hablando.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad. Todo el mundo se muere en una guerra. No hay quien salga limpio de allí. Si no mueres completamente, al menos se te muere un trozo del cuerpo, o un trozo del alma. Y esa aniquilación te acompaña siempre, aunque no quieras recordar.

El abuelo, con su mirada de agua espesa y un dedo apoyado en la casilla de la muerte, habló. Pero ignoro si hablaba para mí.

—No está muy claro cuándo se muere una persona.

Yo recordaba perfectamente la explicación que nos dio Alfredo, un profe desgarbado y que no se peinaba mucho, sobre ese tema. Fue en la clase de Naturales, en Primaria. Así que consideré que podía rectificar, o sacar de dudas, al abuelo.

—Uno se muere cuando se le para el corazón.

Sus palabras llegaron muy suaves, muy lentas y muy oscuras, como si saliesen de la niebla y se estuvieran deshilachando.

—Ya lo sé, Santiago. Pero eso no aclara gran cosa. Después de una guerra, siempre se te para el corazón.

Supongo que a él, desde el punto de vista metafórico, también se le paró.

Pero, afortunadamente para mí —pues de lo contrario no solo no estaría escribiendo estas frases, sino que ni siquiera existiría—, su corazón era fuerte y aguantó las penurias y los horrores de la guerra.

Y también las de la posguerra, durante la cual: devolvió el fusil que le dieron; pasó el hambre que le correspondía (me dijo que llegó a comer vainas de habas y mondas de patata); encontró colocación en un taller de bicicletas; tonteó con la abuela Esperanza (y él juraba que con ninguna mujer más, aunque sonreía al decirlo); se casó y tuvo dos hijas (mamá y la tía Antonia); se instaló aquí, en Cabales; montó su propio negocio de reparación de motocicletas; visitó una vez Salamanca (cuya catedral le encantó) y otra vez Sevilla (que le fascinó con sus colores); se hizo hinch del Atlético, porque no le gustaban los equipos que ganaban por sistema (léase Madrid y Barça); jugó medio millón de partidas a la oca (primero, con su mujer e hijas; luego, con

mi padre —que pretendía hacer méritos con su suegro—, y por fin conmigo, su nieto predilecto —y único).

- ahora, a punto de cumplir los ochenta y siete —le faltaban días—, había opinado que ya estaba bien, que tenía ganas de descansar y que los demás podíamos seguir solos.

Yo, Santiago, su nieto, escribo estas páginas.

- tengo miedo, y mucha confusión, y ganas de llorar.

Pienso en las bolsas viejas que hay debajo de mi cama, y un escalofrío me sacude y me llena de preguntas, que no sé si alguien me podrá responder. ¿Se le paró el corazón a mi abuelo tras la guerra del 36 por culpa de lo que hay en ellas? Me asombra pensar que él, una persona tan dulce, tan equilibrada y tan serena, pudiera incurrir en esa atrocidad y caer tan bajo. Aun que, por otra parte y pensándolo bien, ¿por qué estoy dando por supuesto que fue él quien lo hizo? No tengo pruebas que lo impliquen directamente en el delito o que lo relacionen con él. Con las bolsas, desde luego, sí. Pero quizá solo las encontró, y se preocupó de esconderlas para que el horror y la inmundicia de aquellos años no destruyeran ni canalizaran mal su contenido; quizá solo las custodiaba, hasta que una época de paz le permitiera volverlas a sacar a la luz; quizá estaba haciéndole un favor a alguien, a Sebastián Galván, del que luego hablaré, o a algún otro compañero de trinchera o de prisión; o quizá... Yo qué sé. Quizá todo.

Otros interrogantes, no menos terribles, me golpean desde anoche y no me dejan dormir. Por ejemplo, ¿quiénes eran las personas cuyos nombres figuraban en las lápidas funerarias que rompí? ¿Cómplices suyos? Y, si verdaderamente existieron, ¿dónde están sus cadáveres? ¿Quién los sacó de los nichos?

Por más que me esfuerzo, no soy capaz de imaginarme al abuelo cometiendo esa monstruosidad; pero los petates están ahí. No me lo he inventado. Tampoco me he inventado lo que contienen.

Ahora, cuando comienzo a poner en orden esta historia, sé muy bien que el abuelo tenía algo grave que ocultar.

Algo muy grave.

Y ayer empecé a descubrirlo.

Capítulo 2

Aquella tarde, cuando me senté en la butaca delante del abuelo, tenía en la mano un papel que, supuse, le iba a hacer feliz. No era el Quijote precisamente —apenas cuatro líneas redactadas—, pero me encontraba muy orgulloso, pues resumía dos horas de investigación y búsqueda en la red.

—Abuelo...

—Dime.

—¿Te suena Olivia de Havilland?

Me miró por encima de sus gafas, con expresión de «¿Y esto a qué vendrá ahora?».

—Fue una actriz, ¿no?

—Y de las mejores. Trabajó con Errol Flynn y le dieron dos veces el Oscar de Hollywood.

—Ya, muy bien.

—¿Y a Camilo José Cela, lo conoces?

—Sí, el que escribe. El del Nobel.

—Eso es. El del Nobel. ¿Y Francis Crick?

Observó disimuladamente el papel que yo tenía entre los dedos y se rascó la coronilla.

—No, mira tú por dónde, ahí me has pillado.

—Otro premio Nobel. De Medicina. Formuló la estructura del ADN.

—El ADN.

—Sí, bueno, da igual: una cosa de ciencias. ¿Y a Juanito Valderrama lo conoces?

El abuelo se quitó las gafas con una tremenda parsimonia, se atusó el bigote con el dedo corazón y me interrogó con las cejas y con las pupilas. Tenía una paciencia extraordinaria.

—Santiago, hijo, ¿se puede saber qué te pasa a ti hoy?

—A mí no me pasa nada, abuelo.

—Pues nadie lo diría.

Me quedé un par de segundos callado y, después, volví al ataque.

—Entonces no te suena.

—¿No me suena quién?

—Juanito Valderrama.

Se frotó la mejilla con el dorso de la mano y suspiró.

—Sí, sí me suena, ya lo creo. Cómo no va a sonarme. Me suenan él y Dolores Abril, pero no entiendo esas preguntas tan raras que te traes hoy.

Doblé el folio y me quedé mirándolo.

—¿Sabes lo que todas esas personas tienen en común?

—Que son famosos.

—Bueno, ya; pero aparte de ser famosos.

—No sé. Dime.

—Que todos nacieron en 1916. Como tú.

El abuelo sonrió y volvió a ponerse las gafas.

—¿Y adónde nos lleva eso?

—Pues nos lleva a que una vez me dijiste que 1916, desde el punto de vista humano, había sido de mala cosecha. Yo te acabo de demostrar que exagerabas.

Al abuelo se le pusieron los ojos de almíbar.

—Anda, ven.

Como soy un chico muy perspicaz, supe exactamente lo que iba a ocurrir: el abuelo me besaría y me revolvería el pelo. Era inevitable. Pero, en fin, la verdad es que estábamos solos y no me importó.

—Tráete la oca, que te voy a dar una paliza.

—Sí, claro. Porque tú lo digas. Hoy te gano yo.

—Eso habrá que verlo.

La oca.

Me parece que debería dedicarle unas líneas a explicar lo importante que era este juego para nosotros. ¿Cuántas partidas llegaríamos a echar con aquel tablero? Pues la verdad es que no lo sé. Muchas. Muchísimas. Cada vez que el abuelo estaba de buenas, o de malas, o preocupado por algo, o hastiado de la televisión, o deprimido, o sencillamente porque sí, me pedía que fuese a su habitación, sacase la caja del armario, volviera al salón con su contenido y nos pusiéramos a jugar. Podíamos pasarnos toda la tarde agitando los cubiletes y haciendo avanzar y retroceder las fichas —en una ocasión

estuvimos cinco horas ininterrumpidas, aunque cueste creerlo—; y ni uno ni otro dábamos signos de aburrimiento o de fatiga. Era nuestro *hobby*, nuestro relax, nuestro punto de conexión. Todos aquellos que piensan —pues los hay — que entre un hombre de ochenta y tantos y un chico de quince no hay demasiadas posibilidades de relación, tendrían que habernos visto a ambos, delante del tablero, disfrutando, riéndonos, contándonos cosas entre tirada y tirada. Es una lástima que aquellos días no puedan volver.

Ah, un detalle más.

Recuerdo que, cuando cumplí los doce años, mantuve una conversación bastante peculiar con el abuelo, y quisiera reproducirla aquí, para que todos conozcáis mejor nuestros diálogos y para que vayáis colocando en su sitio las piezas del puzzle. En aquel momento, algunas de sus reflexiones me parecieron extrañísimas —ya os digo: yo tenía doce años, y él me habló como si fuera un adulto—, pero ahora sí creo haberlas entendido.

—¿Sabes, abuelo? En el colegio se ha formado un club de ajedrez, y mi profe de Matemáticas me ha dicho que debería apuntarme, que yo tengo buena cabeza. ¿Tú sabes jugar al ajedrez?

El abuelo torció el morro.

—No me gusta demasiado el ajedrez.

—Pero sabes jugar...

—Sí, sé mover las piezas, aunque hace años que no practico.

—Ya, pero sería bonito, abuelo. Si tú me enseñas, y practicamos juntos, podríamos echarnos partidas de vez en cuando, y no estar siempre con la oca. Por variar.

Ahora, sabiendo lo que sé del pasado del abuelo, estoy seguro de que con aquellas palabras lo ofendí o lo decepcioné, pero ni el tono de su voz ni los gestos de su cara evidenciaron malestar alguno.

—¿Y para qué queremos variar? La oca es el juego más hermoso y más completo que se ha inventado. Es como un camino, y los participantes van recorriéndolo en dirección a la meta. Te encuentras ayudas, obstáculos, golpes de buena y mala suerte. Un poco de todo, como en la vida. Y además, nadie pierde.

—¿Cómo que nadie pierde? Yo he perdido muchas veces contigo.

—Ah, no, no, Santiago. Te equivocas. En esas partidas yo he llegado antes a la meta, pero eso no significa que tú hayas perdido.

Me eché hacia atrás en el asiento.

—Vaya que no.

El abuelo se atusó el bigote y se me quedó mirando con mucha ternura.

—La oca es como la vida, Santiago, te lo acabo de decir. Quienes llegan al final no perjudican al resto de los participantes. Cuando yo me muera, tú seguirás vivo. ¿He ganado yo, entonces? ¿Has perdido tú?

—No, pero...

—En el ajedrez, en cambio, sí. Fíjate un poco y lo comprobarás. Yo gano porque tú pierdes. No hay más salida. Acoso a tu rey, pongo en apuros a tu reina, mato a tus peones. Necesito aniquilarte para llegar al final. No puedo sentir lástima. Tengo que ser implacable y mi estrategia se desarrolla contra ti. Es cruel, Santiago. Es como una depredación.

Se encogió de hombros y yo permanecí en silencio.

—La oca, por el contrario, es más civilizada y más respetuosa. Charlamos por el camino, como buenos camaradas; nos acercamos; nos separamos, y al final llegamos a la meta. Unos antes y otros después. El orden lo dicta el azar.

—O sea, que el dado es Dios.

El abuelo entornó los ojos y dibujó una sonrisa amarga. De repente parecía muy feliz o muy triste.

—Te has hecho un hombre, Santiago —murmuró—. Sí, el dado es Dios. Y nosotros somos caminos que vamos hacia la muerte.

Yo, súbitamente reconocida mi condición de adulto, quise ejercerla.

—Pero hay una cosa que no cuadra: la vida es una línea recta, y la oca se mueve en espiral.

—¿Lo ves? —sonrió—. Hasta en eso, el juego es formidable. Como vas girando, y girando, y girando, la sensación que tienes es de que dura mucho. Alarga la vida.

Durante unos minutos, seguimos jugando en silencio. El abuelo, concentrado, agitaba su cubilete, como si la metáfora del dado le hubiera llegado muy hondo y la estuviese poniendo a prueba. Yo aproveché para mirarlo y para preguntarme por qué tenía aquella fijación con la oca. Bien, de acuerdo: era un pasatiempo divertido; y además era barato y se podía practicar en casa, y, para colmo, era una metáfora estupenda de la vida; pero empeñarse en jugar a todas horas, una y otra vez, sin descanso, sin aburrimiento, sin variantes, me parecía que rozaba las fronteras de la obsesión. Yo no podía saber entonces —ahora sí lo sé— que el abuelo estaba intentando decirme algo importante, que estaba intentando meterme ese juego en la cabeza y convertirlo en mi obsesión.

Hace una semana descubrí por qué.

—Hablando de «alargar la vida»... ¿Cuántos años tiene este tablero?

No vaciló ni un segundo.

—Lo compré el 16 de marzo de 1938. En Sacedilla.

Lancé una exclamación de asombro, no tanto por la fecha, aunque también, como por la precisión del abuelo.

—Anda que sí. El 16 de marzo de 1938. Luego ve diciendo que te falla la memoria. ¿Te acuerdas igual de todas las fechas?

—No, de todas no. Pero de esa sí. Es una fecha especial.

—¿Especial? Pues vaya. ¿Especial por qué? ¿Por haber comprado un juego de la oca?

El abuelo levantó los ojos —¿he dicho antes que eran grises?— y los clavó en mí. Los clavó. No hay otra forma de expresarlo.

—No, no fue especial por comprar una oca. Fue especial porque ese día me soltaron de la cárcel.

La cárcel.

Tema tabú. «Santiago —pensé—, cierra la boquita». Pero lo sorprendente es que fue él quien continuó hablando.

—A las doce del mediodía, me dieron un trozo de pan, un trozo de tocino, mis alpargatas y un peine, totalmente inútil porque me habían rapado al cero, y me dijeron que ahuecase el ala. Que como volvieran a ver me por allí me iban a dar más palos que a una estera. Y esa misma tarde me compré este juego de la oca.

Yo tragué saliva. Quizá me estuviera metiendo en un terreno peligroso, pero supe que tenía que formular la pregunta. Mi pregunta.

—¿Y por qué fue?

El abuelo también tragó saliva —se le oyó perfecta mente— y quiso que la contestación sonara distendida, incluso jocosa; pero sus pupilas eran incapaces de bro mear a la velocidad con que lo hacían sus labios.

—¿El qué? ¿Encarcelarme, soltarme o comprar la oca?

Se hizo entonces un denso silencio que no quise interrumpir. Si no deseaba hablar de su pasado, me parecía muy bien: estaba en su derecho. Pero, una vez iniciado el tema —y además iniciado por él—, no juzgaba legítimo que gastase bromas o que jugara conmigo al gato y al ratón. ¿Es que no era capaz de entenderlo? No estábamos hablando de una anécdota o de un episodio feliz: estábamos hablando de la cárcel, del sitio donde meten a los

asesinos, a los violadores... o a los criminales de guerra. ¿Qué fue lo que motivó su ingreso en prisión? ¿De qué se le acusaba?

El abuelo, al darse cuenta de que no me podría engañar con la farsa de su buen humor, cambió de actitud. Sus facciones, lentamente, se fueron agrietando de melancolía.

—La guerra es asquerosa, Santiago, y tú, muy joven.

Aunque las palabras estuvieran intentando no salir de mi garganta, yo quise despejar mi duda.

—Pero tú no mataste a nadie, ¿verdad?

Negó con la cabeza y pronunció una sola palabra.

—Nunca.

—Entonces, ¿por qué te encarcelaron?

El abuelo dejó el cubilete encima de la mesa y se echó hacia atrás en el sillón. Dicen que cuando una persona está a punto de morir, todas las imágenes importantes de su vida cruzan a gran velocidad ante sus ojos, y yo creo que algo parecido ocurre con aquellos que sufrieron el horror de una guerra: su sola mención provoca en la memoria de estos seres un terremoto de recuerdos, un huracán de lágrimas, una sinfonía macabra de gritos, de llantos y de humillaciones. Es muy fácil de comprobar, porque mientras están recordando se les mueren los ojos, a mi abuelo se le morían.

—En la guerra suceden cosas muy extrañas, Santiago.

—¿Como por ejemplo?

—Como por ejemplo, todo. La gente que te odia intenta vengarse de ti, o adjudicarte crímenes que no has cometido. Y lo peor del asunto es que no hay forma de defenderse contra ellos, porque tienen el poder. Eres culpable aunque no se pueda demostrar...

—¿Y a ti de qué te acusaron?

Aún me duele recordar los ojos que aquella tarde tenía el abuelo. Eran como arenas movedizas, o como un río sepultado por la niebla, o como un pez ahogándose muy despacio.

—¿Y eso qué importa? Las guerras son un tiempo espantoso, en el que nadie está libre de ser castigado. Fíjate en mí. Me lanzaron unas acusaciones que no podían probar y me metieron en una celda para que pagase mi crimen. Bien. ¿Era yo culpable? ¿Era inocente? Entonces no importaba, porque se vivían unos meses irracionales, en los que cualquier arbitrariedad era posible, y ahora tampoco importa, pues han transcurrido muchísimos años y las explicaciones son innecesarias. ¿Para qué vamos a remover ese lodo?

Yo me quedé pensando durante unos instantes.

—Entiendo lo que me dices, pero...

—Pero qué.

—Que sigo sin entender una cosa.

El abuelo detuvo sus ojos en mí. Había revivido sus días más tristes, y ahora parecía volver a la realidad del año 200q.

—Qué cosa, dime.

—¿Qué tiene que ver todo lo que me estás contando con la oca? Dices que compraste el juego la misma tarde de tu liberación...

—Sí, es verdad.

—Pues no le encuentro sentido.

El abuelo seguía muy serio.

—Me hacía falta.

—¿Para distraerte?

—No, para distraerme no. Tenía amigos esperándome fuera.

—¿Entonces?

No sé si el abuelo me miraba, o solamente me veía, o ninguna de las dos cosas, porque durante unos segundos experimenté la sensación de que me había vuelto de cristal, y que sus ojos me atravesaban como si fuera el vidrio limpiísimo de unos ventanales.

—Ya te lo he dicho: me hacía falta.

Como yo era todavía muy pequeño, e ignoraba la existencia de lo que ahora está debajo de mi cama, ni siquiera presté atención a aquella frase: me limité a tocar el borde del tablero, hacer un gesto con la boca y seguir hablando.

—Pues está para el arrastre. Fíjate.

—Normal, hijo. Date cuenta de que hablamos de 1938, así que acaba de cumplir sesenta y cinco años.

Yo sonreí ante el descubrimiento.

—Anda, pues aprovecha.

—¿Que aproveche el qué?

—Eso. La edad. ¿No se jubilan los viejos a los sesenta y cinco?

—En fin, Santiago, no sé yo hasta qué punto alguien es viejo con sesenta y cinco, ¿sabes? Yo a esa edad estaba hecho un roble.

Cuando me lo dijo, desde luego, ya no era así. El abuelo se había ido erosionando a una velocidad vertiginosa; como si el destino, de golpe, se hubiera acordado de él tras varias décadas de amnesia y estuviera cobrándose los intereses de la demora. De vez en cuando le dolían los huesos, o se le hinchaban los pies, o sentía alifafes —la primera vez que le escuché aquella

palabra me quedé mudo, porque sonaba a algo doloroso o mortal—. Y, sobre todo, tosía. El abuelo no paraba de toser. Y aquellos golpes de tos, que salpicaban sus días y sus noches, y que advertían de su presencia en la cocina, en el salón o en el dormitorio, eran como campanadas oscuras que pregonaban su declive.

—Ya, pero un tablero de la oca es otra cosa. O, mejor dicho, no es que sea otra cosa, sino que es precisamente una cosa. Me refiero a que se le desgastan los bordes y se le agrieta la pintura.

El abuelo me miró con ojos de académico, o de mecánico jubilado.

—Se craquela.

—¿Cómo?

—Craquelarse. No se dice que se estropea la pintura, o que le salen grietas, se dice que se craquela.

—Bueno, pues esta se ha craquelado —certifiqué—. ¿No va siendo hora de cambiarlo por otro más nuevecito?

Negó.

—Me ha acompañado durante casi toda mi vida, y no lo pienso jubilar ahora porque esté viejo. Además, quiero que sea para ti.

El abuelo nunca volvió a hablarme de la Guerra Civil, ni tampoco de la historia de aquel viejo juego de la oca, con el que aún disputamos varios centenares de partidas en los meses posteriores.

La semana pasada, cuando tuve dos horas libres en el instituto por la enfermedad del profesor de Tecnología, el jefe de estudios nos dejó —éramos solamente cinco alumnos— que nos quedáramos solos en el aula de Informática y que manejásemos los ordenadores, con tal de que no anduviéramos por los pasillos dando el follón. Yo recordé entonces que se estaba aproximando el cumpleaños del abuelo y que no tenía nada para él, porque ni mi imaginación ni mis posibilidades económicas daban para mucho. Así que, aprovechando el tiempo libre que nos otorgaba la baja del profesor, se me ocurrió un regalo realmente especial. Me metí en un buscador de internet para enterarme de los orígenes, las anécdotas más destacadas y la historia de su juego favorito, saqué la información por la impresora, la metí en un *dossier* de plástico y me la llevé a casa.

Cuando leí aquellos papeles por la noche, me quedé totalmente pasmado. A la oca no solo se le supone un origen fascinante y lleno de enigmas, sino que algunos investigadores de temas ocultos llevan ese misterio al terreno

religioso y creen que el juego es, en realidad, una gran metáfora del Camino de Santiago. Una metáfora llena de secretos.

Decidí que a la mañana siguiente, cuando volviera del instituto, se lo contaría todo el abuelo a la hora de la comida. Pero lo que no podía prever aquella noche al cerrar los ojos es que me iba a ser totalmente imposible llevar a cabo mi plan, porque el abuelo no estaría vivo a esa hora.

Capítulo 3

Muchos son los orígenes que la tradición otorga al juego de la oca. Pero ninguna de estas hipótesis, con los datos actualmente disponibles, puede ser considerada como la explicación definitiva que nos aclare su procedencia.

Existe una tradición helénica que afirma que fue inventado durante el asedio de Troya. Los soldados, que se encontraban aburridos durante los largos períodos de inactividad entre combate y combate, encontraron un paliativo para este aburrimiento en el juego que ideó Palámedes, hijo del rey de Eubea y nieto de Poseidón, señor de los mares. A favor de esta hipótesis se encontraría el descubrimiento del llamado «Disco de Phaistos», una circunferencia de arcilla de unos 20 centímetros de diámetro hallada en Creta, durante el año 1908, por un excavador italiano, y que tiene la forma inequívoca de un tablero de la oca. Su trazado en espiral y la repetición de dibujos en su interior (incluso contiene pájaros de forma similar a lasocas) ha llevado a algunos especialistas a preguntarse si no podría ser algún tipo de juego. En contra de esta antigua hipótesis se alza la opinión de quienes recuerdan que a Palcimedes se le atribuye también la invención de las letras, de los pesos y medidas, del ajedrez, del juego de dados y de la numeración decimal. Demasiados hallazgos concentrados en una persona para ser creíbles.

Otra posibilidad es que se trate de un divertimento surgido en la corte de Florencia durante el siglo XVI y que alcanzó difusión gracias a Fernando de Médicis, quien regaló al monarca español Felipe II un ejemplar de este juego, que se popularizó rápidamente en la corte y que circuló luego por el resto de Europa.

Fero la hipótesis que más estupor y también más in teres provocó desde sus inicios fue la que atribuía la invención del juego a la Orden del Temple, creada en Jerusalén por los cruzados europeos que se concentraron allí para la defensa de la cristiandad y para la recuperación de los Santos Lugares.

¿Se escondían detrás de los puentes, las ocas, la posada, el laberinto, la cárcel o la muerte, algunos elementos simbólicos de inquietante interpretación? ¿Estaban los templarios ofreciendo al mundo un secreto fabuloso custodiado por claves arcanas, que solo los iniciados se encontraban en disposición de entender? Si los templarios desplazados a Tierra Santa tenían como misión central la de proteger a los peregrinos que hacia allí se dirigían, ¿no es lícito pensar que los templarios europeos se arrogasen la misma misión respecto a los peregrinos que circulaban por las rutas del continente (o al menos por la que sin duda era la ruta más conocida y frecuentada: el Camino de Santiago)? Siguiendo esta línea de reflexión, podríamos pensar que los templarios escondieron el auténtico significado del Camino bajo el disfraz de un juego infantil, y que a nosotros nos correspondería la tarea de descifrar o entender lo que bajo sus dibujos y números escondieron. En síntesis, ¿qué era el peregrino que iba a Santiago, sino una pieza que iba avanzando de casilla en casilla, de monasterio en monasterio, de posada en posada, buscando la meta última: la catedral de Compostela?

Los investigadores que han barajado esta atractiva hipótesis se preguntan si no sería posible que algunos iniciados hubieran escondido, bajo los símbolos más inocentes, alguna clave misteriosa. En este sentido, nos recuerdan que en el cuento Blancanieves, de los hermanos Grimm, están ocultas —bajo la apariencia de un relato para niños— muchas claves de la alquimia: los siete enanitos, que representan los siete metales; el sarcófago de cristal, metáfora de una probeta; la muerte aparente, que es una fase de la Gran Obra, etc. ¿Tal vez los templarios procedieron del mismo modo, codificando el secreto del Camino bajo dibujos aparentemente inanes?

Si aceptamos esta hipótesis, podríamos conjeturar que las casillas que contienen el dibujo de la oca serían castillos templarios, situados a lo largo del camino. ¿Podría sentirse más seguro algún peregrino que en los locales del Temple, grandemente fortificados y con guardianes diestros en el manejo de las armas? Ir «de oca a oca» sería la forma más segura de viajar, y también la más rápida. Además, no conviene olvidar que los constructores vinculados a la Orden del Temple tenían como símbolos el caracol y la pata de oca. ¿Hacen falta más indicios para establecer la conexión entre el juego y los bravos monjes-soldado?

Ahora bien, ¿qué significan las otras casillas? ¿Todas esconden un significado esotérico, o solamente algunas? Frente a las casillas oca (que ya hemos visto que representan los enclaves seguros), se alzan las casillas de

amenaza, incertidumbre o peligro: el puente, la posada, el pozo, el laberinto, la cárcel, los dados... o la muerte. Para dos de estas escenas sí se ha creído encontrar una interpretación plausible. Así, se dice que el puente representa Puente de la Reina, el lugar donde se unifican todos los ramales del Camino de Santiago que vienen de Francia, y se dice también que no es casualidad que la casilla de la muerte esté en el número 58. ¿Por qué no está en la que cierra el juego, o en la penúltima? —se preguntan los investigadores—. ¿No sería esta la solución «lógica»? Pero la respuesta a este interrogante y a esta localización habría que buscarla en un peculiar informe de la Inquisición, donde se relata cómo, tras la suspensión de la Orden del Temple en 1307, se encontró en una comunidad templaria de París un cráneo de mujer rotulado con la leyenda «Caput LVIII» (Cabeza 58), que se sospecha que podría pertenecer a María Magdalena, cuyo cadáver se suponía enterrado en Vezelay (hasta que la tumba fue saqueada en la Edad Media). ¿Vuelve a ser una casualidad que el 58 represente a la mujer que estuvo junto a Jesús, el vencedor de la muerte?

Estos eran los folios que saqué de la impresora del instituto, y que pretendía leerle al abuelo, porque supuse que le podían interesar. Pero cuando llegué a casa el jueves pasado y descubrí el ajetreo que la sacudía, el *dossier* se quedó dentro de la mochila y perdió todo su interés. El abuelo —fue papá quien me lo dijo— ya no estaba con nosotros, ni volveríamos a oír sus toses, ni el arrastrar de sus zapatillas. Al parecer, se había despertado con una fuerte sensación de abogo que le oprimía el pecho. Llamó a su hija para que estuviera junto a él, se solicitó por teléfono la presencia de un médico o de una ambulancia y, mientras llegaban, papá y mamá no pararon de hacerle aire con un abanico.

Todo resultó inútil. El corazón de ochenta y seis años del abuelo se cansó de latir, y sus párpados, después de mirar a mi madre y de estrechar la muñeca de mi padre, bajaron muy despacio y se unieron.

Yo no supe qué decir. Más que triste o dolido, me quedé confuso. Supongo que la muerte es juzgada de forma distinta según se tengan quince años, o veinticinco, o cincuenta y cinco. No lo sé. Lo que sí sé es que no lograba hacerme a la idea de que nunca más iba a escuchar su tos o a mirar sus ojos. La palabra nunca es muy grande, más grande que un océano, y no resulta fácil mentalizarse de que deberemos nadar en ella, queramos o no, durante el resto de nuestra vida.

Por la tarde, la casa se vació. Todos los amigos, vecinos y parientes se trasladaron al tanatorio, y yo me tuve que quedar allí, solo, para atender el

teléfono y facilitar la dirección de ese local a quienes se iban enterando de la noticia y llamaban con urgencia para informarse o darnos el pésame. Mamá creyó razonable que yo desempeñara esa tarea, aunque me impidiese estar con el resto de la familia. Lo cierto es que no me sentí importante por aquel encargo, ni tampoco me sentí desplazado. No sé exactamente lo que me cruzaba por la cabeza, salvo la idea del vacío. Una señora, cuyo nombre no me dijo y cuya voz no me sonaba, me preguntó a eso de las seis que dónde se exponía el cadáver, y me quedé bloqueado. La mezcla de ese verbo escapatista, exponer, y de un sustantivo terrible, cadáver, aplicados al abuelo, me dejaron sin habla durante un par de segundos. Y, aunque recobré el aliento y le pude dar la dirección, lo que no recuperé durante el resto de horas que permanecí solo, fue el control de mis emociones. Lloré mucho al colgar. Lloré como el niño que había sido hasta esa mañana. No podía aceptar de buen grado que hablaran de él como si fuera un objeto, o alguien perdido en un pasado remoto. Mi abuelo —pensé— seguía siendo mi abuelo. Lo iba a ser para siempre, pasase lo que pasase y transcurriera el tiempo que transcurriera. Pero, para las demás personas del mundo, ya no era el simpático anciano que jugaba con su nieto a la oca. Ya no tenía ni siquiera nombre ni apellidos. Ya no se llamaba Santiago, ni se llamaba Torres, ni se llamaba Díaz. Se llamaba cadáver.

Si morir en noviembre resulta más o menos normal, hacerlo en mayo es un sinsentido.

Eso fue lo primero que pensé mientras estábamos en el cementerio, rodeados por unos cipreses elegantísimos que se mantenían tiesos, oscuros e inmóviles, como centinelas que desafiaban al sol. El firmamento estaba azul como jamás lo había visto en mi vida, y, entre los panteones, la hierba brotaba verdísima y volaban insectos de oro y azabache. Era como si el cielo y la luz, confabulándose en una sinfonía de azules, verdes y amarillos, anularan toda posible tristeza en el ambiente, o al menos ayudaran a reducirla. Nada indicaba muerte en la ciudad de la muerte.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

El sacerdote que oficiaba la ceremonia era bajito como un elfo, y sus ojos eran, si la memoria no me falla, azules. Me recordaba a una pequeña figurita de porcelana que mamá tiene encima de su tocador. La diferencia es que al pastorcillo de Meissen no le habría sudado la calva en el caso de que lo hubiéramos puesto al sol, y a él sí.

—Estamos reunidos, queridos hermanos, para cumplir un deber sagrado: dar sepultura a nuestro hermano Santiago, que ha fallecido en la paz del Señor. Si es verdad que su muerte nos entristece, la esperanza de volvernos a reunir con él en la casa del Padre nos debe consolar. Elevemos nuestra oración para pedir al Señor que acoja a nuestro hermano con su misericordia y para que nos conceda a nosotros el consuelo de la fe.

La inmensa mayoría de las personas que asistían al funeral no daban la sensación de estar atendiendo a las palabras del sacerdote, ni tampoco de concentrarse en la mecánica de sus gestos, y tenían las cabezas vueltas hacia los lados, como si la contemplación del féretro les resultara demasiado triste o indiferente. Todas las chaquetas eran oscuras; todos los zapatos brillaban con el escándalo del charol, y ninguno de los asistentes se había permitido la transgresión de ponerse una corbata moderna.

—Oremos. Prepara nuestros corazones, Señor, a escuchar tu Santa Palabra, para que encontremos en ella luz en nuestra oscuridad, fe en nuestra duda y nos consolemos. Por Jesucristo nuestro Señor.

Las mujeres, en cambio, eran un mar de gafas ahumadas y de tacones pronunciados. Y todas, salvo mi madre, parecían haber encontrado una peluquería de guardia.

—Era ya como la hora sexta, y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta la hora de nona, eclipsándose el Sol, y se rasgó por en medio el velo del templo. Jesús, dando una gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y, dicho esto, expiró. Viendo el centurión lo que había pasado, glorificó a Dios, diciendo: Realmente este hombre era un justo. Y todos los allí reunidos para ver aquel espectáculo, al ver lo que pasaba, se volvían golpeándose el pecho. Todos sus conocidos y las mujeres que le habían acompañado desde Galilea estaban allí, a bastante distancia, viendo estas cosas.

Yo, más que en aquellas palabras —que el sacerdote pronunció con el cansancio de lo repetido muchas veces—, estaba pensando en mi abuelo, y me acordé de sus ojos, de la manera en que se sentaba, de cómo usaba el dedo corazón para rascarse el bigote, de su obsesión por la oca o de la pena que lo invadía cuando hablaba de las guerras y de quienes habían perdido allí sus vidas o sus ilusiones. Me pareció evidente que aquel sacerdote, y la mayor parte de las personas reunidas en aquel cementerio, vivían en un error, perpetuado por la inercia: la muerte no es el principio del misterio, sino su cancelación. Cuando cesamos de respirar y nuestro cerebro se detiene, no comienza algo enigmático, sino que acaba. La vida es el milagro. Nuestra

memoria y nuestros gestos son el milagro. Los miles de millones de células, angustias, lágrimas, ideas y caricias que nos conforman son el milagro. Mi abuelo, y mi madre, y mi padre, y yo —y tú, que ahora estás leyendo estas palabras—, somos auténticos milagros.

Sonreí con la idea de que el abuelo estaba ya para siempre dentro de mí, y eso también era un milagro.

Por la tarde, todos en casa estábamos como si nos hubiera pasado por encima una apisonadora. Mamá lloraba; papá trataba de calmarla con esa incomodidad que a veces agarrota a los hombres cuando tenemos que ser tiernos, dulces y a la vez invisibles, y yo opté por tomarme un vaso de leche y dejarme caer sobre la cama, sin quitarme la ropa ni retirar el edredón. Las sienes me oprimían.

Cualquiera que me hubiese visto en aquella posición, con los brazos detrás de la nuca, inmóvil y con la mirada clavada en el techo, pensaría que estaba triste. Y hubiera sido verdad. Pero lo que me embargaba no era una tristeza, sino muchas: la tristeza de mamá llorando, huérfana de padre; la tristeza de papá mirándose la muñeca, la muñeca que el abuelo le había tocado, con desolada melancolía; la tristeza de no escuchar ninguna tos por los pasillos de la casa; la tristeza de oír el timbre áspero del teléfono y saber que, cuando lo descolgaran, quien lo hiciese terminaría con la voz compungida o directamente llorosa; la tristeza de tener ganas de llorar y no saber cómo hacerlo. Lo paralizante de la tristeza es que contenga tantas voces en su interior, que sea capaz de diversificarse tanto, y que cada uno de sus pliegues sea como un pequeño narcótico que nos inyectan y nos va aturdiendo.

La vida iba a cambiar completamente para mí en las próximas horas. Lo tenía claro. Y lo curioso es que ese cambio, lejos de preocuparme o de hacerme meditar, me llenó la cabeza de pensamientos estúpidos que ahora me avergüenzan, como si los hubiera formulado un niño. Me pregunté qué íbamos a hacer con todos los inhaladores y las pastillas del abuelo; o si me dejarían mu darme a su habitación, mucho más soleada que la mía; o que si ahora me permitirían poner la música un poco más alta ya que no había siestas que perturbar. También, de golpe, pensé en la oca... La vieja oca. Ni con papá ni con mamá había jugado nunca, así que lo más probable es que mis días de cubilete, laberinto y posada hubieran tocado a su fin.

Pero, de pronto, me asaltó una idea: en los próximos días, cuando mamá se encontrase con ánimo, abordarían la tarea de vaciar la habitación, y a tirar todas las cosas que no sirviesen. ¿Qué iba a ocurrir, entonces, con el viejísimo tablero de la oca? ¿Recordarían que era de mi propiedad y lo preservarían de ese destino? ¿O, con el ajetreo y la confusión, lo tirarían al cubo de la basura sin reparar en ese detalle?

Me incorporé en la cama, un escalofrío recorrió mi espalda y un calambre mi estómago. Sería horrible que tirasen la oca. La oca era el abuelo y era yo. Éramos los dos juntos.

No lo podía consentir.

Tenía que cogerla cuanto antes y llevármela a mi habitación.

El picaporte no hizo ruido alguno, y las bisagras tampoco. Parecía como si el abuelo, desde allá arriba, me estuviera ayudando a entrar en su habitación sin que mamá, que lloraba en el dormitorio, o papá, que preparaba la tercera cafetera del día, se percataran de la maniobra. No es que estuviese haciendo nada malo, o al menos eso creo, pero decirles lo que me proponía me daba cierta vergüenza. No era momento de andar con aquellas chiquilladas. Mi padre tal vez estaría pensando en la cantidad de papeles que le esperaban en los días siguientes; mi madre se había quedado sola y yo creo que cuando la gente se queda sola comienza a tener miedo —miedo de verdad, quiero decir—, cuando empiezan a faltar los de antes, porque es como si la muerte anduviera dando mordiscos a tu espalda, y se aproximara sin remedio. Y yo, mientras, ¿iba a preguntar si podía coger del armario del abuelo la vieja oca? Imposible.

Por eso había decidido entrar sin consultarlos.

No olía a nada. Eso fue lo primero que pensé. La habitación no olía a mi abuelo. Pensándolo bien, no me consta que nunca oliese a nada especial; pero supuse que, al faltar él, quedaría en el aire algún residuo, algo que permitiera identificar aquel espacio y atribuirle un dueño, como cuando se entra en una casa y sabemos que allí hay un bebé, porque lo hueles.

Lo siguiente que pensé fue lo extraña e inquietante que resulta la habitación de un muerto. Todo está en su sitio, e intuimos que no volverá a estar desordenado. Ni se arrugarán las sábanas, ni se moverán las sillas, ni se hollará la alfombra. Todo se quedará quieto para siempre. Todo se mantendrá

en un perfecto orden de pirámide egipcia o de museo. Y reina un silencio pegajoso, lleno de aire embalsamado, como si incluso la luz que entra por la ventana se moviera a cámara lenta.

No sé cómo debían de sentirse los profanadores de tumbas, cuando lograban acceder a la cámara secreta y observaban las efigies funerales y el sarcófago rodeado de tesoros en el centro de la estancia, pero a mí el corazón me salía por la boca cuando avanzaba sin hacer ruido, casi de puntillas, hacia el armario, donde tantas veces había tomado el tablero de la oca. Quizá pueda pensarse que estoy exagerando, al compararme con un delincuente que viola y saquea tumbas —al fin y al cabo, estaba entrando a por algo que era mío—; pero los golpes escandalosos de la sangre en mis sienes se empeñaban en pregonarme que no éramos, el profanador y yo, tan distintos.

Por eso quería terminar pronto.

Cuanto antes, mejor.

Crucé la habitación, abrí la puerta del armario, localicé a tientas la caja, cerré de nuevo el armario y la habitación, y volví a mi cama. Si mis cálculos no andan muy descaminados, creo que empleé unos veinte según dos en culminar toda la operación. Estaba nervioso, muy nervioso, y el sudor me humedecía la nuca y los antebrazos. Ni siquiera cuando Arturo ordenaba que saltásemos el plinto en el gimnasio recuerdo haberme sentido tan repleto de adrenalina y con tanta necesidad de expulsarla.

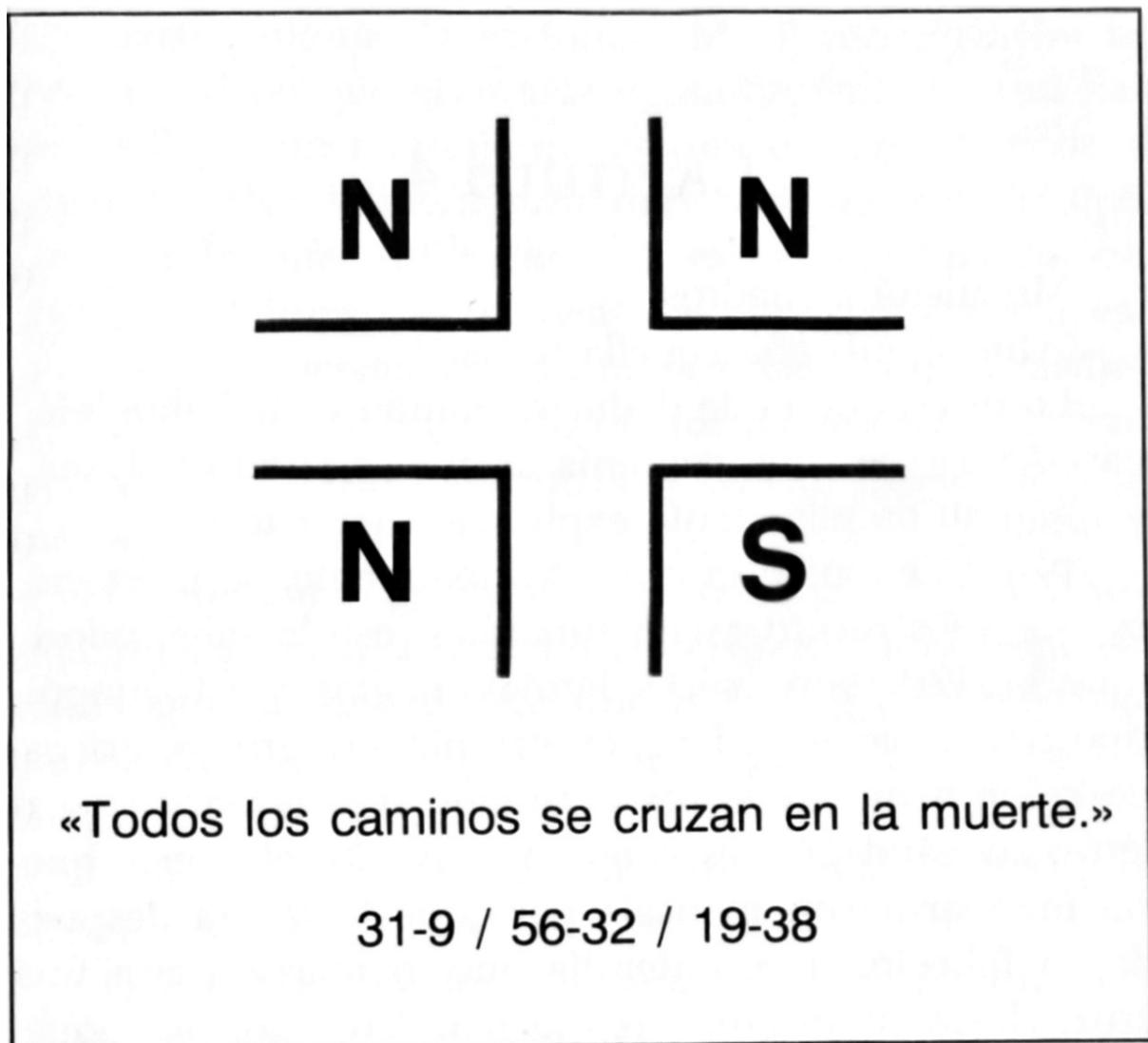
Durante cuatro o cinco minutos, sentado en mi cama, con la seguridad de que mis padres no me habían oído, repetí frases cortas para que mi respiración recuperara su ritmo y el sudor abandonara mi cuerpo: «no he hecho nada malo»; «la oca es mía: él lo dijo»; «tranquilo»; «ya pasó, ya pasó»; «respira».

Un poco después, ya más calmado, saqué el tablero de su caja, y todo el nerviosismo volvió: un sobre, de tamaño normal y con la palabra «Santiago» escrita en mayúsculas, cayó a la alfombra, justo al lado de mis pies. Desde luego, no estaba allí la última vez que jugamos a la oca, eso lo podía jurar. Pero, en todo caso, la pregunta no era cuándo había sido depositado allí, ni quién era la persona que lo colocó —pues bien claras eran las dos contestaciones—, sino qué contenía el sobre. ¿Una carta final del abuelo, en la que me pedía que conservase la oca para legársela a mis propios nietos —cosa que, por otra parte, ya tenía pensado hacer, aunque él no me dijese nada—? ¿Unas instrucciones para que aprendiera a desenvolverme en la vida? ¿O tal vez la confesión de un monstruoso secreto de su pasado, que a nadie sino a mí quería trasladar?

Mientras rasgaba el sobre con el dedo índice —quizá debería haber usado el corazón—, pensé que la hipótesis más disparatada era la última, y que la más razonable era la primera: una carta donde el abuelo diese rienda suelta a todo aquello que los mayores consideran importante transmitir a sus nietos: la importancia de los estudios, la necesidad de obedecer a los padres o la sabiduría de obrar en todo momento conforme a tu conciencia.

Con lo que he descubierto en las últimas cuarenta y ocho horas, y custodiando debajo de mi cama la prueba del más atroz de sus errores, ahora sé que aquel sobre contenía las tres cosas: mi abuelo me estaba escribiendo una carta, dándome unas instrucciones y confesándome un espantoso —y tan espantoso— secreto.

Pero entonces, cuando rasgué el envoltorio de aquel sobre y miré en su interior, lo que me sacudió fue la perplejidad, pues lo único que había dentro era esta misteriosa cartulina:



Capítulo 4

Me quedé a cuadros.

¿Qué significaba aquella tarjeta?

Lo único que pude deducir, cuando ya la había leído varias veces, es que contenía al menos cuatro enigmas, y ninguno de ellos tenía explicación para mí.

Primer enigma: la cruz. Normalmente, se usan cruces para los recordatorios funerales; eso lo sabe todo el mundo. Pero son cruces latinas, negras y sin ningún tipo de anotaciones. Esta, en cambio, era gruesa, griega, de color blanco, con los extremos sin cerrar y cuatro letras rodeándola: tres enes y una ese. Si el abuelo quería mandarme un mensaje para que lo leyera después de su fallecimiento, entendía que lo marcara con una cruz. Hasta cierto punto era lógico. Pero ¿por qué aquella cruz?, ¿por qué aquellas letras?

Segundo enigma: la frase. «Todos los caminos se cruzan en la muerte». Al principio pensé que podía tratarse de algún verso, pero me pareció demasiado largo. Entonces, ¿a qué caminos se estaba refiriendo? ¿Al suyo y al mío? No me cuadraba —entre otras cosas porque yo sigo vivo—, así que aparqué en ese punto la reflexión, pues no resolvía nada.

Tercer enigma: los números. Seis cifras, separadas por barras y guiones. 31-9 / 56-32 / 19-38. ¿Qué significado encerraban? No era la fecha de su nacimiento, ni la de su muerte, ni su DN1. Tampoco era nada que, aparentemente, tuviera que ver conmigo. ¿Qué mensaje estaba intentando transmitirme entonces con aquella serie de dígitos?

Cuarto enigma: la cartulina. Me llamaba mucho la atención el lío que el abuelo había organizado para hacerme llegar un mensaje que yo, en principio, no iba a entender. ¿No hubiera sido más fácil decirme lo que fuera oralmente, sin recurrir a ese manejo propio de Sherlock Holmes? Y todavía más: ¿por qué había esperado hasta después de su muerte para comunicármelo? ¿Y por

qué había elegido la forma de un jeroglífico, en lugar de escribirme sencilla y llanamente lo que me quería contar?

Las preguntas me taladraban la cabeza, como si un enjambre de insectos la hubiera elegido como lugar de vacaciones, o como si una tribu de zulúes celebrasen su fiesta mayor con timbales, brincos y cánticos entre los pliegues de mi cerebro.

El dibujo, la frase y los números bailaban ante mis ojos.

¿Qué era lo que los relacionaba entre sí?, ¿qué estaban queriendo comunicarme?

Después de diez minutos de reflexión —durante los cuales me quebré el cráneo en mil direcciones distintas, como os podréis imaginar—, deduje que si el abuelo había elegido dirigirse a mí mediante un mensaje cifrado, solo podía significar dos cosas: la primera, que quería que fuera yo, y solamente yo, quien lo leyera; la segunda, que la información resultaba demasiado importante como para facilitármela de una forma abierta, y que por eso la escondió tras un acertijo. En esa línea de pensamiento era donde tenía que concentrarme.

Y ahí es donde entraba en acción Arsenio Lupin.

Arsenio Lupin es mi héroe novelesco favorito. Pero como no tengo por qué impresionar a nadie en estas páginas, ni ofrecer una imagen de mí alejada de la realidad, añadiré que esta afirmación hay que leerla con respeto, pues es verdad, pero también con una cierta sorna, porque es el único libro que he leído completo en mi vida.

Una tarde, el abuelo y yo estábamos viendo una película de Pierce Brosnan en la tele, y él me preguntó:

—Oye, Santiago, ¿este no es el actor que hacía de Remington Steele?

—¿De quién?

—De Remington Steele, un detective que no se despeinaba ni tirándose de un rascacielos.

Me encogí de hombros.

—Pues no sé, no me suena. Sé que hizo La vuelta al mundo en ochenta días, que estaba bastante bien; pero nada más.

El abuelo se quedó pensativo y señaló la pantalla con su índice.

—Con esa cara y con ese porte, clavaría a Arsenio Lupin.

—¿A quién?

—A Arsenio Lupin, el caballero ladrón. ¿No conoces el libro?

—No.

—Pues te gustaría.

Hice una mueca de incredulidad.

—Lo dudo. A mí, sacándome del cine...

—Porque no has probado. Tú hazle caso a tu abuelo: no desprecies lo que ignoras. Lo dijo un poeta. Arsenio Lupin —que en realidad no se llamaba así— roba joyas, descifra enigmas, sale y entra de pasadizos subterráneos, localiza trampillas secretas... Es todo un personaje. Mejor que las películas. Tengo el libro en mi habitación, así que si te apetece...

Un año después, en una siesta de finales de junio en la que todos los miembros de la familia se embobaban con la azarosa vida de Claudia Patricia y su galán Rodolfo Alfredo, cuyos amores estaban amenazados por la maldad de don Onofre Salmerón, yo no encontré mejor refugio contra aquellas lágrimas venezolanas que sumergirme en la vida de Arsenio Lupin. Y cuánto disfruté con aquella experiencia: lo vi robando joyas en un trasatlántico; arrastrándose por la alfombra de una casa hasta que se topó con un cadáver; amordazado y maniatado en el vagón de un tren; fugándose de la cárcel con una maniobra increíblemente larga y astuta; o descifrando el misterio de un castillo, que desvalijó gracias a la grandeza de su ingenio. Página a página, le tuve que dar la razón al abuelo: la novela era formidable, y Arsenio tenía —y siempre iba a tener— la cara de Pierce Brosnan.

Y la pregunta que me asaltó fue la siguiente: ¿qué habría hecho Arsenio Lupin con esa tarjeta? ¿Cuál sería el detalle que más le hubiera llamado la atención, donde buscaría el extremo del hilo para tirar de él y solucionar el embrollo? Debía concentrarme y pensar como mi héroe, un ladrón astuto, lleno de artimañas, con la mente siempre dispuesta para descubrir lo que se ocultaba tras...

De repente, una luz se encendió en mi cabeza.

¿Cómo no me había dado cuenta antes?

¡Los números!

La cruz y la frase de los caminos que se cruzan en la muerte podían admitir interpretaciones más o menos rebuscadas, y en las que era posible acertar o fallar; pero los números —¡los números!— solo podían significar una cosa: la combinación de la caja fuerte. Seis cifras, de dos en dos, con una pequeña pausa entre ellas. Transparente como el cristal. Mi corazón, acelerado hasta la velocidad de la luz, me confirmaba con sus latidos que había dado en el centro de la diana.

Solo me quedaba aguardar con paciencia hasta que mis padres se durmiesen, y entrar después al salón para descubrir qué misterio se ocultaba

en aquella caja, y por qué el abuelo se había tomado tantas molestias a la hora de señalarla como objetivo.

Urdida mi estrategia para las próximas horas, puse el despertador a las dos de la madrugada, lo coloqué en la mesilla y me fui a cenar.

Pero no hizo falta que sonara. A la una y cuarto, presa de los nervios y de la impaciencia, decidí que la media hora que mis padres llevaban acostados era suficiente como para haberlos dejado fuera de combate, así que apagué el despertador y, sin hacer el más mínimo ruido, salí de mi dormitorio y, de puntillas, caminé hacia el salón donde me esperaba aquella maldita caja fuerte. Mi corazón, que siempre ha sido demasiado proclive a dejarse impresionar por las circunstancias, interpretaba una música escandalosa, como si tuviera a Kurt Cobain de huésped entre mis costillas, y los dedos de mis pies —iba descalzo— daban unos chasquidos inquietantes, que me provocaron la sensación de que no solo me estaban escuchando con toda claridad mis padres, sino incluso los vecinos. Tanto puede el miedo.

Por fin, me situé frente a La rendición de Breda, de Velázquez —en realidad, se trata de una mala copia que mi padre le compró a un bohemio de esos que se instalan en las aceras, porque le hizo gracia que le dijera que «había una copia igual en el Prado»—, y volví a pensar en Arsenio Lupin. Me acordaba de haber leído y de haber visto en el cine que los ladrones especializados en este tipo de robos colocaban su oreja pegada a la puerta blindada, y entonces comenzaban a dar vueltecitas a la rueda. En ese momento, tras haber visto la escena durante años, me encontré con un interrogante: ¿para qué diablos arrimaban la oreja al acero? ¿Qué se supone que tenía que escuchar en su interior? ¿Algún clic, algún sonido especial que revelase que lo estaba haciendo bien? La verdad es que no tenía ni idea; pero supuse que, habiendo recibido los números en una tarjeta a mi nombre, no tenía por qué calentarme los cascos. Solo había que pulsar, dar un giro a la manivela y encontrarme con el gran secreto del abuelo.

Suspiré hondo, dejé que mis ojos se acostumbraran lentamente a la oscuridad de la habitación, acerqué mis dedos pulgar e índice a la rueda y comencé a girarla.

Los primeros números eran el 31 y el 9. Los pulsé.

No noté nada especial, pero tampoco hubiera sido lógico que sonara una orquesta, como en las películas de misterio.

Luego vinieron el 56 y el 32.

Tampoco entonces sonaron los acordes inquietantes de ninguna orquesta, aunque dudo que el retumbar de mi corazón me hubiera permitido escucharlos.

Y por fin el 19 y el 38.

Mi tarea estaba hecha, y todas y cada una de las maniobras habían sido ejecutadas de un modo irreprochable: había movido la rueda con suavidad; había dejado suficiente tiempo entre número y número, y ahora estaba asiendo la manivela con pulso firme. Ni un solo fallo. Por eso supe que me quedaban apenas un par de segundos para descubrir el misterio del abuelo. Pero entonces ocurrió lo que menos me podía esperar: la maldita caja fuerte no se abría.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Dónde había cometido el error? Los números eran los correctos —me aseguré durante el segundo intento—; la velocidad de pulsación no parecía importar para la apertura —lo comprobé en el tercer y cuarto intentos—, y la fuerza con que tiraba de la manija tampoco resultaba determinante —lo constaté en el quinto intento.

Aquellos números no eran, pues, la combinación de la caja.

Todo esto me lo decía cinco minutos después, mientras notaba en mi estómago una sensación parecida a la que se sufre cuando arrojas piedras con mucho ímpetu desde el borde de un acantilado. Porque aquel fracaso suponía el final —el final estrepitoso— de mi brillante hipótesis. Pero si los números no eran la combinación de la caja fuerte, ¿entonces qué eran? Durante un cuarto de hora, ensayé todas las interpretaciones posibles: desde fechas familiares significativas —y no me cuadraba con ninguna que yo conociese o recordase— hasta las cuentas bancarias —lo que no tenía ni pies ni cabeza, pues sabía de sobra que tienen veinte dígitos—. Al final, dolido, irritado y confuso, incapaz de entender el jeroglífico, me dejé vencer por el sueño. Eran las dos de la madrugada y no tenía respuestas.

A las cuatro y media desperté, incordiado por una pesadilla en la que el abuelo actuaba de personaje único. En realidad, no hubiera podido jurar que aquel viejo greñudo, con los dientes maltrechos, la barba descuidada y ropas de vagabundo, fuese mi abuelo; pero dos detalles me convencían de dicha interpretación. El primero, que no paraba de repetir, con una voz alta y aguda, la frase de la tarjeta: «Todos los caminos se cruzan en la muerte»; el segundo,

que estaba ejecutando una especie de danza sioux sobre un tablero de la oca. Mi subconsciente, desde luego, se lo estaba pasando bomba; pero a mí el sudor y las palpitaciones me hicieron despertar y sentarme en la cama.

Todos los caminos se cruzan en la muerte.

31-9/ 56-32/ 19 38

Bueno, ¿y qué?

Me encontraba en un laberinto y, durante los primeros angustiosos minutos, llegué a pensar que no existía salida, que, en su interior, todo eran pasillos, puertas cerradas, muros altos y esquinas ciegas que conducían a otras esquinas. Un mundo claustrofóbico y desasosegante, que me cortaba el resuello y me entregaba al reino de las pesadillas. Pero luego acudió a mi memoria la explicación que me dio el abuelo cuando, jugando una vez a la oca, caí en la casilla 42.

—¿Conoces la historia del laberinto?

—¿De qué laberinto? —pregunté.

—Ya veo que no... El laberinto de Creta, el bogar del Minotauro, un monstruo que era mitad toro y mitad persona. Su madre era una reina, si no recuerdo mal. Pero el pobre tenía un problema: necesitaba devorar cada año a una serie de jóvenes para mantenerse con vida.

—Hala...

—Pues sí, hala; pero un héroe llamado Teseo se impuso la tarea de cargárselo. Nadie se atrevía a penetrar en el laberinto, por temor a perderse en sus calles. De hecho, no era la primera vez que pasaba. Pero a él se le ocurrió una manera infalible de entrar y salir de aquella trampa.

—A saber...

—Convenció a una chica llamada Ariadna para que, desde fuera, sujetase un ovillo que él iría devanando. Así, cuando matara al monstruo, podría salir sin problemas. Como ves, los enredos más difíciles suelen tener las soluciones más fáciles.

Tumbado en mi cama, recién salido de una pesadilla en la que el abuelo bailaba como un poseso sobre la oca y repetía la frase de la tarjeta, me pregunté cuál era el hilo del que yo tenía que tirar. Algo se me estaba escapando y no sabía qué. Seguro que el abuelo me había dejado una pista clara, inequívoca, transparente; una pista que yo pudiera descubrir con solo pensar un poco. Y entonces, mientras mantenía los ojos clavados en la vieja caja de cartón, descubrí mi fallo. Había estado acudiendo a interpretaciones que no eran las adecuadas: fechas de cumpleaños, cuentas bancadas, etc. La

clave no estaba ahí. La clave era más sencilla que todo eso y mucho más evidente. La clave estaba donde tenía que estar: en el tablero de la oca.

Con el viejo tablero sobre la cama y mi vista deslizándose sobre él, fue fácil descubrir la secuencia de imágenes que el abuelo había escondido —en teoría— bajo aquella retahíla de números: 31-9 / 56-32 / 19-38. O sea, y dicho con las normas del nuevo código: el pozo, la oca, la cárcel, la oca, la posada y la abubilla. Pues mira qué bien. Con este acertijo, que me llevaba de las matemáticas a la fotografía, para decirlo de un modo plástico, mis cavilaciones volvían a empezar. Ahora no tenía un listado de números, sino un montón de diapositivas; pero el enredo, lejos de concluir, no había hecho más que transformarse. ¿Qué tenían que ver entre sí un pozo y una cárcel? ¿Por qué había elegido la abubilla, y no la tortuga o la amapola del tablero? ¿Cuál era la posada a la que se hacía mención en el jeroglífico? ¿Por qué repetía dos veces la oca, si los demás dibujos aparecían solo una vez?

Y, bajo todos los interrogantes que me iban surgiendo al hilo de aquellos dibujos, aparecía el más inquietante y el más difícil de soportar: ¿estaba interpretando correctamente los símbolos, o se trataba de un nuevo camino equivocado, como el de la caja fuerte? ¿Quién me decía que ahora sí había encontrado la clave auténtica para descifrar el mensaje?

Los ojos se me cerraban cada vez con más frecuencia, y me resultaba imposible concentrarme. En ocasiones, se puede pensar bien con el estómago vacío, o en medio de una discusión, o cuando experimentas miedo por una razón poderosa, pero no creo que se pueda llegar a pensamientos coherentes con la cabeza martilleada por el sueño. Mientras los párpados se van cerrando de forma alternativa, como en un *ballet*, no hay quien ponga orden en su cabeza, por bien amueblada que esta se encuentre, que tampoco sé si es mi caso. Así que deslicé la oca debajo de la cama, me tumbé de nuevo para dormir y me ilusioné con la idea de que tal vez el abuelo volviese a mi sueño para darme alguna otra pista, o para decirme que me encontraba en el camino adecuado y que estaba a punto de comprender su mensaje. Pero no las tenía todas conmigo.

—Abuelo, si no me ayudas, te juro que no entiendo nada —aquella invocación fueron las últimas palabras que poblaron mi mente esa noche, antes de cerrar los ojos.

Capítulo 5

—¿No quieres cereales?

Los sábados, para compensar los desayunos anárquicos y más bien insustanciales del resto de la semana, motivados por sus horarios de trabajo y por el del instituto, mis padres organizan una especie de banquete doméstico en el que los cereales, los zumos, la leche, la bollería, la fruta fresca, las tostadas, la mantequilla y los huevos revueltos de papá —que también son ganas— llenan la mesa de platos y olores. En buena ley, haría falta un plano como el del París-Dakar para situarse en aquella selva de azúcares y vitaminas.

—No, no me apetecen.

—Ah, ¿y qué te apetece? Porque llevas cinco minutos mirando el tazón como si estuvieras aún dormido.

—No tengo hambre, eso es todo.

—No tienes hambre.

—No.

Mamá permanecía en silencio, levantándose de vez en cuando para coger una cuchara, una servilleta de papel o un vaso. La conozco, y sé interpretar sus gestos de dolor.

—¿Y no quieres bacon o huevos? Si los probaras, repetirías.

También conozco a mi padre, y os puedo asegurar que nunca me ha dado tanto el follón con el tema del desayuno. Las palabras, a veces, sirven para sustituir el vacío. Y, a veces, para maquillarlo con una apariencia de normalidad, como quien niega sus michelines poniéndose ropa holgada o disfraza su calvicie con una gorra de los New York Nets.

Yo seguía dando vueltas al pozo, la posada, la abubilla, la cárcel y las dos malditasocas. Pero mis palabras se orientaron en otro sentido, quizá porque tampoco estaba dispuesto a que el silencio presidiera o amargara aquel desayuno.

—He soñado con el abuelo.

Mamá levantó los ojos, pero no así la cabeza. Estaba desmigajando pan en su bol de café con leche.

—Es normal —dijo mi padre.

—Bueno —objeté—, normal, normal, no sé yo...

—¿Y eso?

—Estaba bailando.

Mi madre habló por primera vez. Su tono denotaba sorpresa.

—¿Cómo que bailando?

—Pues eso, que estaba bailando. Iba sin peinar, con la ropa muy sucia, y daba saltos encima de un tablero de la oca.

Mis padres se miraron, sin saber qué decirse.

—¿Y qué más?

—Nada más —mentí—. Solo bailaba.

¿Qué sentido podía tener para ellos que les repitiese el mensaje de la tarjeta, si ignoraban la existencia misma de la tarjeta? Yo era su único destinatario y, por tanto, debía mantener su secreto, aunque me costase un horror descifrar aquel rompecabezas. Punto redondo. No me imaginaba a Howard Carter pidiendo ayuda a sus papás para entender los jeroglíficos de Tutankamon.

—Todos estamos un poquito nerviosos, Santiago —dijo mi madre, mientras removía su leche—. Es normal que sueñes cosas raras.

Y volvió el silencio, como una telaraña o como una gelatina que se fuese descolgando lentamente por las paredes. Papá, sin consultarme, echó unos copos de maíz en mi taza y me señaló que me los comiera, pero con un gesto blando, casi de súplica.

—Anda, venga.

Yo, por hacer algo, me puse a removerlos con la cucharilla. También algunas acciones pueden servir para camuflar el vacío.

Papá, que no era hijo del abuelo ni tampoco su nieto, comprendió que sobre su espalda «política» descansaba la obligación de mostrarse animoso y de insuflar bríos en aquel desayuno lánguido, así que volvió a la carga.

—¿Qué os parece que podríamos hacer hoy?

Nadie dijo nada.

—¿Arreglamos un poco el jardín?

Yo me tomé dos cucharadas seguidas de cereales, para no tener que hablar. Mamá reunía migajas en un montoncito, sobre el mantel. Al final, tras mirarnos alternativamente, mi padre nos interrogó.

—Pero bueno, ¿se puede saber lo que os pasa?

Mamá le secuestró los ojos a un basilisco, y se los colocó en la cara.

—Pues pasa que mi padre ha muerto. Eso es lo que pasa. Si te parece que es el momento adecuado para arreglar el jardín...

Papá se encogió de hombros y puso dulce la mirada.

—Sé perfectamente que tu padre ha muerto. Solo estoy tratando de que volvamos poco a poco a la normalidad. Él lo hubiera querido así.

Mamá agachó la cabeza.

—Y te recuerdo también, por si lo has olvidado, que fui yo quien insistió para que se viniera a vivir con nosotros. Lo quería como si fuera mi propio padre. No estoy frivolizando. Solo intento que la vida siga.

Mi madre dejó la cuchara dentro de su bol y se tapó el rostro con las palmas de las manos. No fue un gesto teatral, ni el llanto que vino después fue estereofónico. No había exageraciones ni melodramas. Todo parecía estar sucediendo como debajo del agua o entre la niebla. Papá dejó el tenedor y le acarició un brazo, con infinita dulzura.

—Cariño...

Mamá separó sus manos y le indicó que todo estaba bien. Luego, empezó a recoger las cosas y a ponerlas en el fregadero.

—Podrías airear su habitación.

«Airear su habitación». Vaya tela. ¿Cómo se le pudieron ocurrir a mi madre un verbo tan asqueroso y un sintagma tan impersonal? Con el primero sugería que el cuarto del abuelo había quedado insano, repulsivo y necesitado de una desinfección. Con el segundo, indicaba que Santiago Torres Díaz, merced a su ausencia, ya no gozaba de nombre o de rango familiar, ya no era la habitación del abuelo: era su habitación. La muerte tiñe de crueldad nuestro vocabulario.

—Pues no te creas que es mala idea —dijo mi padre, y me señaló—. Pero antes tómate el desayuno.

Dejé la cuchara dentro de la taza.

—Ya os he dicho que no tengo hambre.

—Te hemos oído, Santiago, te hemos oído perfectamente. Pero las cosas no se solucionan por no comer.

—Ni por comer, tampoco.

Un animal herido lanza zarpazos a todo lo que se le acerque, y yo me sentía así: confuso, desconcertado, huérfano. Me dolía que hablasen de airear. Me dolía que hablasen de su habitación. Me dolía que hablasen de desayunos y jardines. Me dolía, en general, que hablasen. Porque solo los vivos hablan, y los muertos no. La amnesia es como el alcohol, que cura pero que escuece.

—¿Te gustaría mudarte de dormitorio, dentro de unos días? Allí da más el sol.

En algún sitio de internet he leído que la palabra «cementerio» significa «lugar para dormir». Qué extrañas son las palabras, y qué extraños son los caminos por los que llegan hasta nosotros. Comprendí entonces que el abuelo también se había cambiado de dormitorio.

—Dime.

—¿Que te diga qué?

—Que si quieres cambiarte.

—Sí, supongo que sí...

Mi madre se sentó a la mesa, secándose las manos con un paño de cocina.

—Mira, Santiago, esto no es fácil para nadie, y nos tenemos que acostumbrar. A él no le hubiera gustado que nos deprimiésemos.

De repente, me vino a la memoria el *dossier* sobre el juego de la oca que había confeccionado para el abuelo, y me produjo una tristeza inmensa. Ya nunca se lo podría enseñar. Es increíble lo fácil que pueden venirse abajo los proyectos y las ilusiones: por más interés que uno tenga en ellos, siempre hay algo que los acaba por desbaratar. Hay verdades que se aprenden muy pronto; incluso a los quince años.

—Tenía un regalo para él.

—¿Y eso?

—Pensaba dárselo mañana.

Justo al día siguiente —domingo—, el abuelo iba a cumplir ochenta y siete años. Mamá, con una sonrisa forzada, me revolvió el pelo.

—¿Y qué era?

—Unas páginas que me bajé de internet donde se cuentan los orígenes de la oca. Quería leérselas antes de que nos pusiésemos a jugar.

Mi padre intervino.

—¿Y por qué no nos las lees a nosotros?

Lo miré sorprendido. ¿Leérselas? ¿Y para qué quería que hiciese tal cosa? Tras pensarlo un instante, comprendí que la pretensión era muy sencilla: se trataba de descargar las imágenes negativas y fundirnos en un acto común de

recuerdo. Una especie de oración laica, sin iglesia y sin sacerdote. Para ser psicólogo, o quizá precisamente por eso, mi padre resultaba demasiado previsible.

—¿Os las leo, entonces?

—Claro que sí, venga.

Saqué los folios de la carpeta, que llevaba en la cocina desde la mañana del jueves, y comencé a leerles aquella misteriosa leyenda sobre la oca y el Camino de Santiago, que había localizado por casualidad en una web esotérica.

—Muchos son los orígenes que la tradición otorga al juego de la oca...

Mientras lo hacía, mis padres se mantuvieron en silencio, y yo traté de imaginarme que el abuelo, desde algún sitio, me escuchaba.

—Qué historia más curiosa, ¿no?

Mi padre se estaba sirviendo café mientras hablábamos.

—Pues la verdad es que sí. Y el caso es que, mientras haces el Camino, ni se te ocurre pensar en ese tipo de cosas. Es todo muy... normal. No sé si me entiendes.

Debí poner los ojos como platos.

—¿Has hecho el Camino?

—Sí, hace años. Antes de que tú nacieras. Lo hicimos los dos.

—¿Y cuándo fue eso?

—Ah, pues... —miró a mi madre—. ¿En qué año sería, cariño?

—En 1985, unos meses antes de casarnos.

—Eso es, sí, en el 85. Estuvo simpático —papá sonrió—. Menudas ampollas nos salieron en los pies durante los primeros días. ¿Te acuerdas?

—¿Que si me acuerdo? ¿Tú te crees que algo así se puede olvidar? Y también del diluvio que nos cayó en Mañeru. Habíamos comprado unos chubasqueros, pero no se nos ocurrió mejor idea que guardarlos en el fondo de la mochila. Imagínate la estampa: dos adultos hechos y derechos, hasta las cejas de agua y barro, con dos chubasqueros metiditos en sus bolsas de plástico. Para grabarnos en vídeo, vamos.

—O cuando te caíste por aquel desmonte, en Cirauqui.

Mamá arrugó la frente.

—No me caí, exagerado. Di un pequeño traspie. Eso es todo.

—¿Y por un pequeño traspie te quedaste sentada de culo?

—Menos lobos, Enrique. Tú sabes que eso no es verdad. El que sí se cayó fue aquel viejecito que nos encontramos cerca de Santiago.

—Sí, estuvimos charlando con él más de una hora, antes de darnos cuenta de que estaba como un cencerro —me miró y aclaró entre risas—: Nos dijo que era una reencarnación del apóstol.

Sonreí.

—Vaya —dijo mi padre—, eso está bien. Una sonrisa. Me alegra verte más contento.

¿Contento? ¿Cómo diablos iba a estar contento? Por un lado, estaba la muerte del abuelo, que ellos se empeñaban en maquillar con un montón de anécdotas excursionistas, y, por el otro, aquella tarjeta y su arduo mensaje lleno de números y palabras misteriosas. Caminos que se cruzan en la muerte, posada, abubilla, pozo, cárcel, dos ocas y una cruz con letras a su alrededor. Para volverse loco. No lograba asociar aquellas imágenes a nada que tuviera el más mínimo sentido. La cárcel, como mucho, podía ser la que lo albergó en 1938, pero el resto era un galimatías. ¿Una posada llamada La Abubilla? ¿Un pozo en el que estuviera encarcelada una oca? No era capaz de entender la clave, pero estaba seguro de que estaba allí, escondida, agazapada, burlona, esperándome.

Mamá suspiró, mientras sus ojos miraban el vacío o el ayer.

—Fueron unos días preciosos.

—Podríais haber repetido el viaje después —dije.

—¿Con el abuelo? —mi padre había puesto una cara rarísima, llena de arrugas y perplejidad.

—Pues sí, con el abuelo, ¿por qué no?

Negó con la cabeza.

—Imposible. A tu abuelo no le gustaba nada viajar. A ningún sitio. Sacándolo de su familia y de la oca, todo le importaba un bledo.

—A donde sí le gustaba ir era a Canda —terció mi madre—. Lo que pasa es que no solíamos ir con frecuencia. La última vez que nos acercamos, tú eras todavía un bebé.

—Sí, es que ya ves tú qué ilusión —continuó papá con gesto irónico—. Ir al quinto pino para ver cuatro paredes cochambrosas, que el día menos pensado se caen de puro viejas.

Mamá se mantuvo en silencio. Lo que para mi padre eran cascotes, matorrales y pedruscos golpeados por el sol, para ella constituían su hogar, ese sitio al que nunca se vuelve del todo —porque nos duele observar que cambia— y que tampoco abandonamos nunca del todo, pues lo llevamos en la memoria. Los ojos y la voz se le llenaron de melancolía.

—Era su casa, Enrique.

—No, si eso yo no te lo discuto. ¿Pero me quieres explicar a qué venía la perra de estas últimas semanas?

—Cosas de viejos, no le des más vueltas.

Me sentía excluido de aquella conversación, y quise incorporarme.

—¿De qué perra estáis hablando?

—Pues nada, que a tu abuelo se le metió entre ceja y ceja la manía de que mañana, para celebrar su cumpleaños, fuésemos allí de visita.

—¿A Canda?

—A Canda.

Mamá habló, sin levantar la vista de su tostada.

—Se sentía ya muy viejo, y no quería morirse sin ver por última vez su pueblo y su hogar.

Nos quedamos callados. Cuando la muerte aletea, todo el mundo entiende que debe quedarse callado.

—No recuerdo nada del pueblo —dije, por decir.

—Pues no te pierdes gran cosa, créeme —intervino mi padre—. Dos horas de coche para ver una casa vieja, un árbol reseco y un pozo sin agua. Un domingo de cine, vamos.

De golpe, se me encendieron las alarmas y todo en mi cabeza se puso a girar.

—¿Un pozo, has dicho?

—Sí, el famoso pozo de tu abuelo. ¿Nunca te hablaba de él?

Estaba empezando a marearme. Por el amor de Dios. Lo tenía. Lo tenía. Era eso. Joder, ahora sí que había atinado. Estaba seguro. El número 31 del tablero de la oca. El pozo.

—¿Cómo?

—Que si nunca te habló del pozo.

—Eh, no, no, nunca.

—Pues es raro: estaba obsesionado con él. Cuando le dijimos que se viniese a vivir con nosotros, lo único que le preocupaba era qué iba a pasar con su pozo.

El abuelo protegía su secreto, era evidente. El capitán Flint —a quien yo no conocía por la novela, sino por el cine y la televisión— había actuado de la misma forma, escondiendo su tesoro en una remota isla y resguardándolo de la curiosidad ajena con un mensaje codificado. La misteriosa clave que el abuelo me comunicó en la tarjeta comenzaría a aclararse sin duda en aquel pozo. Arsenio Lupin despertó en la boca de mi estómago.

—¿Y sigue allí?

Mi padre me miró con sorna.

—Santiago, que yo sepa los pozos no suelen viajar mucho. Son más bien estáticos.

—Me refiero —dije, disimulando mi vergüenza— a que si todavía está en pie.

—Pues no sé. La verdad es que no tengo ni idea.

—A lo mejor lo han tapado —aventuré.

—¿Y quién lo iba a tapar?

Mi padre cogió la cafetera para servirse un segundo café, y mamá cogió una tostada, que mordisqueó casi por inercia. Yo notaba cómo la sangre me latía en las muñecas y cómo una sensación parecida al abogo trepaba por mis pulmones y mi garganta.

—¿Y por qué no lo hacemos?

—¿Hacer qué?

—Ir a Canda.

No dijeron nada, pero yo supe que el corazón de mamá —como el mío, aunque por distintas razones— se había acelerado.

—Son dos horas de viaje —arguyó mi padre.

—Era el abuelo —alegué—. Es como si le estuviéramos haciendo un homenaje, ¿no? Además, es domingo y no tenemos nada que hacer. ¿Nos quedamos en casa? ¿Comemos en silencio sin mirar su silla, para no llorar? Vámonos a Canda, venga. Somos su familia, su única familia. Seguro que él va a contemplar su casa con nuestros ojos.

Era muy chocante. Yo estaba de verdad conmovido, y el torrente de emociones que vertía sobre mis padres era sincero; pero mi cabeza, autónoma, parecía no estar escuchándome —o escuchándose—, e imaginaba un pozo absurdo que no podía ser el de Canda, un pozo rodeado de niebla, en cuyos alrededores graznaban los cuervos y en cuyo fondo había algo.

Mi padre no acababa de beberse el café.

—¿Tú qué dices, cariño?

Mamá tenía los ojos subrayados de lágrimas.

—Oye, que por mí no va a quedar —zanjó mi padre—. Cogemos el coche a las diez de la mañana y al mediodía estamos allí.

—Pues venga —dije yo, levantándome—. Voy a comprar unas flores para dejárselas allí.

Al salir de la cocina, yo estaba convencido de que el secreto, por fin, estaba al alcance de mi mano.

Bueno, la verdad es que aquello de las flores lo dije por decir. Nunca he logrado entender por qué a los muertos hay que llevarles flores. Me parece una costumbre pasada de moda y, además, profundamente estúpida. ¿Se le regalarían bombones a un diabético? ¿Y un CD de Deep Purple a un amante de la música clásica? ¿A que no? Pues tampoco le veo sentido a llevar flores a la tumba de una persona, salvo que le gustasen en vida y se le quiera de esa forma tributar un homenaje. Un regalo —pese a lo que opinen los perezosos de siempre— no es cualquier cosa. Un regalo de verdad es la demostración de que pensamos en alguien. Punto uno. Que lo conocemos bien. Punto dos. Y que nos hemos tomado la molestia de buscar ese detalle único, en un día único, para alguien único. Punto tres.

¿Hará falta que os explique que compré una oca de plástico para dejarla junto al pozo?

Imagino que ya lo habíais supuesto.

Por lo demás, la tarde se me hizo larguísima, y la noche intentaba inútilmente cerrar mis ojos, que tenía clavados en el techo. Hubiera dado mi videoconsola y mi póster de Angelina Jolie para que fuese ya la hora de levantarse, pero los minutos, que seguramente son sordos, o no escuchan a nadie, transcurrían con lentitud de caravana, balanceándose, hundiéndose en la arena del reloj, subiendo y bajando la misma duna, la misma duna, la misma duna. Todas las interrogaciones importantes del universo —¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿adónde vamos?, ¿le gusto a Beatriz?, ¿ganará la liga el Madrid o el Barça?— quedaban un peldaño por debajo de la primordial, que resonaba en mi cabeza con furia de martillazos y con terquedad de gotera: ¿qué demonios había en aquel pozo?

—Sé que escondes algo allí, abuelo —dije en susurros—, y mañana descubriré de qué se trata.

Pero mañana no llegaba nunca.

Capítulo 6

Yo tengo una teoría acerca de los viajes en coche y, aprovechando el que hice el domingo, me apetece apuntarla aquí para que la conozcáis. No sé si será una teoría original, o si será aplicable a todas las personas del mundo; pero, oye, es una hipótesis que he elaborado yo solo, basándome en observaciones propias, y, quieras que no, estoy orgulloso de ella y le tengo cariño.

Yo considero que, por la forma en que miran el paisaje mientras van en un coche, los seres humanos se pueden clasificar en tres grupos:

En primer lugar están quienes miran de frente. Este bloque suele estar integrado por los adultos; el que conduce, por motivos evidentes, siempre pertenece a este sector, pero la teoría también se cumple en los adultos que viajan en el resto de asientos, y por los niños más ñoños y aburridos. Las personas que conforman este grupo son precavidas, ordenadas, monótonas; no quieren que nada se salga de su carril. Para ellas, las montañas se llaman montañas, y son primero azules y luego marrones. Conocen a la perfección cuál será el trazado de la siguiente curva, el tamaño de los carteles publicitarios, la existencia de una gasolinera o la molicie rumiante de un montón de ovejas que, junto a su pastor, comen hierbajos trescientos metros por delante del coche. Todo se lo saben porque lo ven venir. Las sorpresas empiezan siendo pequeñas: una casa, un motel de carretera, un túnel, y van creciendo poco a poco mientras avanzan hacia sus ojos. Todo controlado; todo previsto. A esta gente le gusta que todo esté regulado y lleve un orden. Son las típicas personas que lo quieren tener todo planificado hasta el más mínimo detalle. Se han acostumbrado así. Disfrutan haciendo la lista de regalos navideños en noviembre, o decidiendo en el mes de mayo cómo serán sus vacaciones de agosto. Los caballos —y los burros— a los que ponen anteojeras funcionan igual: mirada al frente, ausencia de riesgos, sabiduría rectilínea, ar.

En segundo lugar están quienes miran por las ventanillas. Son los adolescentes y los viejos. Les da igual cómo vengan las cosas y cómo se vayan. El mundo exterior es un relámpago, una ráfaga, un destello que pasa veloz frente a sus pupilas, no dejándoles casi ninguna imagen nítida. Están aquejados por una especie de indolencia que los bloquea. No cierran los ojos porque no tienen ganas de dormir; pero tampoco están especialmente interesados en lo que ocurre fuera del coche: los adolescentes, porque no nos gustan los viajes en familia y solemos ir como enfurruñados; los viejos, porque están de vuelta de todo, y ya hay muy pocas cosas capaces de capturar o retener su atención.

Y en tercer lugar están los niños. Esos sí que disfrutan del viaje. Se ponen de rodillas en los asientos posteriores, miran hacia atrás, y la luna posterior del vehículo se convierte en un cine lleno de sorpresas. Es como si el paisaje estuviera saliendo de sus ojos, como si brotara de su interior. Las montañas empiezan siendo grandes, espectaculares y marrones, y se van haciendo pequeñas y azuladas. Las gasolineras surgen por sorpresa, y los rebaños brotan de golpe, como los árboles o los anuncios publicitarios. No hay para ellos ninguna prohibición de tráfico, porque todas las señales están al revés. El niño es, en realidad, es el único que viaja. Los demás nos desplazamos. Es el protagonista.

Luego, cuando el niño va acumulando años y se va haciendo grande — hacerse grande consiste en que tu fantasía se hace pequeña—, los adultos le piden con voz energética que se siente «bien». Y la razón que le dan para que lo haga puede basarse en argumentos familiares: «Porque te lo digo yo, que soy tu madre»; en argumentos económicos: «Porque vas a estropear la tapicería con los zapatos»; en argumentos psicológicos: «Porque pareces un crío de guardería»; en argumentos logísticos: «Porque cuando miro por el espejo retrovisor me distraes»; en argumentos pedagógicos: «Porque tienes que dar ejemplo a tu hermano»; o incluso en argumentos médicos: «Porque mirando para atrás te nías». En el fondo, de lo que se trata es de cortar al niño las alas de la imaginación y de meterlo con calzador en el aburrido universo de los mayores, donde el futuro es más importante que el pasado, y lo que hay delante de los ojos supera a lo que tenemos tras la nuca. Así de tristes están siempre. Parece mentira que los adultos no se den cuenta de que solamente se lo pasan bien cuando se comportan como niños, en la playa, en las fiestas, en los cumpleaños. ¿Por qué entonces ese empeño en que los niños empiecen cuanto antes a comportarse como adultos?

La mañana del domingo, yo iba con mis padres en el coche, mirando por la ventanilla. El día era espléndido, de los que a mí me gustan: con sol, pero sin excesivo calor. Mi madre había accedido a que pusiera música de Mago de Oz —se notaba que tenían ganas de complacerme—, y yo estaba muy contento con la oca que había comprado. El paisaje se movía a gran velocidad, y esa sensación —¿para qué voy a decir otra cosa?— me gustaba mucho, pues parecía acortar el camino y acelerar el reloj. La verdad es que, dejando a un lado otras consideraciones más profundas, como volver a las raíces familiares, aproximarme al mundo en el que se crió el abuelo y todo ese tipo de cosas, yo estaba realmente expectante por llegar junto al pozo y comprobar qué demonios ocultaba. El 31 del pozo y el 9 de la oca estaban unidos por un guión en la misteriosa tarjeta que él me había dejado. Bien, el pozo estaba allí, a hora y media de ruta, y la oca iba en el maletero. Pronto comenzaría a aclararse el enigma. Yo era Teseo y la tarjeta que guardaba en mi pantalón era el hilo que me llevaba hasta el Minotauro. Lo único que no quedaba claro era quién actuaría como Ariadna.

—¿Vas mareado? —preguntó mi madre, que siempre se obstina en atribuirme problemas de niño.

—No, mamá, no voy mareado.

Mi padre, que no cesaba de mirarme por el espejo retrovisor y que tal vez interpretaba mi mutismo como un síntoma de mareo disimulado, se sumó al asedio.

—A mí no me importa frenar y que nos bajemos. Así estiramos las piernas.

No había manera de crecer en aquella casa. Pero procuré sonreír, para que mi frase no sonara impertinente.

—Acelera, papá, a ver si llegamos a tiempo de comer.

A comer. A tiempo de comer, lo que se dice a tiempo de comer que llegamos, pues era la una en punto cuando frenamos el coche. Lo que ocurre es que la casa del abuelo se encontraba a un par de kilómetros del pueblo, y cuando aparcamos en la puerta yo tuve la sensación de haberme colado en un decorado de espagueti-western, en la lejana Almería o en la más lejana Arizona: un viento amarillo que movía los árboles y los arbustos; un silencio sepulcral que lo inundaba todo, y una vieja casa hecha como de adobe, con la chimenea desmoronada, una especie de hiedra reseca en las paredes y una

ventana que hacía ruido. Si este paisaje lo encuentra Sergio Leone en sus buenos años, se ahorra un pastón en decorados.

—¿Tú vivías aquí?

Mi madre tal vez pensó que me estaba burlando de ella con esa pregunta, pero se trataba más de perplejidad.

—Estaba mucho más ordenada cuando nosotros vivíamos aquí, y más bonita.

—Tampoco mucho más... —ironizó mi padre.

Mamá lo fulminó con los ojos de quien ve ridiculizado su mundo, o peor, su ayer, y está dispuesto a defenderlo con uñas y dientes.

—Enrique...

—Vale, vale, lo siento. ¿Entramos? Santiago querrá conocer el sitio donde vivía su abuelo, ¿no es verdad?

Yo estaba deseando preguntar por el pozo, pero asentí con la cabeza. Supuse que era lo que debía hacer.

Os podéis imaginar lo que había dentro: una mesa de madera que se estaba cayendo astilla a astilla, como si generaciones enteras de polillas hubieran comido de sus entrañas; un jarrón gordo lleno de palitos que quizá fueron tallos de flores; varias estampas religiosas, parecían vírgenes de Murillo, en las paredes; seis o siete pocillos de cerámica, cuyo dibujo resultaba irreconocible; una platera enorme y vacía; una tinaja grande en una esquina, cuya tapa estaba cubierta con un trapo de cuadros blancos y rojos; una alfombra de un material parecido al esparto, que evitamos pisar después de que mi padre lo hiciera y estuviéramos a punto de morir de asfixia, por el polvo que se levantó; una chimenea que cobijaba cuatro o cinco troncos, que Marcos, mi profesor de Biología, podría utilizar en el instituto como ejemplo de madera fósil; un calendario de 1953, y varias llaves mohosas colocadas en unos clavitos junto a la puerta. Era muy complicado imaginarse que allí, en aquella atmósfera de microbios, silencio, sequedad y polvo, pudiera haber vivido un hombre tan aficionado al agua de colonia como mi abuelo Santiago y una mujer tan devota de la luz del sol como mamá.

Mi padre suspiró, como quien constata que un viaje ha sido inútil, pero que conviene amortizarlo.

—¿Quieres ver el desván?

Yo verbalicé un desasosiego que estaba comenzando a corroerme.

—No, prefiero ver el pozo. ¿Dónde está? No lo he visto a la entrada.

Mi madre cabeceó.

—Ahí detrás, en el patio. Pero primero deberíamos ir al pueblo. Hay que reservar un sitio donde comer, ¿no os parece?

—Opino igual —dijo mi padre—. Podemos ir dando un paseo hasta la fonda de don Cosme. Es cuestión de media hora. Comemos y después podemos volver para darle una vuelta a la casa.

Ah, no, no, eso sí que no. El pozo estaba a diez metros de mí, detrás de una puerta, y ellos pretendían que nos fuésemos, y que dejase aparcada la solución al enigma, mientras nos comíamos unas chuletas de cordero. No lo pensaba aceptar ni por todo el oro del mundo. Improvisé una estrategia.

—Id vosotros y os traéis cualquier cosa: unos bocadillos o lo que sea. La verdad es que no tengo mucha hambre. Yo os espero aquí. No me apetece caminar al sol.

—Bueno, podemos ir en el coche...

—No, no, en serio, id vosotros. Yo me quedo aquí.

Papá miró a mamá con el típico gesto de «qué-edad más difícil está pasando», pero ella le devolvió una mirada de «déjalo-era-su-abuelo-y-querrá-estar-solo». Al fin, mi madre le puso voz a la concesión:

—Vale, tardaremos una hora entre la ida y la vuelta. Procura no tocar nada que esté oxidado. ¿Seguro que estarás bien?

Abrí los brazos, con el aspaviento más teatral que se me ocurrió.

—Vale, vale. ¿Te traemos una coca-cola fría?

—Sí, muy fría, por favor.

Papá ironizó.

—Da igual. Llegará calentuja.

—Me da lo mismo. Venga, salid ya, que luego aprieta más el sol.

Esa frase, pronunciada a la una de la tarde, era sumamente idiota; pero no me replicaron. Mejor así: estaba deseando que se fueran.

Tuve que probar hasta con tres llaves de las que había colgadas en la pared, pues todas me parecían idénticas; pero al fin, tras darle dos vueltas en la cerradura y ayudarme con un pequeño empujón —estaba encajada—, entendí los escalofríos que debieron de sufrir Aladino o Indiana Jones cuando se toparon con los tesoros estelares de sus vidas.

Allí estaba el pozo.

La clave del misterio.

Mi corazón comenzó a correr como si estuviera en Le Mans o en Imola, y la culpa no podía atribuírsele al golpe que le había propinado a la puerta. Era

más bien la sensación de estar acercándome al borde de un acantilado, con los nervios arañando mi estómago, mientras escuchaba las olas despedazarse diez metros más abajo, furiosas, voraces y oscuras.

El pozo tenía roldana, pero no cubo, así que la primera de mis suposiciones —que el abuelo me había dejado algo en su interior, envuelto en un papel o en una bolsa de plástico— se fue a hacer gárgaras rápidamente. Y a partir de ahí ya no supe qué pensar. Le di unas cuantas vueltas al pozo; comprobé que en sus alrededores no hubiera ninguna trampilla disimulada en el suelo; palpé sus paredes para cerciorarme de que no había ninguna puerta oculta; e incluso arrojé una piedra por su brocal, operación que me sirvió para advertir que no contenía agua, pero que era lo bastante profundo como para descartar de plano un posible descenso.

Me quedé desconcertado y, por más que trataba de pensar en lo que haría Arsenio Lupin si se encontrara en mi pellejo, llegué a la certidumbre de que se habría bloqueado igual que yo. Aquel pozo no admitía abordaje de ningún tipo. Nada a su alrededor, nada en sus paredes, nada en su fondo, nada en su cubo. Por más que lo miraba, sentado en el suelo de frente a él, no lograba descubrir dónde estaba la clave que se me estaba escapando.

Y de golpe me vino a la memoria mi otro ídolo: Howard Carter. Él encontró la tumba de Tutankamon, llena de tesoros y jeroglíficos. ¿Es posible que hubiera en el pozo alguna indicación, alguna pista grabada en sus piedras?

Me levanté de un golpe —pensando además en que mis padres no podían tardar demasiado en volver del pueblo— y comencé a pasar las yemas de mis dedos por los ladrillos del brocal.

¡Bingo! Bajo una tina capa de polvo, pude comprobar que cada ladrillo tenía grabado un número: el 17, el 36, el 23, el 39, el 44, el 9, el 12 y el 57. Ocho números en total. Era evidente que el que me interesaba era el 9, porque los demás no estaban en la tarjeta. Pero, por si las moscas, cogí un hierro que estaba apoyado en la pared y los arranqué todos, uno a uno, con todo el cuidado del mundo para que no cayesen en el interior del pozo.

Una vez los tuve alineados en el suelo, fui pasándoles el dedo por sus cinco caras visibles, y ninguno presentaba muesca alguna, salvo el que había sido marcado con el 9. Allí estaba el mensaje del abuelo. Había hecho bien en sospecharlo. Lo limpié con el dedo untado en saliva, lo sequé con mi pañuelo y, al ponerlo al sol para leer su contenido, me quedé con la boca abierta.

Me quedé con la boca abierta, sobre todo, porque aquello no tenía sentido. Con un punzón, o con un instrumento similar, el abuelo había grabado otro mensaje en clave en la parte interna del ladrillo: «Calle 22». ¿Qué diablos era la calle 22? ¿Una dirección de Canda, el título de una novela, el nombre de un bar? Pues sí que estábamos bien. Había avanzado hasta toparme con otro muro. Cada misterio me llevaba a otro misterio. ¿Acaso es que el abuelo estaba jugando conmigo?

—¿Santiago?

Mierda. Mis padres habían vuelto demasiado pronto de su excursión, así que tuve que interrumpir ahí mis cavilaciones.

—Sí, aquí estoy, en el patio. Junto al pozo.

Mis padres entraron con los rostros bañados en sudor y las gafas de sol puestas. A mamá le caían las gotas por la frente.

—Vaya, el viejo pozo. Aún aguanta en pie.

—La fonda de don Cosme ya no existe, el hombre se murió hace diez años y los hijos no han querido continuar con el negocio —explicó mi padre—. Si queremos comer, tenemos que coger el coche y ponernos en la carretera, hasta que encontremos algún sitio.

—Vale. Yo ya he hecho todo lo que tenía que hacer aquí —farfullé, de mal humor.

—¿Y esas piedras? —dijo mi padre, señalando los ladrillos que yo había alineado en el suelo.

—Estaban ahí. ¿Nos vamos ya? Tengo hambre.

Mamá, acostumbrada a mis cambios, se encogió de hombros. Papá me miraba con sus ojos más insufriblemente psicológicos.

—¿Te encuentras bien?

—Me encuentro perfectamente. ¿Nos vamos?

No hubo más conversación. Los dos se encontraban lo bastante cansados y sedientos como para estar deseando que llegásemos cuando antes a un bar de carretera. Se acomodaron en los asientos delanteros del coche, se pusieron los cinturones de seguridad, conectaron la radio —ni se me pasó por la cabeza la idea de pedirles que volvieran a poner al Mago de Oz— y le dieron la vuelta al vehículo para conseguir sacarlo de aquel ca mino de cabras y devolverlo a la carretera nacional.

Curiosamente, ninguno de los dos se dio cuenta tampoco de que la oca seguía en el maletero. Yo tampoco me acordé de sacarla de allí.

Ni que decir tiene —el abuelo usaba mucho esa expresión: «Ni que decir tiene»— que durante el camino de vuelta me mantuve mudo como una estatua, salvo el breve diálogo que reproduzco ahora y que se desarrolló en los primeros cinco minutos de viaje:

—¿Os suena de algo la «Calle 22»?

—La calle 22, ¿de dónde? —farfulló papá, sin apartar los ojos de la carretera. Creo que mamá se había quedado dormida.

—Yo qué sé de dónde. La calle 22, y ya está.

—Pues hijo, con esas indicaciones...

—¿Podría ser de Canila?

—No, eso es imposible.

—¿Y por qué es imposible?

Papá adelantó a un tractor lentísimo, mientras con testaba. Hasta en una carretera comarcal tenía que dar el intermitente antes y después de la maniobra. Qué barbaridad.

—Pues por dos motivos. Primero, porque en Canila no numeran las calles: les ponen nombres, y segundo, porque no creo que haya 22 calles en todo el pueblo.

—Joder, pues estamos en las mismas —se me escapó.

—¿En qué mismas?

—Nada, déjalo, da igual.

No daba igual, desde luego, ¿pero qué otra cosa le podía decir? Por un segundo, incluso acaricié la posibilidad de contarle todo: mi excursión al armario del abuelo para recuperar mi oca, el descubrimiento de la tarjeta, las cábales numéricas que me habían llevado hasta la caja fuerte, mi posterior hipótesis sobre el pozo, la organización del viaje, la inscripción misteriosa que había encontrado en el ladrillo del brocal... Pero comprendí que no podía ser. Ni mi padre ni mi madre tenían por qué participar en aquel juego extraño que el abuelo había previsto para mí. Era yo quien tenía que descubrir el sentido y la clave de todo aquel embrollo; era yo quien había recibido las cartas en aquella mano de póquer; y era yo quien, para bien o para mal, tendría que entrar y salir solo del laberinto.

Me acurruqué en el asiento y cerré los ojos, para no tener que responder a más preguntas.

Al final, me quedé realmente dormido.

Por la tarde, mientras mis padres salían a tomarse una cerveza y quizá al cine, aunque eso no lo tenían totalmente decidido, yo bajé hasta el garaje, saqué la oca de plástico y la tiré al contenedor de basura de la esquina. ¿Qué podía hacer si no? ¿Guardarla en casa y correr el riesgo de que mi madre la descubriera limpiando y me preguntase que por qué demonios no la había dejado junto al pozo del abuelo? Después, conecté el ordenador, me preparé un sándwich de sobrasada y salchichón, abrí un bote de coca-cola y pulsé la tecla que me introducía en el mundo de internet.

Os podéis imaginar —ya me vais conociendo mi objetivo, así que no me andaré por las ramas—: introduje en un buscador la palabra «calle» y el número «22», y esperé informaciones. Virgen santísima. Cuando vi el número de resultados que obtenía, pensé que ojalá mis padres hubieran ido al cine, así tendría unas horas por delante. Los Secretos me enseñaron su disco La calle del olvido; Joaquín Sabina me desgranó la letra de su canción Calle melancolía—, Peter Hyains estaba representado por su película La calle del adiós, y Fernando Trueba por su Calle 54... Y para qué os voy a contar los miles de trillones de páginas donde estaba contenido el número 22. Así que hice lo que tendría que haber hecho desde el principio, si no hubiera estado tan atolondrado: reducir la búsqueda entrecomillando la expresión «Calle 22». Pero tampoco la cosa mejoró demasiado: una página web que se titula así; calles de medio mundo (La Habana, en Cuba; Bogotá, en Colombia; Campeche, en México); la dirección de un oncólogo peruano; el emplazamiento de la Televisora Andina de Mérida (Venezuela), y hasta un cortometraje con ese nombre que fue premiado en el Festival de Cine venezolano de 1997. ¿Para qué os voy a cansar con más detalles? Nada, absolutamente, que tuviera que ver ni de lejos con la oca, el pozo, conmigo o con el abuelo.

Impulsado por una última idea, abrí el armario de mi habitación, saqué el tablero con la pintura craquelada y dirigí la vista hacia la casilla 22. Pero no, no era una calle sino un molino de viento. Suspiré. No me estaba portando como un buen Arsenio Lupin, había que admitirlo. Contaba hasta ese momento con la expresión «Calle 22», un crucifijo extraño, una cárcel, una posada, una oca y una abubilla. Menudo montón de cachivaches. ¿Qué podía hacer con ellos?

La llave de mis padres en la puerta me distrajo. Era ya la hora de cenar.

Papá se sirvió medio vaso de vino.

—Veo que no tienes mucha hambre esta noche.

—Eh, no, la verdad es que no. Oye, papá...

—Dime.

—¿Te suena de algo la calle 22?

Me miraron como si, de golpe, me hubieran salido manchas verdes en los brazos y antenas en la cabeza.

—Pero bueno, Santiago, ¿se puede saber qué perra te ha dado a ti hoy con la calle 22?

—¿A mí?

—Sí, la misma pregunta me la has hecho en el coche esta tarde, cuando veníamos de Canila.

—Ah, perdona. Se me había olvidado. Pero no te suena, ¿no?

Mi padre apuró el vino y se encogió de hombros.

—No, no me suena. ¿Y ese interés?

—Estoy jugando una partida de Trivial con Ernesto —mentí—. Por el ordenador, ya sabes.

—Te pasas demasiado tiempo delante de ese trasto dijo mamá.

—Hay cosas peores —contraatacó papá.

—Eso, tú ayúdale encima. Ya veremos las notas de esta evaluación.

A partir de ahí se enzarzaron en una disputa —sin gritos, porque mis padres no suelen gritar— que duró diez o doce minutos, en la que yo actué como mero espectador y en la que hablaron de informática, de las salidas de los sábados, de la conveniencia de controlar mis horarios de internet y de mi poco entusiasmo por la lectura, en un ambiente familiar donde ambos se desvivían por inculcarme ese amor. No la reproduzco porque supongo que habéis visto muchas películas con poli bueno y poli malo, y porque seguro que habréis tenido en casa veinte mil conversaciones similares.

—¿Y qué dice concretamente la pregunta?

Me pilló con el paso cambiado.

—¿Qué pregunta?

—Pues la del Trivial. ¿Qué pregunta va a ser?

—Oh, pues... dice que... que qué significa la expresión «Calle 22».

Papá me miró incrédulo.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo?

—Pues sí, eso es todo.

—Sin especificar ciudad ni nada.

—Sí.

—Pues vaya. ¿A ti te suena de algo? —dijo, mirando a mamá.

Pero ella estaba enfadada por algún fleco de la conversación que no había quedado a su gusto, y se limitó a cambiar de tema.

—Lo que tienes que hacer es meterte en tu habitación y estudiar, que el viernes tienes un control de Tecnología. A ver si la informática te sirve por lo menos para sacar una buena nota.

—Ya he estudiado.

—Pues mira por dónde, eso sí que no me lo puedo creer. Anda, no seáis vagos y ayudadme a recoger la mesa.

Calle 22. La calle de una ciudad perdida o sin nombre. Una calle que marcó algún suceso importante en la vida del abuelo.

Un crucifijo ancho, con letras que lo bordeaban, que hace de título o advertencia en la parte superior del mensaje.

Una cárcel con una oca, ¿el penal de Ocaña?

Una posada donde vivía una abubilla.

Estaba claro: esa noche me iba a costar mucho trabajo dormir.

Capítulo 7

Yo adoro los puzzles, porque me ayudan a relajar la mente, a fomentar el ejercicio de observación y a curtir algo que tengo más bien escaso: la paciencia. Mi profesora de literatura dice que también sirven para la organización mental y argumental de los futuros escritores, porque los habitúa a construir mundos a base de encajar piezas dispersas. No sé yo si creer esa teoría, aunque quizá la esté corroborando sin ser consciente de ello. Pero, a la vez, pueden llegar a exasperarme. Recuerdo una ocasión en que, haciendo un puzzle enorme donde se reproducía el caótico estudio de un pintor, lleno de cuadros y visitantes, localicé una pieza que me intrigó: una bolita oscura, que parecía una canica o la cabeza de una hormiga o una bola de pimienta o caviar. Con la ayuda de una lupa, rastreeé todo el lienzo, buscando el sitio donde esa enigmática bola podía estar situada, pero no hubo forma. Al fin, me di cuenta de que no podía tratarse de nada tan rocambolesco, sino de algo más trivial: la pupila de uno de los personajes que visitaban el taller del pintor. Como cualquiera sabe —salvo Gustavo Adolfo Bécquer—, las pupilas son siempre negras. El conflicto estaba en decidir a qué personaje atribuirle esa pupila, porque todas eran aproximadamente del mismo tamaño.

Pues esa era mi situación el lunes por la mañana cuando sonó el despertador diciéndome que la ducha, el desayuno y el instituto me estaban esperando. Disponía de una pieza —calle 22—, pero no tenía ni idea de dónde encajarla. Así que, como buen aficionado a los puzzles, lo que hice fue dejarla en un lado del tablero y esperar a que la casualidad, o la combinación de las otras piezas, me diera la clave.

Salí al cuarto de baño, abrí el armarito de las colonias y descubrí un frasco de 212, la que usa mi padre.

—Mira —pensé—, casi un 22. Le sobra el palito del uno.

Luego me lavé la cara con agua fresca, y me sequé con mi toalla favorita.

—Bueno, anda, déjate de tonterías. Cuanto menos remuevas el agua, más clara estará después —me dije. Me bahía levantado filósofo, por lo visto.

—Nene, las ocho menos cuarto. Como sigas perdiendo el tiempo, no vas a poder ni desayunar.

—Que sí, mamá, que ya voy. Pon la leche en el microondas, que no tardo ni un minuto.

—Más te vale, porque si se te escapa el autobús te tienes que ir a patita. Tu padre salió hace diez minutos y se ha llevado el coche.

—Que sí, joder —la última palabra la dije muy flojita, obviamente.

En el diccionario de la Real Academia de la Lengua —que acabo de consultar— no figura la voz «enmimismado», pero lo cierto es que tendría que estar. Sobre todo, para describir el «ensimismamiento referido a uno mismo». Si yo, hablando en primera persona, afirmo que estoy «ensimismado», resulta que actúo como Diego Armando Maradona, que hablo de mí como si hablara de alguien ajeno.

Pues bien, el lunes, cuando entré en el *hall* del instituto y me mezclé con los ochocientos compañeros que están allí cursando estudios, yo estaba en verdad enmimismado. Respondí maquinalmente al saludo de unos cuantos colegas, moví la cabeza con una sonrisa en dirección a Amor, la conserje —no es cachondeo: se llama así, y encima es rubia—, y agradecí que Beatriz no se pusiera delante de mí, porque no habría sabido qué decirle.

Estaba atontao perdió, para expresarlo como lo haría Miguel, el más bestia de mis compañeros, pero también el más sincero.

—¿Qué tienes ahora?

—¿Cómo?

—Que qué tienes ahora...

—¿Qué tengo de qué?

—Coño, pues de clase, Santiago. ¿De qué crees tú que puede ser, un lunes a primera hora de la mañana? Vienes atontao perdió.

Así es, Miguel. ¿Entendéis ahora lo que quiero decir?

—Plástica.

—Anda que sí. Pues prepárate...

Miguel odia a la profesora de Plástica, pero a mí me cae muy bien. Se llama Aída y está un rato buena.

—Nos vemos en el primer recreo, ¿vale?

—No, imposible, Miguel. Quiero hablar con mi tutor. En el segundo nos vemos.

—En la cantina.

—Claro.

—Venga, pues que te sea leve con la pintamonas.

Mi tutor se llama José Antonio y me da clase de Historia. Es un tío del que puedes fiarte, aunque yo creo que sonrío demasiado —no me gusta mucho que la gente sonría demasiado, como Julio Iglesias o los políticos en época de elecciones; siempre tengo la sensación de que me están vacilando, o de que quieren algo de mí—. Va siempre con traje y corbata, afeitado como un galán de cine y peinado a raya. Buena gente.

—José Antonio.

—Dime, Santiago.

—¿Tienes un minuto?

—Tengo veinticinco.

Esa es otra de las cosas que me maravillan de José Antonio: nunca se enfada porque le robes el tiempo del recreo, nunca te pone mala cara por quedarse sin café. Insisto: buena gente.

—Quería hablar contigo.

Cabeceó como un abad y me puso la mano encima del hombro izquierdo.

—Ya imagino lo que quieres. Yo hablo con Pepe, no te preocupes.

Me desconcertó y me quedé un par de segundos callado.

—¿Qué Pepe?

—El de Tecnología. Ya me he enterado de lo de tu abuelo. Lo siento. Imagino que necesitarás cambiar la fecha de tu examen del viernes. Yo se lo digo.

—No, no, José Antonio, gracias. Lo tengo ya casi preparado. No era de eso de lo que quería hablar.

—Ah, perdona, tú dirás.

De golpe me sentí incómodo. Mi tutor parecía estar más preocupado que yo mismo por mi estado emocional. Qué disparate.

—Pero gracias de todas formas.

—Nada, hombre, no te preocupes. Dime.

Tragué saliva.

—La Guerra Civil.

Él se limitó a afirmar lentamente con la cabeza, esperando algún tipo de pregunta.

—Un día nos dijiste que habías leído mucho sobre la Guerra Civil.

—Sí, así es.

—Vale. ¿Y te suena de algo la calle 22?

José Antonio me miró con extrañeza.

—¿La calle 22 de dónde?

—No sé. De donde sea. La calle 22 de cualquier sitio. Una calle 22. Me da igual. La que te suene. Una calle que tenga que ver con la guerra del 56, o con el pueblo de Canda, que está en Toledo, o con algo.

Volvió a mirarme, pero esta vez como se mira una espiga de trigo que está a punto de troncharse por el viento, o a un conejo que agoniza por la mixomatosis.

—¿Te apetece irte a casa? Quizá estés cansado y necesites dormir un poco. Yo comprendo que son unos días difíciles...

—Estoy bien, José Antonio, en serio. ¿Puede ser el nombre de algún avión de guerra?

—¿El qué?

—Calle 22.

—No, creo que no.

—¿O alguna brigada internacional, un tanque? ¿Sería el nombre de una calle de Canda? A lo mejor las calles entonces tenían números, en lugar de nombres.

—No lo sé, Santiago. Si te parece, podemos hacer una cosa. Vamos a conserjería, llamamos a tus padres para que vengán a recogerte, pero sin preocuparlos, eso no; te vas, te tumbas en la cama, duermes todo el día y seguro que mañana lo ves todo más claro. ¿Vale?

Fruncí las cejas y protesté.

—Me encuentro perfectamente.

Pero no, no me encontraba perfectamente, José Antonio, convertido en un segundo padre, telefoneó a la oficina de mamá y consiguió que viniera a recogerme. Cuando llegué a casa y me puso el termómetro, el mercurio subió hasta los treinta y ocho grados y medio. Tenía fiebre.

A las nueve de la noche me desperté. Entre las aspirinas que me había dado mi madre, la manta de Palencia que me colocó encima y la puerta de la habitación cerrada a cal y canto, por narices tenía que sudar, y lo hice a base de bien; pero ese sudor arrastró fuera de mí la fiebre, de tal manera que al salir de la cama estaba totalmente despejado. Para mi vergüenza, recordaba letra a letra las tonterías que le había soltado a José Antonio en el instituto. Jo. Menos mal que era tan educado que, sin duda, fingiría no haber oído nada la próxima vez que nos viéramos.

Me puse las zapatillas, la bata marrón —odio esa bata marrón, regalo de la tía Antonia—, me peiné un poco con los dedos y fui a la cocina, donde se escuchaba el ruido de los platos y los tenedores de mis padres.

—Vaya, hablando del rey de Roma...

—¿Estás ya mejor? —preguntó mamá.

—Sí, creo que sí.

—No tendrías que haberte levantado. Si quieres, te llevo la cena a la cama en una bandeja.

—No, da igual, no tengo hambre.

—Ya, bueno, pero algo tendrás que comer. ¿Te duele la cabeza?

—No, no, estoy bien. En serio. ¿Qué os ha dicho José Antonio?

Mi padre alzó la vista, mientras seguía pelando su manzana.

—Se ve buena gente.

—Es buena gente. Pero ¿qué os ha dicho?

Mi madre se encogió de hombros.

—Nada especial. Que estabas mareado y que si podíamos pasar a recogerte.

—Me gustaría escribirle una nota de agradecimiento. Y se la llevas mañana, ¿vale? —dijo mi padre, siempre tan cumplido.

Me senté en medio de los dos —en realidad, más que sentarme me esclifé, que es como lo decía mi abuela María, que era murciana— y cogí un trozo de pan y un poco de queso, para que mi madre no siguiera dándome el follón con el tema de la cena.

—¿Has desayunado bien esta mañana?

—Pues sí, mamá, como siempre.

—Tu tutor dice que te habías mareado.

Suspiré, mordisqueando sin ganas el emmental.

—No me mareé. Tenía fiebre, eso es todo.

Mi madre miró a mi padre, pero este se había enfrascado de nuevo con su manzana, como quien modela un jarrón de cerámica, aparentemente ajeno al mundo exterior y absorto en su ceremonia delicadísima. Yo sé que mamá sabía que papá estaba disimulando, pero ninguno emitió palabra alguna.

—Oye, mamá.

—Dime.

—¿A qué edad estuvo el abuelo en la cárcel?

La cucharada del flan se quedó en el aire.

—¿Y eso?

La miré sin decir nada.

—Pues fue en el año 1938. O sea, que tenía veintidós años.

Joder.

—¿Veintidós?

—Justos. Acabados de cumplir.

Mi corazón galopaba, otra vez, como si se hubiera vuelto loco.

—¿Y dónde lo encarcelaron?

Mamá se tomó dos cucharadas de flan, muy lenta mente, antes de responder. Se notaba que la conversación no le gustaba. Era como si estuviésemos destapando un baúl lleno de fotografías de personas muertas, o de cartas de un amor imposible. Papá había salido a fumarse un cigarro al balcón —el segundo del día— porque mi madre no le permitía hacerlo dentro de casa.

—Santiago, el abuelo no va a volver. Eres lo suficientemente mayor como para...

—Eso lo sé, mamá, no te preocupes. Pero necesito saber dónde lo encarcelaron. ¿Fue en Canila o en Sa cedilla?

Mamá dejó la cuchara en el plato.

—En Sacedilla.

—En Sacedilla —repetí, retrepándome en el asiento.

—Sí. ¿Y a qué te refieres?

—¿A qué me refiero con qué?

—Has dicho que necesitas saber dónde lo encarcelaron. ¿Para qué lo necesitas?

Lo necesitaba porque había tenido una idea. Si la pareja pozo-oca era en realidad un solo código, ¿no podía la pareja cárcel-oca serlo también? Si esa idea tenía sentido —y yo pensé que lo tenía—, era lógico que me interesase por el sitio donde estaba la celda del abuelo.

En esa celda estaba la segunda pista.

Pero delante de mamá tenía que disimular.

—Quisiera escribir algo sobre él para la clase de Literatura. Nos ha dicho la profesora que compongamos una redacción de cinco o seis páginas para el final de curso. Y yo he pensado que la vida del abuelo podría ser un tema fantástico, ¿no crees?

Mamá sonrió, emocionada, y me acarició el pelo.

—Sí que lo es, cariño. Anda, vete a tu dormitorio y tumbate un rato. Ahora te llevo un poco de fruta y una manzanilla.

Me sentí mal habiéndole mentido, pero me reconfortó la idea de que Arsenio Lupin hubiera elogiado mi rapidez de reflejos y mi estrategia.

Una hora después, ya me había tomado la pera, el sándwich vegetal y la manzanilla —a mi madre le entra el furor vegetariano cuando nos ponemos enfermos—, había recibido su beso de buenas noches y estaba en la cama, con un cojín detrás de la espalda para mantenerme incorporado. Mi cerebro funcionaba a mil revoluciones por minuto y no cesaba de darle vueltas a mi última idea: la de la cárcel.

Lo tenía clarísimo.

El número 31 me había llevado hasta el pozo, y en él encontré un ladrillo con el número 9, donde se camuflaba la primera de las pistas. Bien. Ahora tenía los números 56 y 32, que eran la cárcel y la oca. O lo podía leer con la nueva clave, y entender que se refería a la cárcel... y a algo relacionado con el número 32, que me encontraría en ella.

Mamá me había explicado que el abuelo estuvo preso en Sacedilla, un pueblo que él odiaba —«No tengo buenos recuerdos de aquel sitio»— y del que se había negado a darme detalles, a pesar de que nos lo contábamos todo. Nunca me explicó durante cuánto tiempo permaneció entre rejas, ni la causa por la que otros —¿quiénes?— tomaron la decisión de convertirlo en un animal y meterlo en una jaula. ¿Por qué lo habrían recluido en prisión, a él, que era inofensivo como un niño? Estaba seguro de que no tenía nada que ver con delitos de sangre, ni con violaciones, ni con abusos de poder. No contemplé la opción verdadera, que ahora sí conozco y que me pone los pelos de punta, sobre todo cuando pienso en lo que hay debajo de mi cama.

Unos golpes suaves en la puerta del dormitorio me sacaron de mis meditaciones y me mostraron la cara de mi padre.

—¿Mejor?

—Sí, mejor, papá.

—Venga, pues buenas noches.

—Papá... —dije velozmente.

—¿Sí?

—¿Tú sabes por qué metieron en la cárcel al abuelo durante la Guerra Civil?

Mi padre carraspeó y se frotó la punta de la nariz con el pulgar de la mano izquierda.

—Ha sido un día muy largo, hijo. Duérmete y habla mos de esto en otro momento, ¿de acuerdo?

Acepté sin rechistar. No me gusta que me dejen interrogantes sin contestar, ni que me traten como a un bebé. Pero, sobre todo, odio que los

demás vean que me he enfadado o que me pongo a la defensiva y me guardo un as en la manga; eso reduce la posibilidad de salirme con la mía. Así que me esforcé en sonreír al con testar.

—Buenas noches, papá.

Cerró suavemente, como si yo hubiera comenzado a dormirme y temiera quebrantar mi reposo. Ni siquiera llegué a escuchar sus pisadas por el pasillo.

El plan que pondría en práctica al día siguiente necesitaba una larga preparación, así que dejé que transcurriera una hora para que mis padres se metieran en la cama. Luego, busqué el sobre donde guardo los ahorros, puse a cargar mi teléfono móvil y conecté el despertador. Tenía que jugarme el todo por el todo. El enigma estaba ahí, y lo estaba rozando con los dedos. El jeroglífico del abuelo iba a ser descifrado.

Capítulo 8

Como tengo un despertador-radio —otro capricho de la tía Antonia, que no para de endilgarme tonterías, yo creo que se ha impuesto como reto regalarme cada cumpleaños un detalle más hortera que el año anterior—, la mañana del martes abrí los ojos con el All you need is love de los Beatles a todo pistón. Y, aunque la canción me gusta, no me pude quitar el susto de las trompetas hasta que estuve en el cuarto de baño, golpeándome la cara con agua fresquita. Era consciente de que me podía meter en un buen lío si continuaba con mi plan, así que, mientras me peinaba, me dije a mí mismo: «¿Estás seguro de que quieres seguir?». Pero como cuando uno se formula preguntas es porque tiene bastante claras las respuestas, acabé de asearme y volví a mi dormitorio, donde completé mi proceso de incorporación al mundo: calcetines, camisa, pantalón, jersey, un pañuelo limpio, todo mi dinero, la mochila del instituto y mi teléfono móvil, cargado y con saldo suficiente.

Cuando entré en la cocina, papá y mamá seguían en bata.

—Buenos días.

Me miraron sorprendidos.

—Buenos días. Oye, ¿y a ti qué mosca te ha picado hoy?

—¿A mí? Ninguna. ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¿Desde cuándo eres el primero que se arregla y desayuna?

Forcé una sonrisa de anuncio.

—Venga, no os paséis. Jo. He quedado con Ernesto dos calles más allá. Tiene que dejarme unos apuntes de Tecnología para el examen del viernes.

—¿No decías que ya te lo habías estudiado? —preguntó mamá, a la vez que preparaba la cafetera.

—Sí, pero quiero repasármelo. Además, me faltaban esos folios por estudiar. Me llevo una magdalena, ¿vale?

—Pero bueno, ¿es que no piensas desayunar?

—Es que me está esperando. Me tomo algo en el recreo, ¿vale?

Mi madre se giró, con ojos de Torquemada.

—En serio —dije, y empecé a abrir el plástico para que viera que me la iba a comer de verdad.

—Pero cómprate un bocadillo —gritó, pues yo estaba ya en la puerta de la calle.

—Te lo prometo —respondí.

Aquel camarero tenía un peinado similar al de Iñaki Anasagasti, de esos que no sabes dónde empiezan ni dónde terminan; una especie de pelo Moebius, o plato de espaguetis, o ensaimada.

—¿De qué te lo hago? —su voz era gangosa. No desagradable, pero sí gangosa.

—De salchichón y sobrasada.

—¿Perdona?

—De salchichón y sobrasada —repetí.

—¿Las dos cosas juntas?

—Sí, juntas. No mucha sobrasada, por favor. Y me pone un bote de coca-cola también.

Con un gesto de asco, se alejó en dirección a la cocina, mientras la barra del bar quedaba atendida por el otro camarero, mucho más joven que él. La verdad es que, para ser las nueve de la mañana y estar en una estación de autobuses, no había demasiada clientela. En cambio, las vitrinas del mostrador, ajenas a esa orfandad de usuarios, se hallaban preparadas para saciar el hambre de una legión de albañiles que por allí tuvieran que hacer una parada: ensaladilla, almendras, corazones de alcachofas, patatas bravas, olivas, anchoas y una gigantesca lata circular de sardinas, apenas empezada.

—Tu coca-cola —me dijo el segundo camarero—. Ahora mismo te saco el bocadillo. ¿Querías algo más?

—No, gracias, cóbrate.

Le tendí un billete y, mientras manipulaba en la caja registradora, le di el primer sorbo al refresco. Dos cubitos enormes. Estaba congelado. Qué bien.

—Aquí tienes.

—Gracias.

Como supuse que mi salchichón y mi sobrasada tar darían aún un par de minutos, me saqué del bolsillo el teléfono móvil —al que mi profesora de

Lengua se empeña inútilmente en que llamemos «portátil»—, marqué las nueve cifras de mi número favorito y esperé la con testación.

—Dime —susurró Ernesto.

—¿Por qué hablas tan flojo, tío?

—Pues porque estoy en clase de la Pin y Pon, subnormal. ¿Tú has visto la hora que es? Da gracias a que estoy en la última fila y que lo tenía puesto en vibración, si no me la cargo. ¿Por qué no has venido hoy?

—Por eso te llamaba. Dile a José Antonio que estoy enfermo. Ya le llevaré mañana el justificante.

—Vale, no te preocupes. Al salir me paso a verte, para ver cómo andas.

—No, no me has entendido. Es solo que le digas que estoy malo. No que lo esté.

—Ah, bueno. En fin. Ya me contarás.

—Claro, descuida.

—Venga, pues corto, que la vieja me va a pillar.

—Espera, espera. Una cosa más. Voy a llamar a mis padres para decirles que como contigo. Cúbreme si te dan un toque al móvil, ¿vale?

Ernesto se quedó callado durante un segundo. En ese tiempo pude percibir, a través del teléfono, su extrañeza y su preocupación.

—¿Pasa algo que yo deba saber?

—Te lo cuento mañana, ¿vale?

Ernesto suspiró y cabeceó. Lo vi cabecear.

—Tú mismo, tío. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

No me gusta tener secretos con mis amigos, pero considerando la situación en la que nos encontrábamos —él hablando en susurros para que no lo pillara la Pin y Pon, y yo mirando el reloj de la estación de autobuses para que no se me escapara el mío—, lo mejor era abreviar y que las explicaciones vinieran al día siguiente, más tranquilos los dos.

—Ahí tienes. Con poca sobrasada. Como no sabía de cuál querías, te la he puesto picante.

—Perfecto —sonreí, aunque por dentro estaba pensando: «Podías haber preguntado, cabrón».

Salí al andén, con mi bocadillo envuelto en papel de aluminio, y eché un vistazo al autobús que acababa de estacionar en la parada 5. Bajaron un par de ancianos, con agilidad sorprendente, y yo me acerqué a la puerta del conductor, cuyo cristal se encontraba bajado.

—Perdone, ¿hacia dónde va este autobús?

—A Sacedilla.

Sonreí, aunque por dentro estaba temblando.

—Deme un billete, por favor.

Cuarenta minutos después, le envié a mamá un mensaje —y esperé tanto para que su recepción coincidiera con el recreo: mi madre es astuta como un abogado de película— diciéndole que no contase conmigo a la hora de la comida, pues me quedaba con Ernesto. Luego, para entretener la espera, continué mirando el paisaje, más bien poca cosa: unos montecillos sin vegetación, unos postes de la luz que parecían helechos prehistóricos carbonizados, algún rebaño que pastaba indolente, árboles como centinelas en mitad de la nada, y de pronto, tras una curva, aparecieron un almacén y una gasolinera, prelude de las casas que comenzaban a levantarse cien metros más allá. El autobús frenó.

—Sacedilla.

Me quedé clavado en el asiento, justo detrás del conductor, que, viendo que no realizaba maniobra alguna, se volvió.

—¿Tú no venías aquí?

—¿Esto es Sacedilla? —pregunté, incrédulo.

—Lo acabo de decir, chaval. Parada única. Y abrevia, que voy con retraso.

Más perplejo que obediente, bajé del vehículo y le di las gracias. A veces me irrita lo pánfilo que puedo llegar a ser. ¿Por qué tenía que darle las gracias a aquel señor, después del exabrupto que me había lanzado? El día que Beatriz y yo tengamos hijos, les explicaré que uno debe ser educado hasta un límite, y que esa frontera la marca la grosería de los demás. Si uno cruza esa línea e intenta seguir siendo educado más allá, se transforma en un bobo, como esos pianistas con pajarita de los que siempre se burlan, en las películas del oeste, los pistoleros más bravucones.

Tras disiparse la estela de humo y polvo que dejaba el autobús, me encontré de pie delante de un hombre grueso, ataviado con un mono azul de mecánico, que tenía manchas de grasa incluso en la calva. Me estaba sonriendo desde la puerta de su taller de bicicletas, y entonces me acordé del abuelo, que también reparó bicicletas en su juventud.

—Buenos días —avancé.

—Sí —no se le borraba la sonrisa.

—¿Podría decirme por dónde se va al centro del pueblo?

—¿Al centro?

—Sí, necesito preguntar una cosa en la comisaría.

—¿En la comisaría?

Por un instante, me invadió la sensación de que aquel hombre me estaba tomando el pelo.

—Sí. ¿Sabe cómo se llega?

—¿Qué es una comisaría?

Iba a responderle una barbaridad —todas las paciencias se agotan, y la mía no es excesivamente grande— cuando salió del taller un hombre flaco, bajito, que se limpiaba las manos con un trapo lleno de lamparones.

—No le hagas caso, chico —luego se volvió hacia él—. Tú, Cosme, la bicicleta de ayer sigue sin engrasar, y la recogen a las doce y media.

—Sí, jefe —dijo, y se hundió en la penumbra.

—No te enfades, chico. Cosme es bueno, aunque con poca sal aquí —se tocó la frente.

—¿Es retrasado?

—Bueno, todos somos retrasados, chico. Depende de con quién nos comparemos. Cosme trabaja a gusto, y a mí me vale. Tampoco es cuestión de ponernos a hacer test de inteligencia a la gente. ¿Qué le has dicho que buscabas?

—La comisaría.

Sonrió.

—Ah, tú te refieres a la policía local.

Supongo que me ruboricé. Estaba claro que veía mucha televisión.

—Sí.

—¿Y eso?

—Necesito saber una cosa, y supongo que allí me podrán informar.

—Yo conozco a todo el mundo de este pueblo. A lo mejor...

Negué con la cabeza.

—Es por algo que pasó durante la Guerra Civil.

Dio un silbido.

—La guerra. Anda que no has tirado lejos.

—Mi abuelo estuvo aquí en 1938, y supongo que habrá archivos de la época. Me gustaría verlos.

Me miró con ojos suspicaces. Comprendí que no habían pasado sesenta y cinco siglos, sino solamente sesenta y cinco años. Improvisé una excusa convincente y neutra, aunque tampoco sé por qué tenía que darle explicaciones.

—Es para un trabajo del instituto.

Frunció la boca, con cortesía desganada, y me señaló una calle que arrancaba frente a nosotros.

—No creo que te puedan decir gran cosa. Mejor ve al ayuntamiento. Es por ahí.

—¿Está lejos?

—A cinco minutos.

—Bien, pues voy a probar suerte. Muchas gracias.

—De nada, chico. Pregunta por Luis. Es el único que entiende de papeles.

Sonreí, alcé mi mano y emprendí la marcha. Me dio la impresión de que las explicaciones que le había dado a aquel hombre atento o fisgón no iban a ser las últimas que tendría que dar en Sacedilla.

Si se hiciera una clasificación de los quince millones de hombres más guapos de España, sería complicado que Luis —Luis Galván, según ponía en un letrero de metacrilato sobre su mostrador— figurase en ella. Por fortuna, todo lo que tenía de belleza alternativa lo tenía también de agradable y de servicial, así que puso todo de su parte para entender mis preguntas y tratar de resolverlas de la mejor manera posible. Las gafas, en la punta de su nariz, bailaban como si estuvieran fabricadas de metal epiléptico, y un mechón excesivamente largo o mal cortado se le movía sobre la frente como una caña de pescar, curvándose y estirándose, curvándose y estirándose...

—Bueno, espera, vamos a ver, porque me estoy liando. Me hablas de 1938.

—Eso es.

—Y de tu abuelo.

—Santiago Torres Díaz.

—Santiago Torres Díaz, bien. ¿Y tu pregunta era...?

—Quería saber por qué estuvo preso aquí, cuánto tiempo pasó en la cárcel; en fin, no sé. Cosas. Las que pueda decirme. Habrá un fichero, ¿no?

Luis Galván arrugó la nariz y se mordió los labios antes de responder.

—Pues me temo que no.

—¿Cómo que no? —me extrañé—. ¿No es eso lo normal? ¿No se llevaban ficheros de los detenidos con sus nombres, direcciones, condenas...?

—Oh, sí, sí que se llevaban. Pero fueron destruidos.

—¿Destruídos?

—Sí.

—¿Por un bombardeo, quizá?

—No, no hablo de la guerra. Fue mucho más tarde. Me reberó al año 82. Se quemaron todos los papeles cuando llegó el PSOE al poder.

Supongo que abrí los ojos como platos.

—¿Y eso?

El mechón seguía balanceándose sobre los ojos de Luis.

—Muchas tropelías, hijo. Durante la guerra se detuvo a todo tipo de gente, desde sindicalistas que luchaban por el bien de los trabajadores hasta auténticos criminales, pasando por gais más o menos reconocidos, rateros de cuarto nivel, médicos que visitaban poco la iglesia, maestros rojillos o que admitían las teorías de Darwin, y hasta curas heterodoxos. ¿Tú crees que todas esas personas merecían estar fichadas?

Me quedé en silencio, pero negué con la cabeza.

—El alcalde, respaldado no solamente por su partido, sino también por el grueso de la población, ordenó suprimir aquellas fichas, que avergonzaban a medio pueblo y que lo único que hacían era mantener vivos un montón de odios absurdos y de rencores sin apagar. Hay quien dice que si olvidas la historia estás condenado a repetirla, pero yo no sé si estar de acuerdo con esa afirmación. La historia está escrita y, por más páginas que se redactan, el ser humano no aprende. ¿De qué ha servido recordar tanto, si vamos de mal en peor? Escribimos para perfeccionar los desastres. Somos una especie suicida.

Luis cabeceó, abismándose sus cavilaciones. Varios segundos más tarde, en los que no me atreví a hablar, remató su discurso.

—Al quemar los papeles de todos los encarcelados durante la Guerra Civil se estaban limpiando la memoria y el honor de muchas familias. Era justo que se hiciese.

Justo, desde luego, era; pero me quedé mudo al escuchar sus palabras. Por una parte, estaba de acuerdo con la medida, porque dejaba sin manchas el pasado de muchos inocentes; pero, por otra, aquella decisión había hecho inútil mi viaje. Unos padres engañados, un día sin instituto, un amigo al que tendría que dar explicaciones, un justificante de faltas cuya firma me vería obligado a falsificar, un viaje en autobús... Y todo eso para nada. Para descubrir que la prisión del abuelo era un enigma que no podía resolver, y que la quema de unas fichas policiales exterminaba la segunda de mis pistas. Supongo que la frustración era tan evidente que se reflejaba en mi rostro.

—Te has quedado sin trabajo para el instituto. Lo siento.

Agaché la cabeza, mientras hurgaba con mi uña en la madera del mostrador. ¿Recordáis la cara de desconcierto que puso Tom Hanks en la

película Filadelfia, cuando sale del despacho de Denzel Washington? Pues así estaba yo. Sin saber qué hacer, ni qué decir, ni qué pensar.

—He perdido más cosas. No solo un trabajo.

—¿Cómo?

Cabeceé. Mi dolor era sincero.

—Me hubiera gustado ver la cárcel donde estuvo...

—¿La cárcel? Oh, bueno, eso es sencillo de arreglar. Si quieres, te llevo.

—Pero no podemos saber en qué celda lo encerraron.

—¿Y quién dice que no?

Levanté los ojos. La esperanza, insospechadamente, renacía.

—¿Podemos?

Luis sonrió.

—Pues claro que podemos.

—Pero usted dijo que se habían quemado todos los archivos de la época...

—Y es verdad, pero con esa medida lo único que hemos perdido es la información sobre la fecha de su ingreso, o el motivo que se adujo para encarcelarlo. En lo demás no hay problema, y la explicación es muy sencilla: solo había una celda en aquella prisión. Y sigue en pie. ¿Quieres verla?

La puerta ante la que nos detuvimos era de hierro. Tenía un pequeño ventanuco con cuatro barrotes oxidados, y restos de tierra o yeso; pero la sensación que producía, a pesar de los años, seguía siendo de solidez: un buen cerrojo que apenas chirrió cuando la llave buceó en él con facilidad pasmosa, un grosor más que respetable y una fijación perfecta al muro, con tres bisagras del tamaño de mi pulgar. Dentro de la sala, en cambio, todo era distinto a como yo habría podido imaginarlo: donde se hacinó en su día a unos presos llenos de heridas, humillados en su orgullo, crucificados de pulgas, con las cabezas rapadas y la ropa pidiendo a gritos el remiendo, el jabón o el contenedor de basura, ahora se amontonaban todo tipo de trastos, de la más variada procedencia: sacos de cemento abiertos o sin estrenar; un buen montón de ladrillos descoloridos; dos palas sucias; cuatro o cinco cubos de color azul; una escoba vieja, y hasta un archivador de madera, quizá el que cobijó las fichas de los infelices cuya memoria guardaban aquellos muros.

—Bueno, está un poco desorganizado, como verás —Luis empujó una pequeña jardinera vacía con la punta de su zapato—. Ahora lo usamos como almacén.

—Ya veo.

—Era el único sitio del que disponíamos.

Obviamente, no necesitaba disculparse, y mucho menos ante mí, pero lo estaba haciendo.

—Aquí era.

Lo dijo de esa forma, mezclando un adverbio de lugar y un verbo en pasado. Y el choque entre esas dos palabras era horrible. En este sitio, en este lugar, entre estos muros, en el pavimento que estás pisando. Aquí. Aquí fue. Aquí lloraban, sufrían, se buscaban los piojos, se limpiaban las heridas con trapos, respiraban, defecaban, olían, contaban, cantaban y morían. Aquí. Aquí era. Ya no lo es, pero era. Alguien decidió que fuera. Cómo olvidarlo.

—Mi tío Sebastián también estuvo —dijo Luis.

Y de pronto teníamos en común la rabia, la tristeza y el dolor, como barro en la lengua o ráfagas de viento en la memoria.

—¿Le contó algo de aquí?

Negó lentamente.

—Nadie contaba mucho de aquí. ¿Tu abuelo...?

—No, tampoco.

No tuvimos tiempo de añadir nada más, porque por las escaleras bajó un grito.

—¡Luis!

—¡Estoy abajo! ¿Qué pasa?

—¡Que venía a por mi certificado! Me dijiste que me pasara hoy. ¿Me puedes atender o vengo más tarde?

Me miró como si regresara de un largo viaje, o como si se dispusiera a emprenderlo.

—¿Me esperas diez minutos? No creo que tarde más.

—Claro, no se preocupe.

—¡Antonio, voy para arriba! —me tocó un hombro—. Aunque aquí no hay mucho que ver, realmente...

Cuando me quedé solo en aquella antigua celda, comprendí que siempre hay algo que ver para quien sabe mirar.

Grabadas en las paredes, había docenas de inscripciones en las que un montón de pobres diablos resumieron sus vidas, sus miedos o sus esperanzas. Unos se decantaron simplemente por su nombre y la fecha de la reclusión o la grabación (Carlos, 7-7-1930), otros eligieron eternizar el nombre de su mujer o su novia (Pepe y Conchi), y los últimos, en fin, optaron por el simple

trazado de palotes, que cruzaban enérgicamente con otro palote diagonal cuando llegaban a siete. Costaba trabajo pensar que aquellos siete rayajos constituyeron una semana en la vida de alguien: amaneceres, comidas, pensamientos, añoranzas, dolores, lágrimas, orines, cenas, llantos y masturbaciones. Siete días reducidos a siete rayas en la pared, lápida improvisada.

Pero yo estaba buscando la inscripción del abuelo, y esa no aparecía.

Rastreé de arriba abajo las paredes desocupadas de enredos, pero no encontré ningún detalle que me sirviese: ni su nombre, ni sus apellidos, ni sus iniciales, ninguna alusión a la oca o a Canda. ¿Dónde estaba, pues, la segunda clave de la tarjeta, la segunda pista del mensaje, la que me ayudaría a resolver el enigma? Era evidente: en la pared del fondo. Ahora bien, ¿con qué excusa mover todos aquellos sacos, palas y demás enseres, sin que Luis comenzara a formular preguntas comprometedoras? Pero no me dio tiempo a encontrar una respuesta porque, apenas unos segundos después, sus pasos y su voz descendieron por los escalones y volvieron a reunirse conmigo.

—Es todo muy triste, ¿verdad?

Asentí con aparente tranquilidad, aunque mi corazón seguramente rozaba las ciento veinte pulsaciones.

—Y también es triste que hayamos tenido que meter aquí estos sacos de cemento y estos cachivaches, pero ya te digo: no teníamos forma de guardarlos en otro lugar.

—¿Estaban ahí los papeles que se quemaron? —pregunté, señalando el fichero del fondo.

—No, no, eso estaba en el despacho del antiguo alcalde. Ahora, como ya está todo informatizado, el armatoste sobra. ¿Subimos?

Por un momento, creí que todos mis planes se desmoronaban. Si salíamos de aquella habitación y la llave giraba en la cerradura, se evaporaría cualquier posibilidad de desentrañar el misterio de la tarjeta: nunca me enteraría del gran secreto que el abuelo había guardado para mí, y que no me entregó hasta después de su muerte. No podía quedarme callado. No podía flaquear, ni permitir que la timidez me vedase un sendero por el que ya había avanzado satisfactoriamente. Así que, aun temblándome la voz, me animé a hablar.

—Luis, hay una cosa que...

—Sí, dime.

—No sé si usted podrá ayudarme.

—Si está en mi mano...

Giré los ojos —apenas durante una fracción de segundo— hacia la pared donde estaban escondidas las palabras de aquel viejo combatiente que tal vez conoció al tío de Luis.

—Mi abuelo me dijo que había grabado una cosa en la pared, en 1938.

—Ah, sí, lo hacían muchos. Era su forma de protestar, o de mantener viva la ilusión. Como en las películas. Fíjate. Están en todas partes. ¿Has encontrado la suya?

Negué con la cabeza.

—No he podido. Tiene que estar en la pared del fondo.

—Ya, pero con todos estos enredos...

Luis y yo nos miramos. El sobrino del prisionero y el nieto del prisionero, juntos, en la celda que humilló a sus familiares. Hay momentos en que las palabras no aportan nada a la comunicación, y en que el brillo de los ojos, con su espesor de desgarros, lo dice todo.

—¿Es importante? —me preguntó.

—Sí —dije—, lo es.

Treinta minutos más tarde, sin que nadie nos hubiera interrumpido —poco trasiego laboral había en el ayuntamiento, si he de guiarme por aquella muestra—, la pared estaba despejada. Luis, para ayudarme en mi búsqueda y completar así su cortesía, se fue hacia la izquierda.

—Santiago, me dijiste.

—Torres Díaz —completé.

Le agradecí su gentileza, aunque lo cierto es que me daba igual que me ayudase o no, porque de todas formas pensaba recorrerme la pared de un lado a otro. Si no sabía ni yo mismo lo que andaba buscando, ¿cómo me iba a arriesgar a que Luis, por buenas que fuesen sus intenciones, pasase por alto un detalle, un signo, un número, que me abrieran la puerta de la solución?

—¿Puede ser esto: Santiago y Pascuala?

—No conozco a ninguna Pascuala. Mi abuela no se llamaba así.

—Tal vez era su novia de entonces.

Sonreí por compromiso.

—Mejor seguimos buscando.

—Vale.

Por sorpresa, una inscripción quedó a la altura exacta de mis ojos y la leí en voz alta.

—Sebastián Calvan, 1917.

—¿Cómo? —Luis me miraba como lo hace Jack Nicholson en algunas secuencias de Alguien voló sobre el nido del cuco.

—¿Era su tío?

No me dijo nada. Solo se acercó y pasó la yema de su dedo índice por las letras y los números. Era como si se comunicase con él a través de los años, o como si acariciara su rostro en medio del horror, para aliviar sus penurias.

—No sabía que estuviese aquí. Era su año de nacimiento. Murió en el 87.

Son extrañas las palabras, y son extraños los gestos. Yo ahora calculo que, cuando tenga setenta 11 ochenta años, leeré estas palabras con una curiosa perplejidad y probablemente con estupor, porque me descubriré leyéndome a mí mismo (a un yo mismo que ya no será el yo mismo de entonces, sino otro) y quizá ya no entienda al joven que fui, como yo ahora no imagino al anciano que seré. ¿Qué sintió Luis cuando puso su yema en el surco grabado —¿con las uñas, con el crucifijo de su cuello, con el mango de la cuchara?— por un pariente al que la guerra rebajó hasta la condición esclava de los animales? ¿Qué le dijo aquel muro a través de la piel? ¿Qué voces resonaron en su sangre o en su fantasía cuando descubrió y rozó aquella inscripción? Ni me lo dijo ni le pregunté. Estaba bien así.

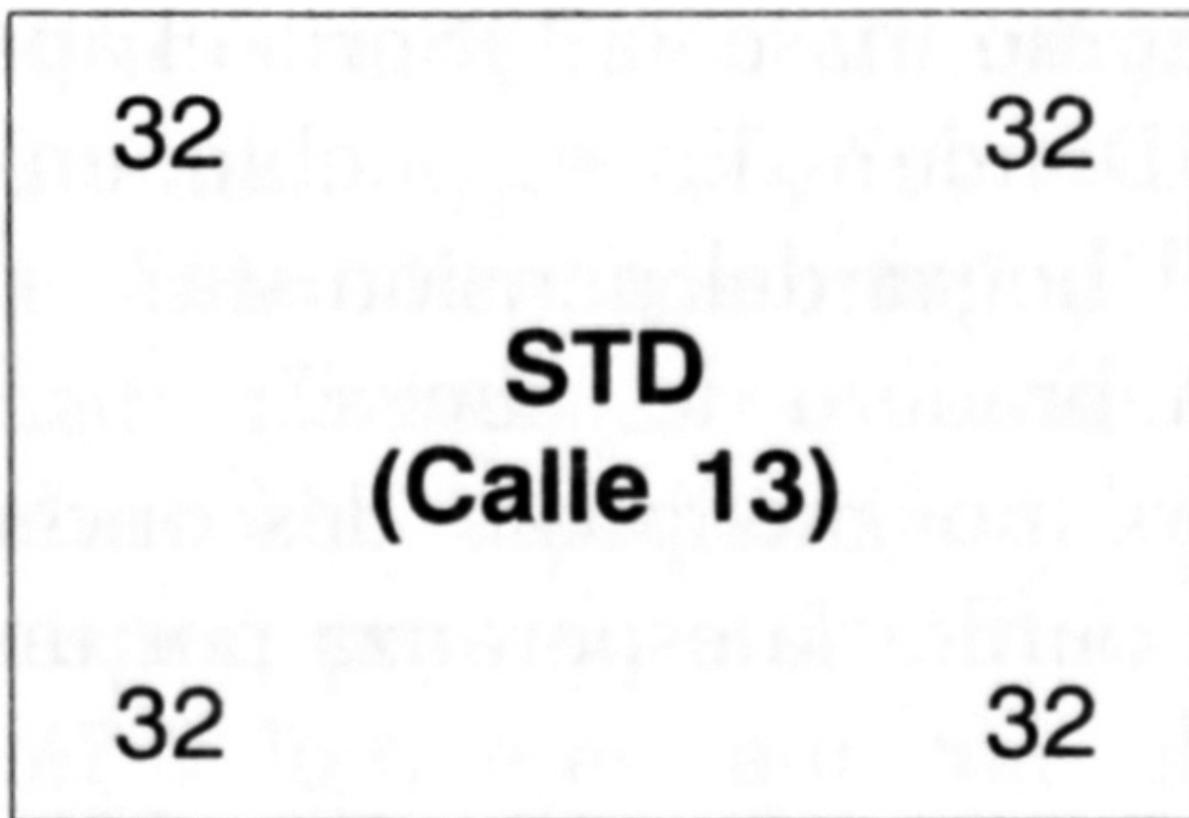
—Venga, seguimos —Luis trataba de ocultar su turbación con aquella fórmula.

Pero no hacía falta seguir.

A menos de quince centímetros estaba el objetivo de mi búsqueda: un recuadro con tres letras, una dirección y un número repetido en las esquinas. Qué pequeño mensaje y qué instantánea reacción de mi piel, que se erizó desde los hombros hasta las muñecas al contemplarlo.

—Aquí está.

Sí, allí estaba:



—¿Y eso qué significa? —preguntó Luis.

Hora y media después, tras haberle soltado a Luis una inocente pero necesaria mentira —le dije que eran las iniciales de mi abuelo y la calle donde había nacido; ya sé que suena cochambroso, pero no se me ocurrió nada más original—, estaba ya instalado en el autobús que me devolvería a casa. Disponía de dos rótulos («Calle 22» y «Calle 13»), y tan solo me faltaba por descubrir qué otra calle se ocultaba en la conjunción entre la posada y la abubilla. Lo malo era que, cuando tuviese esa información, tampoco sabría qué hacer con ella. Tres calles numeradas; una, sin concretar; un lema truculento, «todos los caminos se cruzan en la muerte», y una cruz rarísima con letras rodeándola.

Pero era mejor ir paso a paso, así que traté de concentrarme.

La posada. La Abubilla. ¿Conocía yo alguna posada? ¿Habría posada en Canila? ¿Se hospedó durante la guerra en alguna? —menudo despiste: tendría que haberle preguntado a Luis si en Sacedilla había posadas—. ¿Conocía el abuelo a alguien que regentara un establecimiento de esas características? ¿Habría un local así llamado, «La Abubilla»? ¿Cazó el abuelo alguna vez a un pajarraco de ese orden, o género, o familia, o lo que sea? ¿Lo tuvo como

mascota? ¿Sería el apodo de alguien que conoció? ¿Dónde? ¿En su pueblo, en su trabajo, en la guerra, en el hogar del pensionista?

Menudo quebradero de cabeza.

Pero, bueno, no me podía desconcertar ahora, ni tampoco podía perder la esperanza por un aturdimiento momentáneo.

Lo real, lo auténticamente real, era que, de las cinco piezas que formaban el puzle del abuelo, ya disponía de dos. Podrá parecer poco, visto con pupilas impacientes, pero la verdad es que las había logrado en apenas cuarenta y ocho horas. No me pareció un balance ridículo.

Lástima que no atinase a ver, quizá por el mareo o por la acumulación de emociones de las últimas horas, la tercera calle.

Yo hubiera jurado que posadas, lo que se dice posadas, no quedaba ya ninguna en la ciudad —una vez vino Carmen Posadas, esa escritora que ganó el Planeta, a dar una charla en la caja de ahorros, pero ese es otro asunto—, y abubillas no creía tampoco que hubiese; como mucho, gorriones, y tampoco demasiados. ¿Por qué eligió entonces el abuelo esas dos imágenes tan raras del tablero? ¿Por qué no usó la oca, en la tercera clave, como había hecho en las anteriores?

Al llegar a casa, alegué un fuerte dolor de estómago —«seguro que habéis comido en un mexicano, a base de chile y de burritos. Como si lo viera»—, me preparé una manzanilla y me tumbé en el sofá del salón. Quería olvidarme de todo lo que tuviera que ver con el mensaje del abuelo y concentrar mi atención en dos cosas más urgentes y quizá no menos importantes. En primer lugar, tenía que mantener una conversación con Ernesto y ponerle al tanto de mi búsqueda —dos cabezas piensan mejor que una—, y en segundo lugar, tenía que decidir cómo iba a justificar mi falta en el instituto. ¿Una fiebre de esas tipo Guadiana, que salen y se van sin previo aviso y sin causa médica aparente? ¿Una indigestión por haber tomado albóndigas de la tía Antonia? ¿Una pequeña torcedura sin importancia, al cortar el césped (no tenemos césped, pero en el instituto no creo que lo sepan)? ¿O qué? Y lo que era aún más alarmante: ¿sospecharían de mi firma falsificada en el documento? ¿Se le ocurriría a José Antonio, como tutor, llamar a casa para confirmar la veracidad de... lo que fuera que alegase (ya lo pensaría)? Entre el mareo de cabeza que tenía por el mensaje, el mareo de estómago causado por el autobús y el mareo de tripas provocado por la sobrasada criminal del tío de la estación, lo que menos me apetecía era seguir pensando, así que me fui pronto a la cama, tras haber tomado la única decisión de la tarde: hablar al día siguiente con José Antonio.

¿No era un experto en Historia y en Arte?
Pues yo tenía algunas preguntas para él.

Capítulo 9

Aunque las clases no empezaban hasta las ocho y cuarto, a las ocho y diez yo estaba nervioso, como un crío en la mañana de Reyes, e impaciente como un novio ante su primera cita, en la puerta de la sala de profesores. Me había propuesto localizar a José Antonio y supuse que, siendo tan puntual a la hora de entrar en clase —no hay ni un solo profesor que llegue al aula con más exactitud, ni con una sonrisa más amplia que él en todo el centro—, estaría allí. Y acerté. Estaba sentado al fondo, a la izquierda, en una zona donde podía verse también a Ginés, el Suave; a Marcos, el Grapas, y a Enriqueta, la Fragel. Probablemente era el sitio donde se colocaban los de Geografía, Historia y Arte. Faltaba Salvador, Pelopincho para los chicos y el Churri para las chicas, el más joven, pero también el más perro de todos: no había forma de que llegara a clase con menos de un cuarto de hora de retraso. Me di cuenta de que José Antonio, el único sonriente del grupo, era también el único que parecía un profesor «como los de antes» —frase del abuelo—: trajeado, con corbata, zapatos de cordones y un reloj que no parecía regalado con los menús de Burger King. Nada más verme, me sonrió. Yo, entonces, le hice una señal con la mano y con la cabeza, para ver si podía acercarse a la puerta. Él lo hizo instantáneamente.

—Hola, Santiago, buenos días.

—Buenos días, José Antonio.

—¿Qué te pasó ayer, que no apareciste?

Virgen santa. Se me había olvidado prepararme alguna excusa que se sostuviera en pie. Me vi en la obligación de improvisar.

—Ah, un dolor de garganta. Pero no te preocupes. Ya se me ha pasado del todo.

—Estupendo. ¿Qué has tomado? ¿Lizipaína?

—Pues no sé; no me fijé en el nombre. Unas pastillas que iban en un frasco metálico.

—¿De color amarillo?

Se me olvidó comentar que José Antonio, siendo tan detallista y tan escrupuloso, se puede convertir en un auténtico martirio chino cuando te has inventado algo: a fuerza de preguntarte y darle vueltas al asunto, te termina por sacar la verdad, aunque no estuviera entre sus pretensiones la de dudar de tu palabra.

—No, de color blanco o azul —improvisé.

—Ah, entonces era Hibitane. Tampoco está mal. Yo las he tomado en alguna ocasión, y me funcionaron.

Respiré, con el alivio de los bucaneros a quienes libera de la horca la llegada providencial de sus compinches.

—Quería hablar contigo. ¿Tienes un rato?

—Bueno, ahora tengo guardia; pero imagino que tú sí que tendrás que irte a clase, ¿no?

—Es que es urgente.

—¿Tan urgente que no puede esperar ni siquiera al recreo?

Me quedé mirándolo muy serio, intentando poner cara de impaciencia, angustia, seducción, juventud y súplica. No sé si me salió —me parece una cara demasiado complicada como para que realmente me saliese—, pero el resultado fue el que esperaba.

—Venga, pues vámonos a la cantina, que aún no me ha dado tiempo a tomar el café. Espérame cinco minutos, que compruebe que todo está en orden en la guardia, y nos bajamos.

—Vale.

Quince minutos más tarde —ya he dicho que José Antonio era cumplidor hasta el extremo, y no consintió en abandonar la sala de profesores hasta que estuvo totalmente seguro de que su presencia no era necesaria—, estábamos en la barra de la cantina, dispuestos a mantener una conversación que yo juzgaba crucial, porque podía abrirme algunas puertas en la comprensión del mensaje de mi abuelo.

—Sergio, buenos días. ¿Me pones lo mío? —sonrió José Antonio. Luego se volvió hacia mí—. ¿Tú qué quieres tomar?

—No, no, nada. Gracias. Ya he desayunado.

Sergio, el más majo de todos los cantineros del mundo, con su gorra de béisbol y su pelo largo y ondulado recogido en una coleta, se puso a maniobrar en la cafetera. Llevaba un cigarrillo en la boca, pero nunca lo

encendía, porque la directora era muy estricta con el asunto del tabaco. Su mujer, Inma, aún no había llegado de llevar a sus hijos a clase.

Un día le pregunté a Sergio que por qué llevaba un cigarro en la boca, si nunca lo encendía, y él me dijo que «por joder». Y me contó que un profesor de Lengua que había pasado por el instituto —un tal Antonio Parra— le explicó una vez que uno no está fumando si no tiene el cigarro encendido; lo mismo que no está pisando el césped si lo aplasta con cualquier parte del cuerpo que no sea el pie. Su subversión, por tanto, no solo era legítima desde el punto de vista psicológico, sino también correcta desde el punto de vista lingüístico.

—¿Y estos es que no tendrán clase? —dijo José Antonio. Ni siquiera a la hora del café abdicaba de sus obligaciones como guardián.

—Tenemos Educación Física —dijo un gremlin de 1.º de la ESO.

—¿Y entonces qué estáis haciendo aquí?

—Hemos venido a comprar chuches. Arturo nos deja.

José Antonio arqueó las cejas. Hubiera querido enviar a los enanos al pabellón deportivo, para que acudiesen a su clase, a la que ya llegaban con veinte minutos de retraso, pero la autorización contraria de Arturo, el Sal titos, lo dejaba sin argumentos. Ni siquiera en esos momentos pierde el bueno de mi tutor la compostura. Está hecho de otra pasta.

—Aquí tienes.

—Gracias, Sergio.

El café con leche tenía un gorro de nata como para afeitarse o entonar el Jingle Bells. Se notaba cuando Sergio hacía algo con gusto.

Tras beberse el primer sorbo, José Antonio se limpió los labios con la servilleta de papel, la dobló parsimoniosamente hasta dejarla en forma de cuadradito perfecto y la depositó entre el plato y el mostrador.

—Bueno, pues tú dirás.

Yo no sabía cómo empezar a preguntarle, así que opté por ir directo al grano. Siempre me han molestado los circunloquios, y más cuando tengo en la cabeza algo que me está martilleando y me pide rapidez.

—¿Tú sabes algo de cruces?

Me miró con asombro.

—¿Cómo que de cruces? ¿De cruces religiosas?

—Sí, de cruces religiosas.

Abrió las manos en señal de perplejidad.

—¿Y eso? Yo pensaba que querías hablarme de algo relacionado con el instituto, o con problemas que tuvieras en clase...

—José Antonio, en serio, es importante. ¿Sabes o no?

Cogió la taza del café con leche, bebió un sorbo y volvió a depositarla en el plato. Sus gestos no eran afectados, ni nerviosos, ni frívolos. No se estaba haciendo el interesante: era su modo de actuar.

—Mi tesina de licenciatura versaba sobre arte sacro en la Palencia del Renacimiento. Algo sé de cruces, sí.

—¿De cuántos tipos hay?

José Antonio me miró. Ahora quizá con un poco de sorna.

—¿Tipos de cruces?

—Sí, tipos de cruces. Bueno, más o menos. Tampoco es que te pida un número exacto.

Se bebió lo que le quedaba de la taza y pidió un bollo.

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad?

—No. Hablo en serio.

José Antonio hizo pinza con los dedos índice y pulgar en la punta de su nariz y, al soltarlos, exhaló fuertemente una bocanada de aire.

—Veamos. La que más puede sonarte es la cruz latina. Un brazo largo y otro más corto. El símbolo cristiano.

—Esa no me vale. Sigue.

Al escuchar que «no me valía», José Antonio puso cara de fastidio, pues quizá pensó que yo estaba intentando ser irreverente. No era eso, pero tampoco le podía dar más explicaciones.

—Luego tenemos la cruz de San Andrés, cuyos brazos no se cortan en ángulos rectos, sino que tiene forma de aspa.

—Sigue.

—Luego está la cruz garuada, también conocida como esvástica. Se usa desde el tercer milenio antes de Jesucristo, pero la popularizaron durante la Segunda Guerra Mundial los nazis, que la pasearon y la mancharon de sangre por toda Europa.

—Aún menos, sigue.

—La cruz patriarcal, que tiene dos travesaños horizontales cruzando el vertical.

—¿Y ya está?

—May muchas más. La cruz potenziada, que tiene pequeños travesaños en sus cuatro extremidades.

—No, tampoco. Sigue.

José Antonio había sido extremadamente cortés hasta ese momento, pero su paciencia, como la de todos los seres humanos, tenía un límite. Le dio un

mordisco al bollo con chocolate que le había puesto Sergio, lo masticó con una irritante parsimonia y volvió a limpiarse con la servilleta.

—Santiago...

—Sí, dime.

—Tú no querrás convertirte en un erudito antes de la hora de comer, ¿verdad? Imagino que más bien estás intentando identificar un tipo de cruz en concreto. ¿Me equivoco?

—Exacto, así es.

—Y entonces, ¿por qué me sometes a este tercer grado? ¿No es más fácil que me la dibujes y yo te digo el tipo al que pertenece, si es que lo sé?

La sensatez ganándole a la impaciencia. Seguramente se me puso rojo hasta el pelo, de idiota que me sentí.

—Sí, claro, perdona.

Tomé una servilleta y, con el bolígrafo que él mismo me tendía, dibujé la extraña cruz abierta que el abuelo me transmitió.

—¿Así, tal cual?

—Sí.

—Podría ser una cruz griega, porque tiene los brazos iguales... Pero tendría que estar cerrada. ¿Seguro que la tuya está abierta?

—Sí, seguro. ¿No puede ser otra cosa?

—Si la abertura fuera a modo de puntas de flecha, tendríamos una cruz de Jerusalén.

—Ya, pero tal y como está, ¿qué es?

José Antonio se metió en la boca un trocito de chocolate que había quedado en el plato y, mientras lo masticaba, se encogió de hombros.

—Nada. No es nada.

—¿Nada? —dije, subiendo la voz—. ¿Cómo que nada? ¿Cómo no va a ser nada?

—Nada, al menos, que yo conozca —insistió él, impertérrito.

Sentí como si se abriera a mi alrededor un abismo, que me provocó un vértigo fulminante. Necesitaba agarrarme a algo, lo que fuese.

—¿Y las letras?

Negó enérgicamente.

—Ah, no sé. Pero una cosa sí te puedo dejar clara: las letras no tienen nada que ver con la cruz. Ni desde el punto de vista religioso ni desde el punto de vista heráldico. De eso puedes estar seguro.

Era lo que me faltaba. El golpe de puntilla, el tiro de gracia.

Tras aquella conversación con José Antonio, que yo había supuesto que me iba a desbrozar la parte gráfica de la tarjeta, me encontraba con que no solo no resolvía el misterio, sino que lo duplicaba. A la pregunta de ¿qué diablos significa la cruz? había que añadirle otra, todavía más áspera: ¿qué diablos significan las letras que la circundan? Más que progresando, mi investigación parecía ir «regresando».

—Bueno, pues gracias, José Antonio. Por lo menos lo has intentado.

—Una cosa, antes de que te vuelvas a clase. ¿Dónde has visto esa cruz tan rara? A mí es que ni siquiera me suena.

—En un libro antiguo —mentí.

—Oye, pues tráetelo un día, ¿vale? Me ha picado la curiosidad.

—Claro —concedí, sabiendo que no lo haría.

—Ah, y dile al profesor que estabas conmigo. Así no te pondrá ningún problema para dejarte entrar en clase.

—Vale, lo haré.

Pero la verdad es que, en lugar de irme a clase con la Frangel —no estaba de humor—, me marché del insti tuto, crucé hasta el bar que hay justo enfrente y mandé un mensaje al móvil de Ernesto: «T spero 30 min. bar. Fúgate clase. Import».

—Venga, a ver, desembucha, porque tú estás más raro que la leche.

Como podréis observar, no es fácil que Ernesto ingrese en el futuro, por méritos o por vocación, en la Escuela Diplomática. Pero lo conozco desde que íbamos juntos a la guardería, y he terminado por aceptarlo tal y como es. Os pondré un ejemplo, entre los mil posibles. La nochevieja pasada le regalé un libro, cuyo autor prefiero no mencionar, para no ofender a ningún gallego que haya obtenido el premio Nobel, y una semana más tarde me soltó, sin contemplaciones, que le parecía una mierda y que no se lo pensaba terminar. Así es mi amigo.

—¿Raro? ¿Raro por qué? ¿Por faltar un día a clase?

—No —dijo mientras se sentaba a mi mesa—. Raro por íaltar un día, llamarme en medio de una clase de la Pin y Pon, reconocer que no estás enfermo, no contestar a mis tres últimos correos, irte de cháchara a la cantina con José Antonio, que de todo se entera uno, y luego pedirme que sea yo quien se fugue la siguiente clase.

Se tomó un respiro, y yo, con la cabeza gacha, no repliqué.

—Cosa que, por otro lado, me importa un bledo, pues volvíamos a tener clase con la Pin y Pon, y librarse de ella es siempre un regalo. Pero me gustaría saber de qué va todo este rollo.

La recriminación, desde luego, era justa. Se trata de mi mejor amigo y, durante varios días, había estado moviéndome sin contar con él y sin pedirle el más mínimo consejo. Ahora, agobiado por un montón de callejones sin salida, no encontraba más recurso que ampararme en su ayuda.

—Tienes razón.

—Pues si tengo razón, empieza.

Resoplé, mientras me quitaba el sudor de la frente.

—Es que no sé por dónde empezar.

—¿Y por qué no por el principio?

Los expertos en Geometría se equivocan. La distancia más corta entre dos puntos no es la línea recta: es la que diga Ernesto.

—Mi abuelo —dije— se murió la semana pasada.

—Eso ya lo sé, y lo siento.

—Estábamos muy unidos, ¿sabes? Quiero decir que no solo era mi abuelo y ya está. Me preguntaba por el instituto, me contaba anécdotas de su juventud, se ponía de mi parte en las discusiones con papá o mamá, e incluso un día se empeñó en que escuchásemos juntos un CD que acababa de comprarme. Yo lo quería mucho.

Las lágrimas, las lágrimas de verdad, no siempre aparecen en los ojos, aunque el cine y las telenovelas se hayan empeñado en acostumbrarnos a esa imagen. A mí, acordándome de él, las lágrimas me brotaban de la garganta. Ernesto, al darse cuenta de mi emoción, quiso ayudarme.

—¿De quién era?

—¿El CD?

—Sí.

—De Black Sabbath.

—La Virgen Santísima. Sí que te quería, sí. Pobre hombre.

Y ambos comenzamos a reírnos como idiotas. Yo no apartaba mis ojos de la risa de Ernesto. Aunque de vez en cuando me queje de sus barbaridades, la verdad es que no cambiaría su amistad por casi ninguna otra cosa de este mundo.

—¿Entiendes lo que te estoy queriendo decir? No éramos solo abuelo y nieto; éramos colegas. Todos los días jugábamos a la oca, y hablábamos sin parar.

—Ya, entiendo. Que os lo contabais todo...

Fruncí los labios y alcé mi dedo índice.

—Ahí es donde voy, precisamente. Yo creía que nos lo contábamos todo, pero me descubierta que no es así.

Antes de que pudiese añadir ninguna otra palabra, se nos acercó un camarero bastante joven, con los pelos engominados y el cutis idéntico a los pantanos de Florida.

—¿Qué vais a tomar?

—Coca-cola —elegí.

—Yo también —se sumó Ernesto—. Sin cubitos.

—¿Y de picar?

—No, no, nada; solo las coca-colas.

—Tenemos patatas fritas, aceitunas, almendras...

—No, gracias. Hemos desayunado hace dos horas.

Pero aquel chico no parecía dispuesto a rendirse. Ahora pienso si no trabajará a comisión, aunque me suena raro en un bar.

—La sepia está recién hecha. Y está riquísima.

Ernesto lo miró con una sonrisa modelo «¿tú de qué vas, tío?», y le habló con dulzura venenosa o sarcástica.

—Pues felicita de nuestra parte al cocinero. Lo recomendaremos para la guía Michelin. Dos coca-colas.

Cuando se fue, mi amigo lo siguió con los ojos.

—Qué bárbaro. Qué pesadito es... Venga, dime. Habías descubierta que tu abuelo no te lo contaba todo.

—Sí.

—¿Y tan raro te parece? Nadie lo cuenta todo.

—Hombre, ya. Me refiero a que hace unos días descubrí algo importante.

Un secreto suyo.

—¿Antes o después de que muriese?

—Después.

—Entiendo. ¿Y cómo te has enterado? ¿Te lo han dicho tus padres?

Pronuncié las palabras casi en susurros, como quien teme que vayan a reírse de él.

—Me lo dijo el propio abuelo. Me dejó una nota.

El chaval nos llamó desde la barra.

—Eh, aquí está lo vuestro.

Los dos vasos, obviamente, tenían cubitos. Ernesto, para mi sorpresa, no replicó. Se limitó a servirse el refresco y a mirarme.

—Una nota.

—Sí.

—Bueno, ¿y qué decía en esa nota?

Me bebí la mitad del vaso de un trago. Estaba seco.

—Ahí viene lo chocante. No me contaba nada en especial. No era una carta. Era como un jeroglífico. Había una sola frase y unos números.

—Una frase y unos números.

—Eso es.

Cerró los ojos durante un segundo, quizá por efecto de los cubitos, que acababan de entrar en contacto con su lengua.

—Pues también son ganas de andar jugando. Y en qué momento. ¿Me puedes decir lo que pone?

—La habré leído cien veces en estos días. La frase es: «Todos los caminos se cruzan en la muerte». Y los números van unidos por parejas: 31-9/ 56-32/ 19-38.

Ernesto, que iba a darse el segundo trago, se quedó con el vaso a medio camino de su boca.

—¿Ya está?

—Sí, ya está.

—¿Y por qué deduces que se trata de algo importante o de un secreto suyo? Podría ser un simple juego.

La lógica de Ernesto es implacable y siempre me he sentido avasallado por ella, porque no le encuentro fisuras. Pero esa vez me supe vencedor.

—¿Alguien esperaría hasta después de su muerte para esconder bajo un jeroglífico algo que no fuese secreto e importante?

Miró por encima de mi hombro, como evaluando mi pensamiento, y finalmente asintió.

—Tiene sentido. ¿Y qué has descubierto hasta ahora? Porque seguro que llevas todos estos días dándole vuel tas a la cabeza.

Abrí mi carpeta, extraje un folio y mi bolígrafo y comencé a explicarle.

—Lo primero que se me ocurrió fue centrarme en los números. ¿Qué podían significar esas seis cifras separadas por guiones?

—¿Tenéis caja fuerte en casa? —me cortó.

—Espera, vamos paso a paso —dije, intentando disimular el cabreo que me produjo ver que él tardaba tres segundos en deducir lo que yo tardé lloras —. Sí que tenemos, pero no es la combinación. Ya la probé.

Escribí «31-9» en el folio.

—Entonces me di cuenta de que, tratándose del abuelo, y de un mensaje que él dejaba para mí, el tablero de la oca debía desempeñar un papel clave en

la investigación. Ya te digo que jugábamos a diario.

—¿Y qué descubriste?

—Descubrí que el 31 es el pozo. Y la casa del abuelo en Canda tiene un pozo.

—¿O sea...? —me animó, mientras sacaba con los dedos los cubitos y los metía en la bandeja de la máquina del tabaco.

—... que convencí a mis padres para que me llevaran allí el domingo.

—¿Ellos están al tanto de la existencia de esa nota?

—No, no. Solo tú. ¿Y sabes lo que encontré en el pozo?

—Ni idea. Sorpréndeme.

—Una inscripción donde pone «Calle 22». Estaba grabada en un ladrillo.

Ernesto frunció las cejas.

—¿Y qué significa eso?

—Bueno, espera, déjame seguir —no estaba dispuesto a decirle que lo ignoraba—. Animado por ese éxito, busqué en la oca el 56... Y era la cárcel. Mi abuelo estuvo en la cárcel durante la Guerra Civil, en un pueblo que se llama Sacedilla.

Ernesto sonrió y empezó a mover la cabeza.

—Qué cabrón. Ya sé por qué te fugaste ayer de las clases. E imagino dónde estuviste.

Yo también sonreí.

—¿Encontraste algo?

—Sí.

—¿Otra inscripción?

—«Calle 13».

Ernesto se quedó pensativo. Si al principio tuve la sospecha de que se estaba burlando de mí —o, al menos, que se estaba tomando más bien a broma mis revelaciones—, ahora ya parecía plenamente incorporado al juego. La intriga —como a mí— lo había atrapado.

—¿Y sabes de dónde son esas calles?

Concedí mi primera vacilación.

—¿Y los números que faltan?

—En esas dos cosas me atasco —susurré, con la amargura de quien no sabe cómo enfrentarse a un jaque en el ajedrez—. Según la oca, debería buscar una posada y una abubilla, el 19 y el 38; pero no le veo la lógica. No conozco ninguna posada, ni sé de nadie que tenga abubillas.

—Yo tampoco.

Ambos nos quedamos mirando el folio, como si fuéramos buscadores de tesoros a los que les falta una sola coordenada en el plano, o expertos en crucigramas que ignoran el nombre de un antílope que solo vive en el nordeste de Tanzania. De repente, a Ernesto se le iluminó el rostro con luces de victoria y me cogió el bolígrafo.

—Aunque a lo mejor no eso.

—¿Cómo que no es eso? Si los números anteriores significaban...

Mientras yo hablaba, Ernesto borró de un plumazo —bueno, en realidad tendría que decir que fue de un boligrafazo— el guioncito que separaba las dos cifras.

—¿Fue en 1938 cuando estuvo en esa cárcel?

Joder. Qué cabrón. Durante un segundo, lamenté el tiempo que había perdido por no haberle consultado antes.

—Sí, fue en ese año.

—Pues entonces —dijo, sin darse mayor importancia— nos quedaría por interpretar la frase de la muerte. ¿Has probado a pincharla en un buscador?

Afirmé y negué con la cabeza.

—Nada. No existe como tal.

—Parece de la Biblia —sugirió.

—¿Tú has leído la Biblia?

—No, hombre. Pero yo qué sé. Suena a eso, ¿no?

—O a película del oeste. Ya puestos...

Mi amigo acabó de beberse su coca-cola y se secó los labios con una servilleta de papel.

—Es como si hubiéramos llegado a un punto muerto, ¿no te parece?

—Sí —admitió—. Tendríamos que encontrar otro hilo para seguir tirando. ¿Llevas la nota encima?

—Claro que la llevo. ¿Para qué la quieres?

—No sé. Quizá a ti se te haya escapado algún detalle.

Lo dudaba profundamente, pero la saqué del bolsillo de la camisa y la dejé en sus manos. Ernesto la observó y luego, poniendo su dedo índice encima, me interrogó.

—¿Y este cruce de caminos qué representa?

Al principio no supe de qué me estaba hablando. Pero cuando lo entendí le arrebaté la nota de un manotazo y la coloqué ante mis ojos.

¡No era una cruz! Maldita sea, no era una cruz latina, ni griega, ni de San Andrés, ni patriarcal, ni potenziada, ni esvástica, ni la madre que la parió. Era

una simple encrucijada. ¡Una encrucijada! Ahora las piezas adquirirían otra textura, y se ordenaban como si fueran un Tetris de colores.

Un cruce de caminos.

Las letras rodeándolo.

La frase.

Las claves numéricas, ya reveladas.

—Eres un cabrón —dije.

—¿Y yo qué he dicho ahora?

—Lo has resuelto, tío. Me juego la cabeza a que lo has resuelto. Ahora sí que encaja.

Ernesto, por primera vez desde que lo conozco, estaba absolutamente fuera de juego.

—¿Qué es lo que encaja?

—Todo. Todo encaja. Ya sé dónde encontrar el secreto del abuelo. Me acabas de proporcionar la clave que me faltaba.

Prudente o nervioso, mi amigo eludió la pregunta directa.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer ahora?

—¿Que qué voy a hacer? —exclamé casi dando un grito—. Querrás decir qué vamos a hacer. Mañana no hagas cuentas de ir al instituto, porque te necesito. Me importa un bledo la excusa que utilices, pero te quiero a las ocho en la estación de autobuses.

—¿En la estación? ¿Y dónde se supone que vamos?

Era una lástima tener solo quince años y no disponer de vehículo propio. Me guardé la tarjeta y acabé el refresco.

—De viaje. Nos vamos de viaje.

Capítulo 10

¿Cómo puede un corazón pasar, en una semana, por tantos estados emocionales diferentes?

El dolor, el miedo, la sorpresa, la ilusión, la mentira, la angustia. Todos esos sentimientos me han ido lastimando y se han ido haciendo dueños de mí en las últimas ciento cincuenta horas. Y desde que ayer jueves volví de mi viaje con Ernesto, mudos ambos y con dos petates pesadísimos entre las piernas —nos negamos a dejarlos en el maletero del vehículo, ante la suspicacia y la perplejidad del conductor—, lo que me azota es la más horrenda de las incertidumbres: ¿fue mi abuelo el responsable, el inductor o el cómplice del delito que estas sacas evidencian? ¿O simplemente el descubridor accidental de las mismas, que se limitó a esconderlas para aliviarlas del horror de la guerra, como creo haber insinuado antes? O, formulado más brutalmente: ¿soy —o fui— el nieto de un guardián o de un degenerado, de un monstruo o de un héroe?

Pero no quiero que penséis que ahora, llegados a este punto clave y definitivo de mi narración, me voy a poner a divagar para teneros con el alma en vilo y con los nervios de punta; así que abreviaré. Quizá cuando acabe de contaros este episodio final hayáis elaborado una opinión al respecto y la queráis compartir conmigo. Creedme si os digo que me vendría bien.

Subamos —o bajemos— el último peldaño de esta escalera.

Caía un frío deshilachado y bastante desagradable sobre la estación de autobuses, e imagino que la poca gente que por allí circulaba hacía lo posible por imaginar sus camisas y sus livianos jerséis de mayo convertidos en tupidas chaquetas de octubre o en voluminosos y cálidos abrigos navideños. De todas formas, el periódico del miércoles —que papá abandonó en la bolsa del reciclaje tras la cena, y que yo saqué para consultar la sección

meteorológica y el deporte— pronosticaba para el día siguiente unas temperaturas muy suaves, e incluso un sol casi veraniego hacia las doce. Por eso, el frío que Ernesto y yo estábamos pasando en aquel banco metálico del andén no nos preocupaba excesivamente, pues lo sabíamos condenado a la extinción. Con las manos en los bolsillos, sin ningún tipo de equipaje — habíamos dejado los macutos en una taquilla, para no llevarlos colgando durante nuestra aventura— y con los cuellos encogidos para que el helor no nos perforase la garganta, aguardábamos los veinte minutos que, según el viejo reloj de la estación, faltaban para que llegase nuestro autocar. Ernesto, con nubes de niebla brotándole de la nariz, trataba de ponerse al día y me torpedeaba con las mil cuestiones que la noche anterior —lo conozco de sobra— había estado rumiando en su cama sin poder dormirse.

—Ayer no me lo contaste todo —dijo. Y sus palabras, que incluían la recriminación, incluían también la indulgencia.

—No podía, Ernesto.

—Ah, muy bien. No podías. ¿Y por qué no podías, si puede saberse?

—Tío, no me presiones. No podía, y ya está. Entiéndelo. Me abriste de golpe el baúl donde estaba escondida la llave que necesitaba.

—¿Y eso no te hizo feliz?

—Joder, pues claro; pero también me aturdió.

Lanzó una bocanada de bruma por su boca y siguió hablando.

—Y ahora, según creo, vamos a meter esa llave en una cerradura, para ver si gira.

—Eso es.

—Y vamos a coger un autobús, porque la cerradura está lejos.

—Sí.

Estiró las piernas y miró en la dirección contraria adonde yo estaba.

—¿Y no me piensas contar nada más?

Pues claro que le iba a contar algo más. Es mi mejor amigo y me estaba ayudando a ciegas. ¿Cómo no iba a contárselo? Lo que ocurre es que me daba un miedo atroz decirle cuál era la idea que me había asaltado, y en qué consistía mi intuición y mi lectura de la tarjeta, porque en el caso de que me equivocase, iba a hacer el ridículo más espantoso de mi vida. Pero, a la vez, sabía que no era posible mantener más tiempo aquella tensión nerviosa y aquel secretismo, así que comencé a desatar mi lengua.

—Me preguntaste qué significaba el cruce de caminos de la tarjeta.

—Sí, lo recuerdo. ¿Y qué?

—Que yo, desde el principio, pensaba que era una cruz.

—Ah, bueno, no sé, lo mismo es una cruz.

Como hacía tanto frío, yo no tenía ganas de sacar el pañuelo, así que di lo que mi abuela murciana llamaba «un sorbitón».

—No, parece ser que no existe ese tipo de cruz.

—¿Es de eso de lo que estuviste hablando con José Antonio?

—Sí.

—Vale, aceptaremos entonces la encrucijada. ¿Y qué más?

Cabeceé, sonreí y luego miré a Ernesto.

—Ya está. Eso es todo. Con esa pista, creo que todos los elementos de la tarjeta cobran sentido...

Frunció las cejas.

—A ver, a ver, espera, que no quiero perderme. Está claro que las calles 22 y 13 son las que forman la encrucijada, ¿verdad?

—Sí.

—Pero seguimos sin saber dónde se encuentran esas calles, salvo que aceptemos que están en... ¿Cómo me dijiste que se llama el pueblo donde nació tu abuelo?

—Canda.

—Eso es, en Canda. ¿Son calles del pueblo?

—No, mi padre me dijo que en Canda las calles no van numeradas, y lo he comprobado con la guía telefónica.

—Pues entonces en el otro sitio, donde estuvo preso.

—En Sacedilla.

—Eso, en Sacedilla. ¿Es allí donde vamos, entonces?

—No, vamos a Canda.

A Ernesto se le arrugó la frente en una expresión de furia.

—Mira, Santiago, vete a la mierda, joder. ¿Quieres hacer el favor de no dar más rodeos y de decirme ya qué estamos haciendo aquí, adonde vamos y qué se supone que encontraremos al final del viaje?

Tenía razón para enfadarse, así que elaboré un resumen de urgencia.

—Tenemos dos calles, la 22 y la 13, y tenemos una intersección en la que ambas se cortan. Hasta ahí, bien, ¿no?

Ni se molestó en contestarme. Yo seguí.

—La cuestión es, como tú dices, descubrir dónde están esas dos calles. Pero si te fijas en la frase de la tarjeta...

Tras pensarlo unos segundos, se enderezó en el banco.

—Joder. ¿El cementerio?

—El cementerio de Canda.

Si su corazón estaba latiendo a la misma velocidad desaforada que el mío, lo raro era que no nos estuviesen escuchando todos los que en la cantina bebían carajillos o cafés con leche. A partir de ese instante, hablamos casi con avaricia, arrebatándonos el uno al otro el último sonido de nuestras palabras, solapando las frases.

—O sea, que buscamos el cruce de dos calles...

—En el cementerio de Canda. ¿Dónde si no?

—Claro, uno no elige el cementerio de la localidad donde lo han llevado a la fuerza, sino el del sitio donde nació.

—Y ese cruce nos permitirá ver...

—Cuatro tumbas, supongo.

Ernesto se detuvo, con la mirada llena de interrogantes.

—¿Y cómo sabremos cuál de ellas esconde lo que queremos encontrar?

Me encogí de hombros y lo miré con una sonrisa. Lo estaba invitando a que lo descubriese por sí solo. Y lo hizo.

—Las letras.

—Las letras —confirmé.

—Las tres enes significan «no» y la ese significa «sí».

—Exacto.

Ernesto estaba, de golpe, más nervioso que yo. Parecía que fuese él el destinatario del mensaje.

—Nene, esto es muy fuerte.

—Sí.

—Me recuerda a El bueno, el feo y el mulo. Clint Eastwood, Lee Van Cleef y el otro, que no sé cómo se llama. Había un montón de oro escondido en una tumba. Lo mismo nos hacemos ricos antes de la hora de comer.

—Anda, no seas fantasma —le recliné, sin saber hasta qué punto iba a tener razón.

—Pero nos siguen faltando dos detalles.

—Di me.

—El primero, qué significa en todo esto la fecha 1938.

Lo he pensado —contesté—. Podría ser una indicación del abuelo para que busquemos una tumba de ese año.

—Ajá, tiene sentido.

—¿Y el otro detalle?

—El otro detalle es saber si tienes idea de qué nos está esperando en esa tumba.

Me quedé en silencio, pero me levanté mientras señalaba con mi dedo.

—A eso no puedo contestarte, pero lo que sí te digo es que nos queda poco para enterarnos. Ese es nuestro autobús.

Y el autobús nos condujo, dos horas después, hasta una plaza de Canda, a la que no le faltaba detalle para ilustrar una postal o para servir como decorado de una película costumbrista: una iglesia antigua, con grandes escalinatas de piedra y una placa de Caídos por Dios y por España—, un quiosco de periódicos atendido por una anciana con moño; varios bancos donde unos viejos con bastones tomaban el sol, y un asfaltado muy curioso, formado por piedras grises rectangulares que se unían como si fueran ladrillos en una tapia—no sé cómo se llama ese sistema de empedrado, y la verdad es que a estas horas de la noche tampoco me apetece meterme en internet para hacer consultas—. Ernesto, cuando bajó del autobús, se quedó mirando hacia el suelo.

—Aquí deben de usar poco la bicicleta. O pondrán almohadillas en los sillines.

Algunos ancianos, felices por la novedad que siempre suponen los forasteros en una localidad no demasiado grande, se tocaban con los codos y alzaban las barbillas en nuestra dirección. Pero a mí, que habitualmente odio ser mirado —y no digamos ya evaluado—, esa vez no me importó ser el blanco de tantos ojos.

—Venga, pues elige.

Ernesto se extrañó.

—¿Que elija qué?

Miré hacia el coro de espectadores.

—A uno. Alguien tendrá que informarnos de dónde está el cementerio. ¿O qué quieres? ¿Adivinarlo?

Se rascó una oreja, lanzó una mirada panorámica y me señaló a un viejo que, al principio, parecía estar en cuclillas, pero que en realidad estaba sentado sobre un tocón. De lejos —salvo por su ropa— guardaba un cierto parecido con el abuelo. Nos dirigimos hacia él —qué caras pusieron los demás, devueltos de golpe a la rutina— y le saludamos.

—Buenos días.

—Nos dé Dios —completó, y en seguida pasó al asalto—. Vosotros no sois de aquí, ¿verdad?

—No, venimos de visita.

—¿De visita? —puso la misma cara que habría puesto Cenicienta si la hubieran elegido para anunciar el wonderbra—. Pues poco hay que ver en este pueblo. Hay una talla en la iglesia que, según el señor cura...

—No, no nos interesa el arte —atajó mi expeditivo compañero—. Lo que queríamos era saber por dónde se va al cementerio.

—¿Al cementerio?

—Sí.

Y en ese momento fue cuando, prolongando con mis palabras su cara de perplejidad e inaugurando la de Ernesto, solté esta parrafada que había preparado la noche anterior:

—Verá, es que venimos a hacer un trabajo para el instituto. Un trabajo un poquito extraño. Queremos comprobar si hay versos o poemas en algunas lápidas del cementerio. Si es así, los copiamos en una libreta, los fotografiamos y luego elaboramos un estudio sobre su métrica y su rima. El estudio abarca todos los pueblos de la zona, y la verdad es que de momento hemos conseguido resultados muy interesantes. Hay grandes poetas entre la gente sencilla, y eso es lo que queremos descubrir. Si nos premian el trabajo y sale publicado en la revista del instituto, enviaremos un ejemplar a cada ayuntamiento para agradecer su colaboración. ¿Por dónde dice usted que se iba?

Boquiabierto, señaló una calle.

—Por ahí. No tiene pérdida. A la salida del pueblo.

—Muchas gracias —le dije, y me volví hacia mi amigo—. Venga, vamos, que no tenemos todo el día.

Apenas habíamos dejado atrás la plaza, Ernesto me cogió del brazo y me miró como si hubiera bajado de un ovni.

—Tío, menudo rollo te has montado. Qué fuerte. Poemas en las lápidas. Menos mal que estamos en un pueblo pequeño porque, de lo contrario, no sé yo quién iba a tragarse esa bola.

—Pues tampoco tienes que extrañarte tanto. Un amigo de mi padre, que se llama Rubén Castillo, hizo un trabajo así. Y le dieron una beca de creación literaria.

—¿En serio?

Asentí, con toda la gravedad que el caso requería. Ernesto suspiró.

—Os juntáis con gente muy rara.

La impaciencia, como todo el mundo sabe, alarga y eterniza el tiempo. Así, un minuto dentro del cuarto de baño no es igual que un minuto fuera, golpeando con ansiedad para que te abran. Por ese curioso fenómeno físico, que admite pocas excepciones, por no decir ninguna, nos pareció que el cementerio de Canda estaba muchísimo más lejos de lo que en un principio {jodíamos sospechar. Era como si el pueblo se estirase y jugara con nosotros, para no dejar que el Minotauro, o sea, la solución al jeroglífico, apareciera ante nuestros ojos. Pero cuando lo distinguimos al doblar la última bocacalle, con sus tapias encaladas, algunos panteones oscuros sobresaliendo y dos o tres árboles marchitos a su alrededor, aceleramos el paso y nos plantamos ante él en cuestión de diez segundos. O quizá era que el tiempo volvía a ser elástico, y se aceleraba para premiar nuestro tesón.

—Menuda puertecita —exclamó Ernesto—. Parece de la mansión de Drácula.

Pero mis ojos, en lugar de detenerse en aquellos altos barrotes negros que acababan en puntas de flecha tres metros más arriba, se centraron en el cartel que alguien, mucho tiempo atrás —los tornillos tenían óxido—, había fijado al muro: camposanto municipal. Me sorprendió que la muerte, algo tan íntimo, tan privado, tan doloroso, quedase definida con la frialdad desangelada de un término eclesiástico y otro administrativo. Qué pena.

Ernesto me miró.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? Pues preguntar al sepulturero, o al encargado, o al guarda. Lo que no vamos a hacer es meternos ahí a lo loco, para que nos llamen la atención.

Pero como no localizábamos a ningún responsable, ni a nadie que nos pudiera decir quién trabajaba allí —era como si hubieran arrojado una bomba de neutrones sobre aquel lugar—, no tuvimos más remedio que liarnos la manta a la cabeza y comenzar a buscar sin ayuda.

—Esta es la calle 6 —dijo Ernesto—. Sí que es verdad que están numeradas, tío. Qué fuerte.

—Esa es la 4 —comenté, tras mirar hacia la derecha.

—O sea, que para allá. En sentido contrario.

Nos fuimos hacia la izquierda, con toda la velocidad esperable en cuatro piernas adolescentes al borde de la taquicardia. En la 8 había un montón de ladrillos en medio de la calle; en la 12, muchísimas flores; en la 18, una

carretilla con arena y dos palas. Todo era como un vértigo o como un maremoto en mi pecho. Mi corazón galopaba como un pura sangre al que hubiesen marcado con un hierro al rojo. Os podéis imaginar mis nervios: estaba a punto de toparme con la solución al misterioso secreto del abuelo. ¿Qué iba a encontrar en aquella tumba de 1938?

—La 22 —anunció de golpe Ernesto, y a ambos se nos formó un nudo en la garganta.

Me detuve para que mis pulmones dejaran pensar a mi memoria.

—Nos falta encontrar la intersección con la 13 —la voz, si he de decir la verdad, no me salía del cuerpo.

—Pues andando.

Pero «andar» es un verbo demasiado prudente: en realidad, volábamos. Entre que no había nadie en todo el cementerio, que sus calles eran rectas como pasillos de instituto y que nosotros nos moríamos por llegar al punto de cruce, parecíamos marchadores atléticos, con el sudor empapándonos la espalda y las bocas abiertas para recibir más oxígeno.

—Nos estamos metiendo en la parte antigua —resoplé.

—Ya veo.

Avanzábamos, mirábamos rápidamente los números clavados en pequeñas estacas metálicas y seguíamos. A nuestro alrededor, como si fuera una siesta de agosto, no había ni un alma. Aunque, pensándolo bien, ¿se podrá decir eso en un cementerio?

Mi amigo, de pronto, hizo que sus pies chirriaran en la arena y, mientras ponía una mano en mi pecho —para frenarme o sentirme—, con la otra señaló.

—Ahí está.

Sí. Ahí estaba.

La calle 13.

La entonces bendita, y ahora sé que maldita, calle 13.

Ernesto se rascó la nuca.

—Con esto no contábamos.

—Pues no, la verdad es que no.

«Esto» consistía en que las cuatro esquinas que dibujaba el cruce de calles no delimitaban cuatro tumbas —como arbitrariamente habíamos supuesto en un principio—, sino cuatro panteones. Y ninguno tenía como fecha de construcción el año 1938: todos eran más antiguos.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté, con voz de náufrago.

Ernesto entornó los ojos y se rascó la frente.

—Saca la tarjeta —me ordenó mi amigo.

—¿Y eso?

—Tú sácala. Ya veremos después.

Se la tendí y, mientras le echaba un vistazo, aproveché para secarme la frente con el pañuelo.

—Según el dibujo, el panteón sería este, porque está en la esquina inferior derecha —sentenció.

Lamenté aguarle el razonamiento.

—¿Mirando desde dónde?

Ernesto chasqueó la lengua.

—Mierda, es verdad.

Nos ocurría como a Howard Carter. Estábamos en el Valle de los Reyes, pisando, intuyendo, cavando, fallando, calculando, sintiendo... pero sin atinar con la puerta que nos llevase a la cámara del faraón. ¿Iba a ser ese el final de nuestro viaje? ¿Ahogarnos cuando veíamos tan cerca la playa, tras días de océano aparentemente infinito?

—Tiene que haber algo; algo que deberíamos ver... Tengo quince años.

Ernesto me miró con gesto de extrañeza.

—Felicidades, hombre; yo también.

—Quiero decir que el abuelo tuvo que dejar alguna pista que yo, con quince años, pudiera ver, ¿entiendes?

—Sí, claro, ¿pero cuál?

Me encogí de hombros. Los cuatro panteones parecían idénticos, con sus puertas de madera, sus tejados a dos aguas, sus placas con citas bíblicas, sus floreros vacíos, sus ventanas llenas de polvo... De repente, se me ocurrió una idea y, haciendo visera con la mano para proteger mis ojos, alcé la vista.

Y allí estaba.

El abuelo, astuto como él solo, me lo había dejado clarísimo.

—No es ese panteón; es aquel de allí —dije, señalando hacia la izquierda.

Ernesto resopló, incrédulo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Con un gesto de mi mano y de mis ojos, le indiqué que mirase la placa que había sobre el dintel de la puerta:

Como mana el agua en los pozos,
así mana allí la iniquidad.

(Jeremías 6,7)

Cualquiera que no guarde puntualmente la ley de Dios, a cárcel será condenado.

(Esdras 7,26)

—¡El pozo y la cárcel! —exclamó.

—La oca —resumí.

Ernesto se asomó entonces por la ventana más ancha, limpiándola antes con la manga de la camisa. Mientras sus ojos se acostumbraban al cambio de luz, comencé a sentir miedo, un miedo extraño y cenagoso, que ahora creo que era una premonición.

—No se ven lápidas —susurró—. Solo tres paredes bastante sucias y unas escaleras que bajan. Nos veo haciendo una excursión subterránea, nene. ¿Llevas mechero?

—Pues no.

—Bah, es igual. Nos apañamos con el mío.

El miedo comenzó a ladrar en la boca de mi estómago.

—Pero antes —dije— tendremos que ver cómo abrimos esta puer...

La rapidez y la eficacia con las que Ernesto actuó me dejaron bloqueado. Un fuerte golpe con la planta del pie —se le notaban los dos años en el equipo de fútbol del instituto— bastó para descerrajar aquella madera fosilizada.

—Estaba abierta —declaró con cinismo.

—Pero nene...

—No hay nadie —se justificó—, y nosotros tenemos prisa. Venga, vamos.

Una vez en su interior, volvimos a cerrar la puerta —más o menos— y dejamos que nuestros ojos se habituasen a la penumbra, cosa que por cierto resultó bastante sencilla, pues unas claraboyas enrejadas del techo dejaban bajar columnas de luz, delgadas y eficaces como tubos fluorescentes. Se respiraba allí una atmósfera de casa bombardeada, o de museo huérfano de visitas, o de desván sin ventanas, con innumerables motitas de polvo viajando arriba y abajo por las columnas de luz, como poblaciones de microbios que hubieran sido sor prendidos por la invasión enojosa de una linterna. Recuerdo rpie una noche, tras ver una película de faraones, de la que me impresionaron sobre todo sus cámaras subterráneas sellándose al final con arena, soñé una cárcel de roca, una especie de refugio nuclear donde el polvo y el oxígeno entraban juntos en los pulmones y otorgaban a la respiración una densidad de

sudores y de ahogo. El panteón que el abuelo había elegido reproducía, en versión *light*, aquellas imágenes.

—Bajo yo primero, que llevo la luz.

Esas palabras me aliviaron, pero también me produjeron un cierto rubor y una cierta rabia. Puesto que se trataba de mi búsqueda y de mi jeroglífico, ¿no hubiera sido más normal que comenzase yo el descenso? Pero como tenía miedo para parar un tren, no dije nada, y me limité a seguir a Ernesto por aquellas diez o doce escaleras de caracol que se abismaban hacia... Bueno, hacia donde fuera.

—Anda, mira qué previsor tu abuelo —dijo.

—¿Cómo?

Pero en lugar de contestarme, me mostró una lámpara de gas que alguien había depositado en los escalones.

Su depósito era de color amarillo y pesaba lo suficiente como para permitirnos suponer que estaba llena.

—Vamos a probar —dijo Ernesto, y aplicó la llama.

Un fogonazo sonoro y azul bautizó de claridad las paredes y colocó una sonrisa en los labios de mi amigo, que quizá estaba tan asustado como yo, pero que disimulaba con más éxito. Alzó la lámpara hasta la altura de nuestros rostros.

—Legend.

—¿Perdona?

—Legend. Lo pone aquí. Debe de ser la marca de la lámpara.

De pronto se mordió los labios y clavó sus ojos en los míos.

—Esto parece muy moderno para ser de 1938.

Yo negué con la cabeza.

—No había óxido en la cerradura. ¿No te has dado cuenta?

—O sea, que tu abuelo trajo esta lámpara hace poco...

Yo recordé que el abuelo, según mis padres, no había viajado a Canda desde hacía más de una década, pero guardé silencio. Tal vez protagonizó una escapada sin que nos enterásemos, o tenía un cómplice en el pueblo. No sé. La cabeza me hervía de suposiciones. Ernesto siguió hablando.

—Sabía que íbamos a encontrar la solución. Por eso nos lo quiso poner fácil cuando estuviéramos dentro. Venga, vamos, que ya estamos aquí.

Efectivamente, ya estábamos allí, porque cuatro escalones después, tras dar el último giro, nos encontramos con una pequeña habitación de dos por tres metros, cuyo suelo era de tierra y que cobijaba en sus paredes una docena

de lápidas sin más adorno que los nombres de los fallecidos y las fechas de su defunción. Ni jarrones, ni flores, ni adornos. Como en las catacumbas.

—Fin del trayecto —dijo, con una sonrisa forzada. Había desconcierto, o tal vez frustración, en su voz—. Pero no se ve ninguna caja misteriosa, ni ningún sobre tirado en una esquina. ¿Alguna idea?

No, no tenía ninguna idea. Pero había que improvisar. La lámpara y el mechero —que mi amigo no había apagado, y que acercaba con temblor a las lápidas y rincones de la estancia— multiplicaban las sombras, partiéndolas como fantasmas oscuros que se deslizasen por las paredes.

—Busquemos alguna trampa en el suelo —propuse.

Y durante un par de minutos nos dedicamos a golpear con los pies, a la espera de un sonido de metal o madera que certificara nuestro éxito. Parecíamos robots con un chip alterado, o vendimiadores de polvo, o guardias suizos que hubiesen perdido la cabeza, o asesinos de cucarachas invisibles; pero no hubo forma. Todas las patadas que dimos y todos los pisotones que propinamos, solo nos sirvieron para certificar que, bajo nuestros pies, nada más había tierra, tierra firme y sin remover. Y aunque extendimos la exploración a las paredes, pues no queríamos dejarnos derrotar tan fácilmente, el resultado fue el mismo: unos muros sólidos, sin fisuras, sin engaños... Sin respuestas.

Nos sentamos en el último peldaño de la escalera y nos quedamos en silencio, con los codos apoyados en los muslos y con las palmas de las manos sujetando nuestras mejillas. Ernesto, quizá para no admitir la derrota —siempre ha tenido imaginación y recursos para dar y tomar—, señaló una piedra que ocupaba una de las esquinas de la habitación.

—Oye, ¿y si...?

Pero tampoco. La levantó y debajo no había nada: ni papel, ni clave, ni trampa. Era nuestro último recurso, y ambos éramos conscientes de que, salvo milagro, no nos quedaba más remedio que admitir el fracaso, subir otra vez las escaleras y olvidarnos de aquella aventura. Y ojalá lo hubiéramos hecho. Pero entonces Ernesto se levantó y comenzó a pasearse, como un animal enjaulado, que estudia las posibilidades que tiene para salir de su encierro —ahora que me fijo, cuánto se parecen las palabras «encierro» y «entierro»—. Yo lo oía resoplar, moviéndose en círculos e iluminando con su mechero algunos trozos de pared: las esquinas, las lápidas, el filo donde los escalones se hundían en el suelo. No sabía en qué estaba pensando, ni tampoco tenía ganas de hacerle preguntas. Me bastaba con la decepción de no encontrar el mensaje del abuelo. Y entonces fue mi amigo quien habló.

—¿Te has fijado?

—Si me he fijado en qué.

—En esto —señalaba las lápidas—. En sus fechas.

—No, ¿qué pasa con las fechas?

Ernesto se giró, sin dejar de señalarlas con su índice.

—Solo hay dos fechadas en 1938.

Yo estaba hastiado, y no tenía ganas de seguir jugando a aquel juego que incluso para Arsenio Lupin hubiera resultado fastidioso.

—¿Y qué? Mucha gente se murió en 1938.

—Estos se llamaban Sebastián Téllez Domínguez y Serafín Tamudo Dalí.

—Mira —sonreí sin ganas—, a lo mejor ese último era familia del pintor.

Ernesto se puso en cuclillas delante de mí.

—¿Es todo lo que se te ocurre?

—¿Y qué quieres que se me ocurra? —alcé la voz.

—Pues mira —respondió—, por ejemplo podrías haberte dado cuenta de que los dos tienen las mismas iniciales que tu abuelo. Santiago Torres Díaz, ¿no?

Miré las dos lápidas. Estaban juntas, quizá sospechosamente juntas.

—¿Y tú crees que...?

—Nos vamos a enterar ahora mismo —dijo mientras se incorporaba.

Y, antes de que pudiera reaccionar —como me ocurrió antes con la puerta de arriba—, Ernesto había cogido la piedra del suelo y se disponía a romper una de las lápidas. Me levanté de un salto.

—Tío, ¿pero tú estás loco, o qué te pasa?

—No, simplemente voy a ver qué es eso tan importante que escondió tu abuelo. Apártate, no vaya a saltarte algún trozo.

—Eh, eh, espera. No podemos ir por ahí rompiendo lápidas. Eso es muy fuerte, tío. Además, no podemos estar seguros de que ese sea el sitio...

Ernesto se quedó mirándome y adoptó el tono de voz que emplearía para hablar con un niño.

—Vamos a ver, Santiago, porque me parece a mí que tú no te sitúas... Es la segunda vez que te escaqueas esta semana del instituto; mientes a tus padres y a los profes; has descubierto las claves del pozo y de la cárcel; nos hemos subido en un autobús para venir hasta el culo del mundo; te has montado un rollo impresionante con los poemas del cementerio, que ya deben de conocer todos los viejos de la plaza; hemos destrozado la puerta de este panteón... ¿Y ahora te vas a poner melindroso por tener que romper dos estúpidas lápidas del año catapún?

—A ver, a ver, espera... Lo primero es que la puerta no la hemos roto: la has roto tú solo, ¿vale? No con fundamos. Y lo segundo es que, bueno, no es lo mismo averiar una cerradura que profanar dos nichos, me parece a mí.

—¿Pero qué nichos ni qué capullos, Santiago? —explotó Ernesto, sin soltar la piedra—. Esto que ves no son nichos, por la sencilla razón de que detrás no hay muerto ninguno.

—¿Y tú cómo puedes saber eso?

—Pues por las iniciales y por la fecha. Está claro que lo único que nos vamos a encontrar son las cosas que tu abuelo haya querido dejarnos. O sea, la respuesta al jeroglífico.

Mi corazón se aceleró y balbucí.

—Puede ser una casualidad...

—¿El qué?

—Pues lo de las iniciales y lo del año.

—¿Una casualidad? Ah, claro. Cómo no me he dado cuenta antes. Qué torpe soy, por Dios. Y la lámpara de gas que hemos encontrado en las escaleras seguramente es otra, ¿no?

Me quedé callado.

—Y el hecho de que haya aquí una piedra lo suficientemente dura como para romper una lápida debe de ser otra casualidad. Aunque, ahora que lo pienso, parecen ya muchas, ¿no?

¿Para qué seguir resistiéndome? Sus argumentos eran impecables e implacables, y yo, además, estaba como él: deseando concluir la búsqueda. Así que hice un movimiento afirmativo con la cabeza, que lo mismo podía significar que sí, que eran muchas, como que adelante, que golpeará.

—¿No hará demasiado ruido? —lo interrogué.

—Como dijo el filósofo, la rotura se demuestra rompiendo. Hazte a un lado, que voy.

Jamás hubiera sospechado —aunque la cerradura del panteón me acababa de dar una pista unos minutos antes— la enorme fuerza que tenía Ernesto. Cada uno de sus golpes era un mazazo o la embestida de un ariete, que a mí me daba la impresión de que retumbaba en todo el cementerio, como cuando Indiana Jones rompe la baldosa del suelo de la iglesia y el funcionario que está sellando libros se queda perplejo con la potencia de su actividad. Curiosamente, no saltaban trocitos de mármol; ni siquiera se movía el polvo de las paredes. Era como si aquellos golpes ocurriesen en el mundo de los sueños o estuvieran fabricados de puro ruido. Presa de los nervios, subí los peldaños y me asomé a la sala de arriba. La puerta seguía como la dejamos, y

al otro lado de los ventanales no se registraba ninguna presencia humana. Tan solo un gato gris, que parecía tener ganas de broncearse o que buscaba su comida sin demasiada convicción.

—¡Santiago!

La voz de Ernesto me hizo bajar las escaleras de una forma atolondrada, con el consiguiente riesgo de haber me partido la crisma. Pero otro modo de hacerlo hubiera sido impensable, dada mi ansiedad. Cuando llegué, vi que la lápida se había partido en dos, limpiamente, y que teniendo un poco de destreza se podía meter la mano y retirar los fragmentos.

—Te toca —dijo.

Ambos sabíamos que no eran el miedo, ni la superstición, ni tampoco los escrúpulos, los que guiaban su frase, sino más bien la justicia o el orden natural de las cosas. Yo debía ver el secreto del abuelo antes que nadie.

Y lo hice.

Introduje cuatro dedos en la grieta, hice palanca con el pulgar y saqué el primer trozo. Luego, con mucha mayor facilidad, pues disponía de más espacio y la maniobra se simplificaba, extraje el segundo.

Y lo vi.

No era, desde luego, un ataúd. Pero sí era algo físico, abultado y, por lo mismo, inquietante. Hasta tal punto que —lo reconoceré sin vergüenza— yo no me atrevía a meter la mano allí. No pensaba en muertos, ni en sacrilegios, ni en gusanos, ni en telarañas pringosas; pensaba simplemente en que sentía pánico, en que me resultaba repelente la idea de introducir mis dedos en aquel sitio tenebroso y tocar algo.

—Espera, que acerco la lámpara —dijo Ernesto para animarme.

Pero yo, que durante mis noches sin dormir había imaginado que al final del hilo me esperaba una carta o papeles antiguos que me revelasen un terrible secreto de la familia, me encontraba desconcertado con aquel hallazgo tan voluminoso.

—Parece un macuto, ¿no?, un macuto muy viejo.

—Es un petate —rectifiqué, con la voz reseca—. Y tiene toda la pinta de ser de la época de la Guerra Civil.

—O sea...

—O sea, que vamos a sacarlo. Ya pensaremos después.

Pero eso fue, precisamente, lo que durante la siguiente media hora —por la intensidad de la sorpresa— y durante las treinta y ocho posteriores —por

las cábalas inauditas que nos zarandeaban la mente y la imaginación, volviéndolas frágiles canoas en medio del huracán— no pudimos hacer: pensar. Abierto el primer petate, rota la segunda lápida, descubierto tras ella otro petate de similares dimensiones y sumado su contenido al del anterior, nuestra sorpresa no encontró palabras con las que revestirse. Y lo podréis entender con más claridad si detallo todo lo que extrajimos de aquellas viejas bolsas de tela áspera y depositamos en el suelo:

- cuatro cálices de oro con piedras rojas incrustadas, tal vez rubíes;
- siete crucifijos;
- dos docenas de anillos sacerdotales; varias bandejas con símbolos religiosos: panes, peces y cruces;
- una concha que parecía de plata, quizá para bautizar;
- tres campanillas con dibujos alegóricos;
- dos candelabros cuajados de pedrería;
- y dos cajas cerradas en las que sin duda había monedas —al agitarlas era fácil llegar a esa conclusión—, pero que no pudimos abrir por carecer de las llaves correspondientes.

Todo estaba brillante, pues cada pieza había sido en vuelta con primor en un paño y sujeta con un hilo. Ahora, retornadas a la luz artificial de aquel panteón, parecían estarnos hablando de un botín o de un expolio; pero nos dejaban mudos ante las posibles explicaciones. Ni Ernesto ni yo queríamos sospechar en el abuelo una conducta tan abominable.

—Todo esto viene de una iglesia —aventuró, con la voz contaminada por esa angustia fría que siempre nos provocan los sacrilegios.

—O de más de una —corroboré.

Luego volvimos a guardar silencio, porque las palabras solo hubieran servido verdaderamente para llenar de fango o de úlceras la conversación, y nos dedicamos a mirar el brillo de aquellos objetos litúrgicos, que nos devolvían a una infancia presidida por Long John Silver. Las preguntas «¿quién?» y «¿por qué?» luchaban esforzadamente entre sí para llegar las primeras a la meta, pero al cabo de diez minutos, la situación de empate se mantenía intacta. Ernesto, consciente de nuestra absurda condición de esfinges, se impuso la tarea de sacarme de aquel subterráneo.

—Santiago...

—¿Qué?

—El último autobús sale en media hora, y aquí ya no pintamos nada.

Yo asentí y, tras comprobar que en los dos agujeros que habíamos practicado en el muro no quedaba otro mensaje, envolvimos otra vez las

piezas, las guardamos en los petates y comenzamos a pensar cómo salir hacia el exterior del pueblo sin pasar por la plaza.

El cielo, al emerger del panteón, seguía azul; el sol, amarillo, y la tierra, ocre. Pero todo era, de golpe, mentira. Las cosas se habían vuelto confusas y estaban como salpicadas de niebla. A veces, uno camina triste por la calle y no entiende que, mientras su pecho revienta de dolor y sus ojos bucean en un territorio de lágrimas invisibles, los demás vivan normalmente, paseen, abracen a sus chicas, silben o sonrían mientras hablan por sus teléfonos móviles. El mundo se disfraza entonces de hostilidad, y se vuelve incomprensible y enemigo. Todos parecen poseer un don que nosotros no alcanzamos.

Ernesto, que sabe cuándo es el momento de callar, una de las más valiosas sabidurías, no me hizo preguntas.

Y yo, sinceramente, tampoco tenía muchas ganas de decir nada.

Epílogo

Estoy en mi habitación y mis padres duermen. Han pasado treinta y ocho horas y, si tengo que decir la verdad, no sé exactamente lo que ha ocurrido en ellas. Todo a mi alrededor —y, peor aún, en mi cerebro— se ha convertido en una especie de gelatina, que se mueve a cámara lenta.

He imaginado a mi abuelo con la cara tiznada de humo, heridas en los brazos, las uñas negras por la tierra o la pólvora y una risa salvaje, entrando en una iglesia, golpeando al sacerdote y llenando su petate con las cruces, candelabros, cálices y anillos que ahora duermen debajo de mi cama.

He imaginado también que el agresor sacrílego era otro, un hombre calvo, famélico, con los dientes ajedrezados por las caries, y que mi abuelo lo asaltaba a la salida del templo para arrebatarse heroicamente su infame botín y protegerlo en un lugar seguro.

He imaginado los mil y un motivos que pudo tener para no deshacerse de los petates durante las décadas siguientes: miedo a las acusaciones, protección del honor de su familia, vergüenza social, remordimiento...

Y nada me cuadra.

Si fue un ladrón, ¿por qué no vendió la mercancía, una vez pasados los ardores de la guerra? Si no lo fue, ¿por qué sintió pánico de entregar los petates a la policía, teniendo la posibilidad de realizar la operación anónimamente? Cada pregunta se ha ido bifurcando en mi cabeza, y para ninguna tengo todavía contestación.

Por eso, estoy empezando a pensar que, como decía aquella película que protagonizó Eduardo Noriega, nadie conoce a nadie. Ni siquiera a las personas más cercanas, como padres, hermanos o amigos.

A lo sumo, creará conocerlas porque el conjunto de detalles que conoce de esas personas le parezca enorme. Pero la enormidad no es el todo. No lo es. Cuando alguien nos dice —y seguro que a vosotros también os lo han dicho—: «No me esperaba esto de ti», habría que preguntarle qué está queriendo

decirnos. ¿Qué se esconde detrás de esas palabras? ¿Alguien lo sabe de verdad? ¿Alguien puede estar seguro de lo que escondemos dentro, y nos da miedo o vergüenza mostrar? Somos agujeros llenos de misterios. Somos cofres con miles de cajones escondidos, y nadie los ha abierto todos. Por eso nadie nos conoce totalmente.

Yo he descubierto, con gran sorpresa, que tampoco conocía al abuelo. Lo tuve al lado y no lo conocía.

Ahora me acuerdo de aquello que gritaba don Quijote cuando su vecino lo devolvía a la aldea —no es que me haya leído el libro, ojo; es que la profesora de literatura nos puso el vídeo—: «Yo sé quién soy». Sí, es verdad. Pero nadie más lo sabe. Nadie más puede descubrirnos, y completarnos, y hacerse una idea exacta de nuestro interior.

Somos enigmas para los demás.

Es como cuando estás construyendo un puzle, feliz porque el dibujo cobra lentamente orden, formas y siluetas, y de pronto descubres que en el tablero faltan trocitos por cubrir, y que sin embargo ya no quedan piezas en la caja. Algo así.

¿Quién fue mi abuelo y qué enseñanza me quiso transmitir con este mensaje cifrado que empezó con palabras y números y ha acabado en oro y piedras preciosas que callan su misterio bajo mi colchón?

¿Por qué ha tenido que ofrecermme una pieza en blanco del puzle de su vida?

¿Por qué no pudo explicarme —y no solo mostrarme— este enigma de su ayer?

Realmente lo ignoro.

A mi lado, el tablero de la oca, el viejo tablero de la oca, que me gustaría regalar a mis nietos dentro de muchos años, me enseña que la vida es confusa e inestable; que los peligros y las recompensas se van mezclando sin orden aparente; que los dados nos eligen un destino, y que la meta, vista en diagonal, está muy cerca del origen. No puedo decirnos más. Voy a poner el despertador a las nueve y media —mañana es sábado y puedo permitirme ese pequeño lujo— y, cuando esté desayunando con mis padres, se lo contaré todo. Les hablaré de la oca, del mensaje, del pozo, de la cárcel, del cementerio, de los petates, de las joyas y de mi angustia.

Quizá ellos tengan las respuestas que a mí me faltan.

Seguro que sí.

De todas formas, ni siquiera ellos podrán despejarme una duda terrible que me asalta desde que regresé: si el abuelo llevaba tantísimos años sin

volver a Canda, y en aquel panteón todo estaba tan perfectamente preparado —la lámpara, la piedra, etc.—, es evidente que alguien tuvo que ayudarlo desde allí a preparar aquel escenario. ¿Quién fue? ¿Por qué lo hizo? ¿Seguirá viva esa persona? ¿Nos vería llegar? ¿Tuvo algo que ver con el robo o el ocultamiento de estos petates? Ernesto me acaba de mandar un mensaje donde me dice que esta búsqueda no ha terminado aún...

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital).



Marta Zafrilla Díaz nació en abril de 1982 en Murcia. Se licenció en 2004 en Publicidad y Relaciones Públicas por la Universidad de Murcia con Premio Extraordinario Fin de Carrera. Se diplomó en Estudios Avanzados con el trabajo de investigación «Aproximación al concepto de turismo. Introducción a la promoción turística», tras disfrutar de una beca Erasmus de Tercer Ciclo en Oporto. También ha realizado estudios de Antropología Cultural en la UNED, así como de Diseño Gráfico, Ilustración y Marketing. Su primer libro de poemas, Toma sostenida, obtuvo el Premio Autora revelación 2006 de la Región de Murcia. A este siguieron los poemarios El suicidio de los relojes, Premio Creajoven 2005, y Pecios, Premio Molajoven 2006. A continuación logró el Premio Gran Angular de Literatura Juvenil 2007 con la novela Mensaje cifrado, editada por SM, y que fue incluida en la lista de honor de los Premios CCEI 2008. También ganó el Premio Ciudad de Getafe con Guijarros. Ha publicado relatos en revistas nacionales e internacionales, y en la actualidad trabaja como profesora de Educación Secundaria en la localidad murciana de Molina de Segura.

Marta Zafrilla es joven. Porque tiene 24 años y porque cree que de mayores buscamos lo mismo que buscábamos con 8 años. Y que quien no lo hace es porque se ha muerto antes de tiempo: «Si se nos muere el interés por la magia, se nos muere el alma», dice muy convencida.

Se acuerda de las tardes que pasaba jugando al parchís, a las cartas y a las damas con su abuelo José María. También recuerda un viejísimo tablero de la oca, con el fondo negro. Probablemente de esas dos cosas surgió la semilla de Mensaje cifrado. De ahí y de su curiosidad por los enigmas, las cosas ocultas y los misterios. Bueno, y por el cine y por los libros, otra forma de curiosidad muy cercana.

Aunque Marta confiesa que no sabe muy bien de dónde surge un libro, o cómo nace y se va desarrollando en su imaginación. Pero probablemente es que no hace falta saberlo, solo dejar que fluya en el papel.